

Chihuahua
capital de trabajo
y resultados
Gobierno Municipal 2021-2024

ICM INSTITUTO DE CULTURA del Municipio de Chihuahua

PROGRAMA EDITORIAL CHIHUAHUA

Entre dos tierras

Luna Sophia Terra

Programa Editorial Chihuahua
Soltar las amarras - 2025

Marco Antonio Bonilla Mendoza
Presidente Municipal de Chihuahua

María Fernanda Bencomo Arvizo
Directora del Instituto de Cultura del Municipio de Chihuahua

José Arturo Santillanes Hernández
Coordinador del Programa Editorial Chihuahua

Heber Mauricio Rivera Anguiano
Fomento a la lectura

Entre dos tierras
© Luna Sophia Terra

Primera edición: Septiembre 2025

Ilustración de cubierta: Heliana Valdez (@heliana_valdez)
Ilustraciones en interiores: Brisza Adaly Chavira Chávez (@rizahally); Luna Sophia Terra Chavira Chávez (@lulietfly); ilustración número ocho de Gasper Montes (@deadhuman000); Imágenes Collage: www.artvee.com, www.nasa.gov/images; I.A. utilizada para ilustración digital "Donas, Donas". Gemini 2.5 Flash.

ISBN: En trámite

Prohibida la reproducción total o parcial de la obra para fines lucrativos por cualquier medio, sea electrónico o físico, sin permiso previo del autor y del Instituto de Cultura del Municipio de Chihuahua. Se autoriza la reproducción de fragmentos para divulgación, difusión de la obra y promoción de la lectoescritura, siempre y cuando se cite la fuente original.

Editado y producido en México.

Contenido

Prólogo 15

Entre dos tierras 19

La Parte de Morgan 47

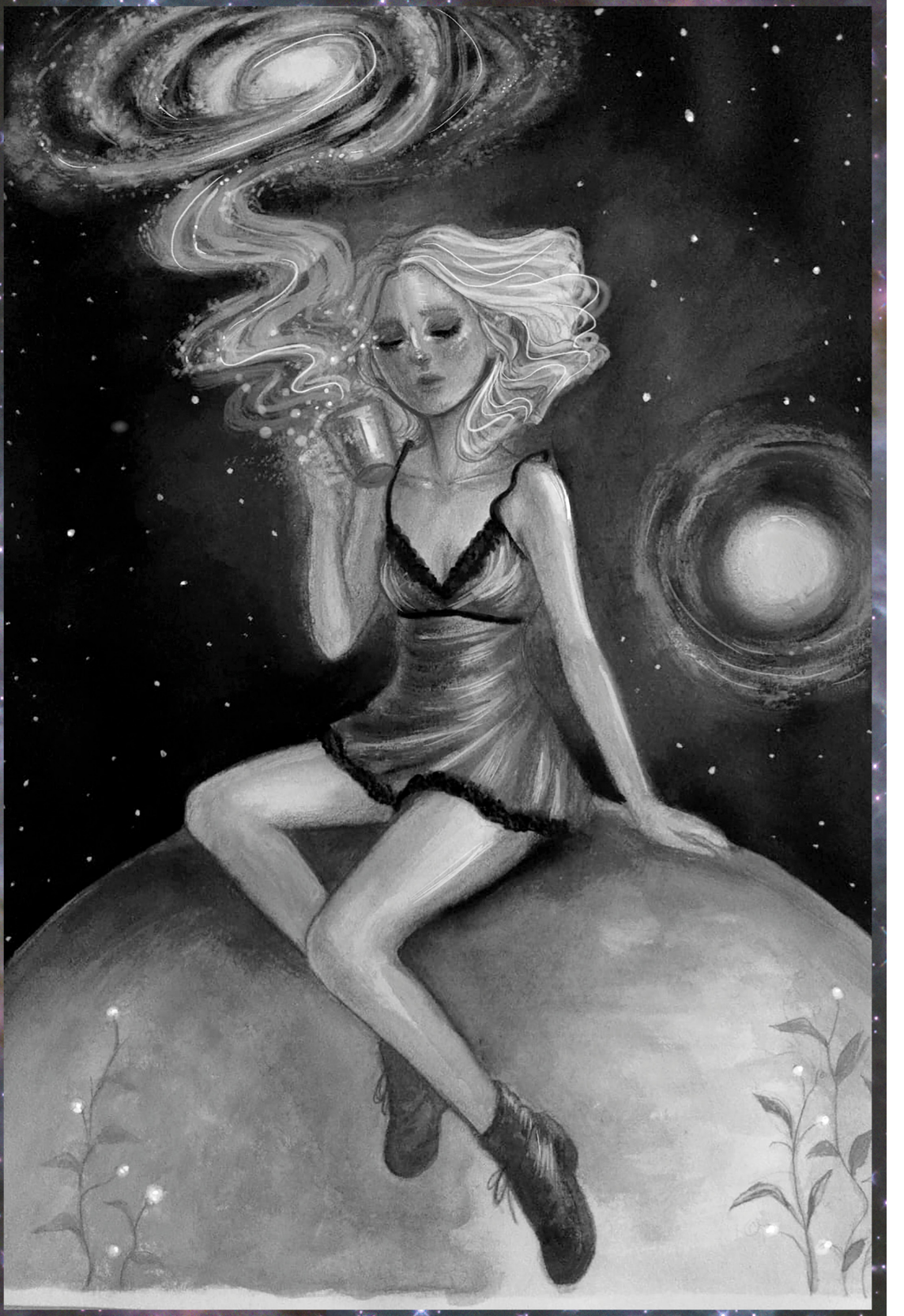
Mientras el agua hierve. 67

Hace mucho que entendí que no tendría una muerte tranquila, Morgan. 87

Es estúpido, ¿no? La persona que me dio los mejores recuerdos al final, se convirtió en uno de ellos. 113

Agradecimientos 137

Bibliografía 139



"Un escritor escribe su libro para explicarse
a sí mismo lo que no se puede explicar."
Gabriel García Márquez

Aún recuerdo con emoción la primera vez que leí El Principito. Sin lugar a duda, la manera en que un libro puede conmover y modificar la forma de ver el mundo es irrepetible.

En un tiempo tan convulso como el que vivimos, escribir es un acto de libertad y de esperanza. Las buenas historias no sólo entretienen: nos ayudan a entender la realidad y nuestra propia vida.

Por eso, desde el Gobierno Municipal fomentamos el Programa Editorial Chihuahua (PECH), por medio del Instituto de Cultura. Este esfuerzo abre camino a nuevos escritores de nuestra ciudad, ofreciendo un foro para compartir sus ideas y visiones.

El PECH es más que una colección de libros: es la voz de las y los autores chihuahuenses. Porque la literatura —el arte de la palabra escrita— nos da identidad. Somos, en gran medida, lo que leemos y lo que escribimos.

Reafirmamos así nuestro compromiso con la cultura y con quienes la sostienen: nuestros artistas y creadores, esos soñadores que nos regalan un poco de su intimidad en cada página y obra que hacen.

Así, no me queda más que decir: gracias. Gracias por hacer de nuestra ciudad un espacio donde las ideas y el arte florecen.

Marco Antonio Bonilla Mendoza
Presidente Municipal de Chihuahua

"Escribir es un acto de resistencia, una forma de desafiar al mundo y dejar una huella duradera en él."

Toni Morrison

En este año 2025, el Programa Editorial Chihuahua continúa consolidándose como una de las plataformas más valiosas para las y los autores de nuestro municipio. Gracias al esfuerzo del Gobierno Municipal, a través del Instituto de Cultura, hoy celebramos la publicación de 12 nuevos títulos en la colección PECH 2025 y PECH infantil y juvenil 2025.

Con más de 60 títulos publicados desde su creación, el Programa Editorial Chihuahua reafirma su compromiso de ser casa y refugio para la palabra escrita, acompañando tanto a voces nuevas como a autoras y autores con trayectoria. Esta colección es un testimonio del talento creativo que existe en Chihuahua, y una invitación permanente a acercarnos a los libros, a las ideas y a las historias que nacen de nuestra tierra.

Agradezco profundamente a las y los autores de Chihuahua por su confianza y por seguir compartiendo su visión del mundo a través de la literatura. Sus obras son faros que iluminan a nuestra comunidad, y que fortalecen nuestra identidad.

Invito a todas y todos a leer los libros de esta colección y a descubrir en ellos la riqueza de nuestras letras. Con gratitud y entusiasmo, felicito a quienes hoy forman parte de la colección PECH ¡Que estas páginas sigan siendo fuente de inspiración, encuentro y orgullo para nuestra comunidad!

María Fernanda Bencomo Arvizo
Directora del Instituto de Cultura del
Municipio de Chihuahua

Prólogo

Le toca la frente para medir su temperatura, un gesto de confort y confianza del que desconoce cómo hacerlo correctamente, solo replica lo que Alanís hizo una vez cuando Arturo enfermó, y eso, los gestos de cariño que se heredan, en ocasiones son suficiente para poder entrelazar aquellos que queremos compartir.
Luna Sophia Terra, Entre dos tierras

En tus manos tienes un fruto del amor.
Entre dos tierras es una novela de comedia romántica y ciencia-ficción. Cada palabra clave de esa frase costó trabajo: es una *novela*, porque su autora, mi amiga, Luna, hizo un esfuerzo de años para escoger, ordenar y pulir sus ideas en una narración escrita de largo aliento; es *de comedia romántica*, porque la historia que cuenta es humana y, como tal, no tiene más remedio que provocarnos risa y ganas de llorar, a veces al mismo tiempo; es *ciencia-ficción*, porque trabaja los efectos del descubrimiento científico y el desarrollo tecnológico en las vidas de las personas: está ambientada en Marte, en el Siglo 23, especula sobre los posibles usos del entrela-

zamiento cuántico para crear nuevos medios de transporte. Lo dicho: es ciencia-ficción.

Además de participar de este hermoso género, *Entre dos tierras* es un buen libro. Según Orson Scott Card, la habilidad clave de los autores de CF es *exponer información*: ya sea que construyamos mundos secundarios, versiones paralelas del nuestro o (como en esta novela) continuemos la vieja tradición de imaginar el futuro, es indispensable que pongamos al lector al día con todo eso que no existe pero que enmarca el relato. Si la información no se expone de manera hábil, amena, sutil o, por lo menos, armónica dentro del texto conforme se lee, sucede que hasta una premisa brillante corre el riesgo de aplastar a la historia que se quiso contar en ella. Para Scott Card, los buenos escritores de este género son los que explican bien el mundo que se inventaron.

Según este criterio, Luna Sophia Terra es una excelente narradora de ciencia-ficción. Todo el contexto necesario para entender *Entre dos tierras* nos llega, en el momento justo, mediante la interacción natural y fluida entre sus personajes. Sarah, Morgan, Alanís, Arturo, Nat, Helena… bien definidos, se complementan. Más aún: esta novela es un elogio de los cuidados, la escucha y la interconexión mutua, que es la base de la experiencia humana. Los personajes de Terra se construyen entre sí; se necesitan, se motivan los unos a los otros para ser mejores. El epígrafe de este Prólogo es emblemático: Alanís cuidó a Morgan, quien, agradecido, aprende de ella una práctica de cuidado y, así (porque, una vez, su amiga cuidó de él y porque él, para agradecer sus cuidados, le puso atención), cuando quiere cuidar de Sarah, cuenta con esa habilidad que heredó de Alanís, tejiéndose entre todos una misma red contínua de ayuda mutua y afectos prosociales.

Este libro también es un testimonio del cuerpo. La voz que narra (que entre varios personajes se alternan) es lúcida,

concreta, situada, pues la autora construye subjetividades que *no* son solo discurso. Cada uno de sus personajes siente, huele, oye, escucha, mira, disfruta y sufre. Es una narrativa en la que *sentir* y *pensar* se funden en un solo proceso. Como en la vida real, como nos lo indica la ciencia.

De los problemas hereditarios de la ciencia-ficción ya he escrito en otro momento y recomiendo, mil veces, leer a quienes mejor lo han investigado antes que a mí (Ursula K. LeGuin, Nishi Shawl, Naseem Jamnia, Suyi Davies Okungbowa, entre muchos otros). Solo me permito un comentario: la imagen estereotípica de la ciencia-ficción relaciona a este género, únicamente, con las ciencias naturales, "exactas" o "duras". Error absurdo, sobre todo desde el momento en que la obra más representativa de la CF dentro del canon es *Un mundo feliz*, tratado de sociología y análisis del discurso si acaso hay alguno. Luna Sophia Terra tiene formación como antropóloga y esta, a su vez, le ayudó a formar *Entre dos tierras*. Nótese el oficio de profeta con el que historia el surgimiento a futuro de nuevos grupos étnicos en Marte. Es un lujo contar con esta novela y con su escritora. Doy fe de cómo, a fuerza de muchos trabajos, seleccionó, desarrolló y expresó aquí sus ideas, sus proyecciones, su perspectiva.

Su novela es rica y entra fácil, con un sentido del humor neurótico, sobrepensante, que se aferra a cada digresión cómica que se le atraviesa porque le urgen ayudas para vivir. Teje un libro cálido, abierto, humano, divertido de leer y, sobre todo, *bueno*, porque, en realidad, no creo que Orson Scott Card acierte cuando dice que los escritores de ciencia-ficción tenemos "una" sola habilidad clave. Todos los escritores deben explicar el mundo en el que ocurre su historia y, aún en el supuesto de que lo logremos, también en la ciencia-ficción tenemos que escribir algo más, aparte de proveer contexto. En rigor de verdad, la única clave para escribir buena ciencia-ficción es que, además de hacer cien-

cia, como toda ficción, sea buena. Me complace anunciarte, querido lector, que este libro que vas a leer es excelente.

Alejandro Manzano
www.alejandromanzano.art.blog

Entre dos tierras

Para Kazacha, una vez más.

Donde sea que termine después de esto...
En cualquier realidad...
Todos esos momentos entre nosotras fueron reales,
y siempre serán nuestros.

Ad Astra Per Aspera.

STAR TREK: STRANGE NEW WORLDS: 2x02

We are travelers, constantly moving forward… and looking back.
Alone, and as one, we have no choice but to try:
For our insatiable curiosity
For our fear of what should happen if we don't.
You are that explorer now.
We will say goodbye
And you will look back one last time
And know that wherever you go
We will be with you.

COMMANDER JANE SHEPARD. MASS EFFECT

I put on some make-up.
Turn up the eight track.
I'm pulling the wig down from the shelf.
Suddenly I'm this punk rock star of stage
and screen and I ain't never.
I'm never turning back.

WIG IN A BOX - HEDWIG AND THE ANGRY INCH



Ya la luz de la mañana desperté otra vez. No estoy en mi habitación. De hecho, no sé en dónde estoy. Se puede decir que ando desmañanada, con mis ojos abiertos por la sorpresa que me azota. Palpo, motivada por la ansiedad mis piernas, brazos, pechos y algunas cosas más, *if you know what i mean*, para darme cuenta de que no me siento vestida. Mi ropa no está y, al levantar la sábana que me cubre, veo que sólo llevo puesto un camisón rosa con encajes negros, tan ligero y hermoso que parece surreal por la manera en la que se entalla y hace lucir mi cuerpo. Ha de ser de muy buena seda. Tardé en darme cuenta que mi cabello se sentía húmedo porque la almohada estaba seca, ¿qué clase de almohada no se humedece? La cama no es más grande que la mía, pero, a diferencia de mi casa, no siento que el ambiente esté fresco, aunque estemos en invierno. Es extraño no sentir frío al despertar.

Por un rato, estoy tranquila. Disfruto la comodidad de esta exquisita cama, estirándome para todos lados, pero en un segundo todo cambia: me levanto apresurada, recalco: *no estoy en mi casa*, estoy en... ¿quién sabe dónde? Con ¿quién sabe quién? Con un camisón rosa y sin nada familiar alrededor. Angustiada y cubierta con una sábana que, por aquellos movimientos de impresión y sorpresa, se me atora entre las piernas e impide que me mueva con libertad. Distraída ahora por esta trampa en la que me metí yo sola, forcejeo

para zafarme de esas capas tan cómodas. Quedo algo torcida y de nuevo boca arriba en la cama, afligida. Mi cabeza sale un poco de los márgenes del colchón. Noto que no hay zapatos o pantuflas cerca, pero el piso tiene un diseño que llama mi atención: parece de madera, y sí lo es, lo cual no es común. Estiro mi brazo para tocarlo y no se siente helado, más bien está calientito, jamás sentí un suelo así, deslizo la punta de mi dedo índice en su superficie y me parece restaurado, pero, al mismo tiempo, siento su antigüedad en las pequeñas grietas que lo recorren elegantes, mudas.

Por la posición que maquiné para mi cuerpo (más la ayuda siempre pronta de las leyes de la gravedad y la física), termino en el suelo golpeándome la cabeza con fuerza. Y produzco un estruendo que parece que no llama la atención de nadie y me hace suponer que estoy sola en ese lugar tan de lujo, y si es así ¿qué clase de persona dejaría a una hermosa mujer (¡en camisón!) sola en una habitación tan limpia?

Apoyándome en la cama, logro levantarme y miro a mi alrededor. Aún no veo a nadie más. No hay fotografías o algo que me indique si, en efecto, alguien vive aquí. Sólo hay un sonido extraño que viene de otra habitación. Un pitido agudo que inicia muy tenue y va ganando fuerza, la misma nota inhumana de tan aguda sostenida cada segundo más y más fuerte. Me levanto con cuidado. Camino de puntitas, con la esperanza de que nadie me oiga. Parece que hay alguien cercas y, conforme avanzo, escucho los ruidos de la labor de cocina.

Siento un poco de náuseas y el mareo comienza a ablandar mi cuerpo. Me cuesta más y más trabajo dar cada nuevo paso, que es, cada uno, más pequeño que el anterior y más débil. De milagro sigo. Me apoyo en la pared. A lo mejor el golpe en la cabeza de hace rato me hizo más daño del que creía. Llego con mis pocas fuerzas a la cocina, para decir la

palabra con la que ya sabes que recién empieza una película de terror, un cordial y solitario:

—Hola.

Pero mi saludo no recibe el eco habitual y mis piernas ya no aguantan. Otra vez me caigo y azoto contra el piso. Pasos fuertes, ¿de hombre tal vez? No logro distinguir. Mi vista está nublada. No me doy cuenta cuando me toma entre sus brazos, camina, cargándome, a lo que creo es otra habitación y me recuesta en un sillón. Toma una frazada ligera para cubrirme y me habla, pero no lo entiendo. Apenas logro distinguir su figura, como cuando el sol te encandila. Me suena condescendiente:

—No deberías de estar de pie aún, ¿no ves que estás débil?

Es lo único que le entiendo decir. Ahora no sólo me siento horrible sino también regañada. Ni sé quién es y actúa como si fuera alguien cercano. Él me mira. Creo que sonríe. Se regresa a la cocina. Días después me dirá que hice gestos graciosos y, según recuerdo, no hice pucheros, pero él insistirá en que sí los hice y no queda más que ignorarlo porque, ¿qué va a saber él sobre mi historial de pucheros?

Lo que sí es que es muy amable. Cuando puedo levantarme del sillón, me comenta que anoche vio de lejos cuando me caí de un puente y se lanzó por mí sin pensarlo, me sacó del río y me trajo a su casa. También me cambió de ropa, lo que me parece inapropiado, pero comprensible. Lo noto un poco lastimado, cada cierto tiempo se toma el hombro izquierdo y estira el brazo, como para ahuyentar el dolor, pero, a pesar de eso, está de pie y me hace un caldo de verduras. Me recuesto otra vez, y sospecho. Escucho que me dice que él ya se bañó y que yo también puedo si quiero, que aún falta un rato para que esté la comida, que me relaje. Le hago caso porque comenta que tiene tina y no hacen falta más razones para convencerme de su propuesta. Mientras me pongo cómoda en la bañera, me pregunto por qué me

siento tan tranquila en este momento, ¿será mi resaca de la tristeza lo que me hace más permisiva? Pero, en fin, duro ahí unos quince minutos.

Al salir de la tina, no sé dónde está mi ropa y él no tuvo la acertada idea de traerme algo, así que debo ponerme el camisón otra vez. Coloco una pequeña toalla en mi espalda para que mi cabello no deje un rastro de agua tras de mí (y así no arruinar ese piso tan poco común) y enfrente del espejo decido tomarme esto de la mejor manera, en fin... ¿Qué es lo peor que puede pasar? Salgo de la habitación y el olor de la comida me guía de regreso a la cocina. Me siento como en un restaurante: llego y veo la mesa impecable, la iluminación de un ligero tono entre naranja y castaño, todo cubierto de un olor a canela por los inciensos que en algún momento prendió. Me doy cuenta que este chico no sólo sabe hacer comida, también le gusta generar atmósferas.

Menciona que preparó un delicioso té de hoja de naranjo. Desconfío que sea delicioso, ¿¡por qué hacer énfasis en eso!? Me estaba esperando con una rebanada de pan en su boca, con lo que me doy cuenta, en ese momento, que este hombre talentoso (del que ignoro todo menos su faceta de héroe, experto chef y voyeurista) es muy atractivo. Él también se me queda viendo, sube sus codos a la mesa, cruza sus manos para sostener su barbilla y me pregunta en tono serio:

—¿Cómo te llamas?

Y yo, recién bañada, domada por los olores y sensaciones de su hábitat, y con el deseo de que vuelva a levantarme entre sus brazos (porque sigo sorprendida de lo fácil que lo hizo ver), le digo de la manera más dulce y coqueta que puedo, mientras juego toda tierna con mi cabello:

—Me llamo Sarah.

Él me mira. Sonríe. Se acerca a mí y toma mi mano derecha para darle un sutil beso y me dice, de manera tranquila, pero gentil, que es un gusto conocerme, que él se llama Morgan

y que se siente aliviado de que me encuentre bien. Por fuera me veo sonrojada, pero por dentro estoy enloqueciendo, ¿cómo es que sea tan perfecto? Siento que algo trama. Digo, no lo conozco, pero presiento que la comida o el té podrían estar envenenados. Seguro me va a matar, me hará cachitos y luego repartirá mi cuerpo por distintos puntos de la ciudad en una especie de ritual siniestro para la eterna juventud de un culto de vampiros marcianos.

Mientras yo estoy en este cabreo interno, él me sirve la comida. Pienso que debo hacer que la pruebe primero, pero, como por fuera estoy ida por la maravillosa persona que es, termino sin querer comiendo y, al mismo tiempo, dos sensaciones me abordan: una, el éxtasis por la delicia que me sirvió de platillo; la otra es un pánico que experimento como un vacío en el estómago, porque hasta aquí llegué, este es mi fin, ya no hay más camino, fui envenenada por el hechizo que me puso su atractivo y su comida, así que tengo que pensar en mis últimas palabras. Debo hacer que esto cuente para vivir en su memoria por siempre y que sienta tanto arrepentimiento para que deje de cazar jovencitas vulnerables.

Después de otros tres o cuatro sorbos, ya que, mínimo, quiero quedarme con una sensación cálida y, por todo lo sagrado, vaya que está deliciosa la sopa (aunque sospeche que esté envenenada), lo veo con atención. Sé que siente mi mirada desde el otro lado de la barra de la cocina. Siempre me han dicho que tengo una forma de ver incisiva, penetrante, pesada, directa, de esas que te obligan a decir la verdad por la presión que ejerce. Tal vez por eso no tengo muchos amigos, piensan que me la paso enojada. Pongo la cuchara a un lado del plato, me limpio la boca con una servilleta que dejó (él tan elegante) a mi lado, porque, por supuesto, hay que confundirlo con lo que aprendí en mis clases de etiqueta, y le digo de la manera más seria posible:

—¿¡Por qué tienes un camisón de seda rosa entre tus cosas!?

A lo que él, sin sorprenderse, pero con una ligera sonrisa, me dice:

—Era de una persona que antes vivía aquí.

Mira que se acaba de delatar. Seguro se lo pone a todas sus víctimas y ahora estoy segura de que mi destino está marcado. El punto bueno en todo esto es que me veo *sexy*. No es el tipo de muerte que soñé, pero, al menos, me veo bien.

En eso, creo que nota que ando un poco rara porque, sin miramientos, me dice que no me va a hacer nada, que lamenta haberme cambiado de ropa y visto desnuda, pero que era necesario quitarme lo que traía porque estaba mojado y podría haberme dado hipotermia. Me dice que él se recostó junto a mí para vigilar mi respiración y que puso la calefacción en lo más alto para que pudiera recuperar mi temperatura, que no llamó a los servicios de emergencia, ya que vio entre mis cosas la credencial que muestra mi estatus como refugiada, y que si hacían una investigación podrían quitármelo. Me explica que el camisón de seda rosa es lo único que tiene para chicas, pues él no usa pijama. Cabe recalcar que, mientras me cuenta esto, él está vestido como si fuera a salir a hacer ejercicio, pero yo me lo imagino sin camisa. Curiosos son los juegos de la mente.

Terminamos de comer y su conversación se centra en informarme que mi ropa ya está seca y planchada. Me sorprende al decirme que puedo quedarme con el camisón, lo que me pone muy feliz, y también propone llevarme a comer un postre, para, a partir de ahí, acompañarme a mi casa, que aún le preocupa mi seguridad y que quiere cerciorarse de que llegue con bien, y yo pienso: sé que estamos en el siglo veintitrés, muchas cosas ya están superadas, pero me ha visto desnuda, se recostó, quizá desnudo, a mi

lado, la sorpresa de que con ese cuerpo que se carga no tiene pijamas, me dio de desayunar y, aparte, me va a invitar un postre, y todo sin proponerme o insinuar algún tipo de compensación, ¿será un príncipe heredero?, ¿un ocultista abstemio?, ¿me tendrá en una extraña pero poderosa forma de hipnosis? Y, aunque no dejo de sospechar de sus acciones, hay algo en él que me da cierta tranquilidad. No sé por qué siento que puedo confiar en él y en todo lo que me dice, como si una sensación ancestral me jalara para decirme que él es importante. Quiero tenerlo en mi vida, quiero estar lo más cercas que pueda de él, y sé que es mi vulnerabilidad dirigiendo mis hilos, pero se siente bien sentirse cuidada, acompañada, vista...

En unas cuantas horas, con sus acciones, hizo que mi soledad se desvaneciera un poco y no podría estarle más agradecida. Quiero darle algo y no sólo mi compañía. Espero que se me ocurra cómo compensarlo durante el camino a mi casa. Antes de salir, se vuelve a cambiar de ropa, deja el modo salgo-a-correr-a-las-cinco-de-la-madrugada por uno más casual y relajado que hace que se vea aún mejor y más delicioso. ¡Maldición! Será que estoy experimentando el Síndrome de Estocolmo, ¿me estoy identificando con mi captor? Ya me imagino las risas de quien oyera estos pensamientos y también hubiera oído mis *otros* pensamientos, la película de terror que me estuve contando yo sola. ¡Tranquilízate, Sarah!

Antes de salir, recuerdo que era probable que el clima estuviera fresco por la aguanieve de la noche anterior, pero no tanto como para abrigarse demasiado o, al menos, ver aquel monumento de hombre que me acompaña me muestra que no lo necesita. Él, como todo victorioso genético, se presenta al ojo mortal como una encarnación de Adonis con abdominales forjadas al fuego. Por eso casi no necesita abrigarse. En cambio, yo (gracias a un abrigo que me prestó) parezco

un tamal. En la puerta me rodea el cuello con una bufanda verde que tenía en su perchero y, mientras lo hace, comenta que me va a llevar a comer donas a su repostería favorita, que siente que soy una persona de donas, en lo cual acierta: me gustan mucho las donas. Morgan, sin perder la costumbre de informarme acerca de todo, comenta que mis botas se tardaron, pero ya están secas, que lo espere ahí y que en un momento me las trae. Como el suelo es de madera y está calientito, no es necesario traer puesto en la casa ningún tipo de zapato, así que cercas de la entrada tiene un banco y un espacio para colocarlos. Morgan regresa con mis botas y, sin decir nada, me las pone con una suavidad y un aprecio que me recuerda al cuento de la Cenicienta. Me abrocha las cintas y, con una linda sonrisa, me dice:

—Cuando te sientas lista, podremos irnos. Tómate tu tiempo.

La verdad es que tiraré el Coloso de Rodas marciano y pondré una figura en su honor. Sé que no debería, pero se está buscando que sea un ente parasitario en su vida, cada vez deseo más no separarme de él.

Salimos de su casa y la sensación de pánico que tenía se esfuma. En su lugar, me llena una emoción más compleja, más relajada y apasionada y loca por él, lo cual aún no sé si tomarlo como algo bueno o como algo que debería preocuparme, ¿qué dice esto de mí?, ¿por qué estoy tan dispuesta a bajar mis defensas al mínimo trato humano? ¡Es un mal día para mi autoestima y para toda la historia de la reivindicación de la mujer en el mundo! Les fallé, lo siento. Hoy ha sido un día extraño, pero, ya sentada y disfrutando el momento, decido sentirme bien, así que dejaremos esos cuestionamientos para mi yo del futuro, que ella se las arregle con las consecuencias de mis acciones.

Al salir de su casa, pasamos por un jardín amplio. La luz de la mañana me da nostalgia. El sol recién se asoma por el

horizonte, pero, incluso así, amaneciendo, se siente distinto al de la Tierra: es más pequeño, y sé que es la misma estrella, pero aun así no me acostumbro a tenerlo a esta distancia. Lo que sí no esperaba es la vista: es precioso y, como no hay contaminación, los colores que derrama te abrazan fuerte en tu misma esencia. Es una bienvenida agradable para el día que empieza. Salimos de la casa de Morgan y, aunque sé que en Marte la gente vive mejor, este suburbio está en otro nivel. Parece sacado de una imagen publicitaria. Morgan nota mi sorpresa (que igual no creo que estuviera ocultando muy bien). Siempre me han dicho que cuando vaya a un lugar nuevo no actúe como turista, porque la mirada de maldita que me cargo pasa a ser un par de ojos grandes, infantiles y llenos de ingenuidad, y, me dicen, que eso me podría poner en riesgos innecesarios, pero ¿qué hago pensando en consejos útiles para vivir en la Tierra? Estoy en Marte, pero… tal parece que los viejos hábitos son difíciles de dejar atrás.

Morgan, para pasar el rato mientras caminamos, me va contando que este lugar fue el primero en existir en Marte cuando los humanos llegaron en el Siglo XXI, que, antes de la terraformación, todo esto estaba bajo una cúpula y que él desciende de las primeras familias en llegar al Planeta Rojo. Justo por eso se dedica a la etnoarqueología. Me dice, no sin cierta satisfacción, que trabaja para la universidad de Kairós y, también, para una empresa minera, y que lo que más lo emociona es que su trabajo consiste en ser los primeros en analizar el terreno para descartar yacimientos, ya que siguen buscando algún brote de civilización en Marte. Entonces le digo que yo estoy obsesionada con los periodos históricos artísticos y que tengo carrera en estudios antropológicos. Sus ojos se iluminan. No sé si él se esperaba que yo fuera nada más una chica sin más atributos que desmoronarse en los puentes y caerse con cierta facilidad, pero vamos hablan-

do sobre nuestras carreras con ánimo mientras atravesamos los grandes y bellos parques que tienen por acá.

En nuestro recorrido pasamos por varias calles, todas están empedradas y con suficiente iluminación. Este planeta, por lo que sé, es un poco más frío que la Tierra, así que las farolas sirven tanto para iluminar como para generar calor, cosa que agradezco, ya que nunca me he llevado bien con las bajas temperaturas. Algo que noté es que casi no hay automóviles. Según Morgan, esto es porque se prima el sendero, el esparcimiento, y las áreas verdes. Hay también pocos locales, no es una zona comercial, pero si turística, casi como un museo en el que también puedes vivir.

Hay casas de todo tipo. Los primeros colonizadores les dieron forma según su país de origen, por lo que, desde ese entonces, la arquitectura es variada. Todas las fachadas con cierta vocación nacionalista, incluso aquellas que en se asemejan a viviendas de otros siglos. Morgan me habla sobre cómo todas eran por dentro iguales, pues tenían que ser funcionales para sobrevivir el ambiente marciano de los primeros años, y de cómo se aprovecharon los materiales de este planeta para imprimir cada edificio. Y que, incluso en contra de las órdenes "de arriba", los primeros colonos personalizaron sus nuevos hogares según sus gustos, tradiciones y estilos, rebelándose con tal de sentirse un poco más cerca de casa. Es como pasear por un museo de las culturas del mundo vistas desde la arquitectura: las casas que construyeron los migrantes franceses tienen influencias del Art-Déco; los ingleses les dieron un toque Bungalow a sus viviendas de un piso (eso sí, tienden a ser muy coloridas); también hay fachadas que recuerdan al estilo chino Siheyuan; y el Prairie de los Estados Unidos, que siempre me ha parecido un diseño de casas muy aburrido.

Morgan me cuenta que, antes de la unificación planetaria, Marte fue un símbolo para lo que la humanidad podría

ser, que el ejemplo del Planeta Rojo ayudó a darle forma a mejores políticas en la Tierra y, aun cuando la desigualdad económica no se ha zanjado del todo, incluso al día de hoy se mira a este lugar como un faro de posibilidades. También me dice que en esa primera época se fue dejando atrás el uso de apellidos, vueltos irrelevantes por los avances en biométrica y genealogía, y que los vínculos de afinidad se volvieron la principal manera de generar lazos, puesto que, así, podríamos vislumbrar una unión general como especie, si bien hay tradiciones que aún los conservan, aunque ya es más anecdótico que práctico, y que, en sus palabras:

—Todas las personas son terranas y, nazcamos en Marte u otra colonia, como Titán o el cinturón de asteroides, nuestra raíz está en ese planeta azul que se llama Tierra.

Sobre los apellidos, me dice que hay quienes actúan de manera agresiva para evitar que dejen de implementarse por temor a las nuevas dinámicas económicas, y por cómo eso alienta, en sus palabras, una pérdida de privilegios o de identidad. Esto porque en Marte se está dejando atrás el uso del dinero, para que los recursos sean aplicados para el beneficio general y no individual. Le digo a Morgan que es un romántico por la forma en que lo expresa y que, aun cuando no me esperaba esa cátedra, es agradable saber de dónde venimos, y que me gusta que sea alguien tan apasionado, tan abierto y que sea capaz de ver no sólo aquello que le atraviesa a él mismo, a pesar de que, para mí, el "sueño de Marte", por la experiencia de vida que he tenido, no me sea tan realista, al menos, no en su forma de contarlo. Me parece muy lindo verlo platicar con alegría esas cosas y, aunque así siguió toda la mañana, dándome datos curiosos de cada lugar, ver que se preocupara me hizo pensar que, a lo mejor, también estaba nervioso. Era eso o es un excelente anfitrión.

Le cuento a Morgan que algo que me ha parecido curioso de este planeta es que todas las ciudades y pueblos es-

tán conectados por trenes. Como vivo en la capital, no me ha tocado subirme a ninguno, así que es una experiencia que estoy ansiosa por sentir. Morgan me pregunta por qué utilicé la palabra "sentir", y le explico que yo soy de *tocar* las cosas para entenderlas: necesito *sentir* su temperatura, textura, vibración, aspereza, para darle forma en mi mente. Esto le parece curioso y me dice que él hace eso, pero con el olfato, que así podría decir que le da forma a su entorno. Le digo que eso explica que sea tan buen cocinero y me sonríe de manera distinta a como lo hizo. Hay más nobleza, *gusto*. Creo que ya se está acostumbrando a mí. Mientras nos acercamos a la estación principal de esta ciudad, nos empiezan a rodear distintos establecimientos y locales. Le digo, en tono burlón, con mi marca registrada de coquetería, que me parece que nos acercamos a la tienda de recuerdos de la ciudad, mientras lo tomo del brazo y me pongo a caminar más pegadita a él. No veo que se incomode, así que mi plan de ser su sanguijuela está funcionando a la perfección.

Morgan sigue hablando mientras me trae aferrada en su brazo. Pasamos cercas de varios parques, más pequeños que los anteriores, acondicionados para matar el tiempo en distintas actividades. Por lo que puedo ver, están acomodados en patrones similares a formas geométricas, como una colmena, o, al menos, eso me parece. Creo que Morgan quiere llamar mi atención para decirme algo, pero es que está tan bien tonificado que disfruto nada más sentirme inmersa en su musculatura y presencia. En vista de que no me doy cuenta de que me habla, para distraer mi atención, que estaba fija en sus brazos duros y su espalda ancha, me golpea de forma gentil la cabeza y dice:

—Ya estamos cerca de la estación.

Y agrega que no quiere que me pierda la vista. Señala el edificio frente a nosotros. Creo que se da cuenta qué tanto gozo caminar a su lado. No lo percibo incómodo cuando

me dice las cosas. Me explica que la estación fue la primera estructura que se creó en el planeta y me hace énfasis en que *ese* lugar *sí* es un museo, que ahí se pueden ver los laboratorios y las máquinas que se utilizaban para hacer las primeras investigaciones y experimentos, y que podemos ver y experimentar de manera lúdica cómo preparaban su comida, lo que tenían que hacer para acondicionar a las personas por el cambio de gravedad y clima. Es una forma de sentir lo que se vivía antes de la terraformación. Concluye con que, ante todo, es una exhibición bella, su favorita entre todas las que hay.

—Es el primer peldaño — Me dice con orgullo.

Me gusta esa faceta suya. Es un chico serio al que le gusta compartir lo que piensa. Eso nos da cierta afinidad. Lo entiendo y creo que él también me entiende. Lo escucho hablar emocionado sobre cada aspecto de esta ciudad con tanta pasión que me absorbe. Es maravilloso. Su manera de ser conmigo es... irreal. Él, que es casi el modelo del hombre marciano arquetípico que sale en la publicidad de turismo o en comerciales de perfumes. Él, que es muy buena persona, que apenas me conoce y, sin embargo, ya me trata como si fuéramos amigos de toda la vida. No me siento digna de esas atenciones, de esa calidez, de su sonrisa tierna, de sus ojos inteligentes, de su cuerpo firme... Es tan ajeno para mí esta clase de interés. Me siento comprometida a retribuirlo, aunque sé que me dirá que no es necesario. De seguro me morí al caer del puente y esto es una inyección de dopamina. Es mi cerebro haciéndome pasar un buen rato antes del final. Es tener a lado una persona con la que siempre soñé en los segundos antes de que mi conciencia se haga polvo en el olvido.

Vuelvo a quedar ida y Morgan lo reciente. Intenta distraerme platicándome un dato curioso, pero avanza unos pasos más adelante de mí y se frena de golpe. Se pone cara

a cara conmigo y me obliga a mirarlo a los ojos (yo me sonrojo). Se encorva tantito por la diferencia de estaturas. Toma un poco de aire para decirme, en tonos dulces, como a una niña, que este edificio tiene una forma singular y que, si bien, en teoría es una eficiencia geométrica, con sus manos dibuja en el aire la forma de ese lugar. Dice que es una "L" fusionada con una "O". No sé qué sucede en ese momento, él tan dulce y tranquilo, que habla con una seriedad tan estoica que parece funcionario de Migración, y no sé qué espera de mí o de mi reacción. Si acaso espera sorpresa, curiosidad o quizás algo más torpe (más *yo*), pero es que me río tan fuerte y tan *bruta,* como hiena. *Qué vergüenza*, pienso, y me río, tanto, que el lindo rostro de Morgan se pone en blanco. Creo que no se esperaba que me causara tanta gracia, entre jadeos grité:

—¿¡Quién lo autorizó!?

Asusto al pobre Morgan, y se ve preocupado de que me esté ahogando por las carcajadas. Así pasan minutos y de poco en poco intento recuperar el aliento y la compostura, pero todavía sigo envuelta en mi ocurrencia y no alcanzo a hablar. Tengo la atinada idea de comentar algo con las fuerzas que mi estómago, avaro, me presta, pero Morgan, con astucia y velocidad sorprendentes, me tapa la boca con un aplomo y una autoridad tales que quedo en *shock*. Según me comentará en el futuro, lo hace para evitar que las personas que van pasando se molesten por mi escándalo, pero ocasiona un efecto que él no se espera: nos ven con incluso más curiosidad debido a lo gracioso (por no decir ridículo) de la situación y, en palabras de una persona que ve todo y pasa por lado nuestro, hacemos una linda pareja.

La situación es esta: Morgan tapa mi boca con su mano, yo trato de escapar, nos miramos, en nuestra expresión arde un reto y, sin parpadear, recurre a la artimaña y tortura psicológica de retomar la conversación sin soltarme, como si

nada estuviera pasando, para desconcentrarme (él maldito, él tan listo), me dice, cual abogado defensor, que, más que un sentido estético, este lugar buscaba ser funcional para soportar los vientos poderosos y secos que azotaban al planeta en aquel entonces... En ese lapso aprovecho que, otra vez, está monologando, y tejo un plan infalible para hacer que me suelte: comienzo a darle besitos rápidos y lindos en la palma de su mano, hasta lo muerdo con dulzura, y así conquistó mi libertad. Una vez lejos del alcance de sus increíbles brazos torneados y tan bien definidos (que con todo gusto volvería a morder), hago una pose muy mala de karate y le digo fuerte y sin vergüenza:

—¡La estación tiene forma de pene!

Nos quedamos callados lo que creemos que es un instante, pero luego, ahora sí, nos reímos juntos cuando ya no pude sostener esa pose.

Morgan, sonrojado de la risa, se mira la mano y se sorprende al ver que la tiene toda llena de baba. Se acerca a mí y la posa en mi hombro, firme. Serio. Nos miramos, me sonríe y, con tranquilidad, se limpia su mano en el hombro de mi blusa y, con voz pausada, me pregunta:

—¿Así besas?

Mientras ve su mano y hace una leve mueca de asco. Yo me sigo riendo. Después de unos minutos de incomodar al público con nuestros juegos, me calmo y nos recargamos en la barandilla de una de las fuentes. Terminamos frente a una estatua de una mujer rodeada de algo que me parece cautivador y tranquilizante: tiene tantas azaleas que siento me podría recostar en ellas. La mujer de la estatua lleva adornos que me recuerdan, no sólo a un viaje espacial, sino a un ideal revolucionario, como aquellas pinturas del romanticismo francés, por la pose que le dieron. Lleva consigo una tela que simula un caudal del que se derraman estrellas. Después me enteraré que se debe a que las estrellas fueron

su especialidad, además de haber sido una brillante ingeniera y, también, brillante en la hidromorfología y botánica, o, al menos, eso dice su placa conmemorativa:

> El Centro de Ecología y Botánica de la Universidad Benemérita de la Confederación Norte, Así Como El Proyecto "Advenae", Rinde Homenaje a La Pathfinder Cecilia, Quien, Con Sus Investigaciones Sobre El Equilibrio Del Clima A Través De La Hidromorfología y Botánica, Permitió La Vida Humana En Marte.
>
> *Pluvia et Adversa*

Morgan me dice que aquí hay varias fuentes rodeando el recinto, cada una con su jardín personal, y que representan a *Los Doce Fundadores*, es decir, a las primeras personas que se asentaron en Marte de modo permanente y que justo él desciende de ella, *La Pathfinder Cecilia*. Puedo sentir su mirada. Intuyo que en sus ojos arde orgullo, pero, también, siento el peso de una nube oscura que se cierne sobre sus hombros. Creo que de ahí nace su actitud heroica. Es un hombre con mucha historia familiar y se siente responsable de ese legado. Eso explicaría por qué conoce tanto sobre la historia de Marte o por qué se dedica a la arqueología. Algo me dice que quiere estar a la altura de sus ancestros, contribuir a ese proceso en el que se han visto envueltos. Tal vez se presiona mucho, o podría estar yo equivocada. Ojalá un día pueda contar con su confianza para que me comparta a detalle todo eso que lo hace ser él.

Miramos desde la fuente la entrada a la estación. Ya casi es mediodía y veo por qué este lugar le gusta tanto a Morgan, es como un relicario que guarda una foto antigua de un ser querido. Él le da un significado especial a que estemos ahí. Lo miro e intento que no se dé cuenta, y puedo ver



cómo toma aire: con ahínco, como si buscara tomar fuerzas, pero, al mismo tiempo, con una sutileza que haría sonrojar a cualquiera. Un reflejo de luz me distrae y noto que el lugar al que nos dirigimos tiene ventanales muy grandes, cosa que se me hace extraña por lo que Morgan me explicó hace rato. Le toco el hombro y le pregunto si desde que se fundó tenía esa clase de ventanales. Él, ya más relajado, me responde que no, mientras estira sus brazos, que donde hay ventanas inmensas antes eran muros, que este lugar era un búnker, que se construyó por motivos de seguridad, había que sobrevivir y las ventanas no eran una opción por los fuertes vientos del Planeta Rojo. Se emociona, explicándome con pasión, que algo importante aquí en Marte es la iluminación, ya que tiene un papel clave en la historia del desarrollo de la vida humana en este segundo Nuevo Mundo, que cada época histórica marciana puede entenderse por el acceso de los colonos a las diferentes fuentes de luz, y su abundancia hoy nos habla del triunfo de nuestra especie para establecerse en Marte, y que (Sarah... ¿Sí me estás poniendo atención? ¿Tengo algo en la cara o por qué te me quedas viendo así? ¿No? Bueno, Te estaba diciendo:) es por eso que, conforme te acercas a la plaza, las áreas verdes y las fuentes enmarcan el camino hacia la entrada principal del recinto con un sendero bien iluminado que te invita a recorrerlo.

Como ya nos hemos distraído mucho (y con eso me refiero más que nada a mí), caminamos hacia la entrada y vamos viendo las estatuas de esos primeros científicos. Morgan, que trae un ímpetu de seguir compartiendo información, me cuenta que llegar a Marte fue más que una "carrera": resultó en una colaboración planetaria sin precedentes, en esos tiempos existió la idea de: ¿Por qué terraformar sólo a Marte y no la Tierra? Y, en el contexto de esos debates, una científica senegalesa de nombre Mali Mané ideó una

máquina que logró lo que antes parecería impensable. Morgan se emociona y creo que se tarda en darse cuenta que yo corro hacia la entrada, porque eso es lo último que escucho. Me encanta que me platique cosas, pero el arco que está en la entrada me parece fascinante y llamativo, así que *tengo* que cruzarlo. Hay algo especial en atravesar esa clase de portales.

Entro a la estación y siento que es una nave espacial. Mis primeros pasos me hacen sentir la magia de visitar un lugar nuevo del que te han contado tantas cosas... pero esa ilusión se esfumó cuando un altavoz de golpe anuncia una oferta en un restaurante. Luego de que el capitalismo le da semejante bajón a mis ilusiones, me sorprende que esta estación funcione como plaza comercial, con una cantidad enorme de anuncios animados que me recuerdan al centro de Nueva Tokio: desde las noticias del día y las efemérides a las ofertas especiales. Basta solo un momento para darte cuenta que tienen concentrado de todo: desde tiendas de ropa, cafeterías, oficinas de migración (a las que cuales no voy a acercarme), y un puesto de helados, magnífico a palabras de la gente que sale de ahí, pero Morgan me va a llevar a comer donas, así que tengo que esperarlo.

Mientras me alcanza, ya que puedo verlo a lo lejos, me doy cuenta que hay algo lindo en ese lugar. Se ve que lo han remodelado varias veces, parece un aeropuerto más que una estación de trenes. Hay también murales que reflejan la historia de la colonización y conquista de Marte, pero si quiero saber sobre eso mejor le pregunto a mi apreciado héroe e historiador de cabecera. Lo curioso de este lugar es que, en el tablero de horarios que está en la entrada, noto que el tren no tiene muchas salidas continuas, son como cuatro o seis, casi, apenas, por día, y su diseño arquitectónico, creo, remite a una estación de ferrocarril de la revolución industrial mezclada con el arte moderno del Siglo XXI.

Busco a Morgan y, aunque agito mi brazo para que me vea, no acelera el paso. Se le ve sereno, con una paz imperturbable y, a mi ver, parece molesto. Cuando llega a mi lado, me dice que no esperaba que fuera una corredora, me da un golpecito tierno en la cabeza con un folleto que recogió de la entrada y me hace prometerle que no lo volvería a hacer mientras me ve, otra vez, lento, intenso, varonil y serio. A los ojos. No mentiré sobre lo que siento. Fuera de su obsesión de clavarme esas miradas, cuando lo veía venir creí que me iba a increpar por dejarlo hablando solo, pero no, fue amable. No sé si es condescendencia o genuina amabilidad. No estoy acostumbrada a que no me reprochen mis acciones. Lo normal para mí es, más bien, que me griten o me hagan sentir la culpable por cosas que no puedo controlar.

En la Tierra, la gran mayoría de las personas tiraron la toalla conmigo. Estaba en una situación vulnerable y, por suerte, conseguí llegar aquí como refugiada. Mi estado de salud mental es una anomalía porque padezco uno de los males del mundo antiguo o, al menos, eso me dijo mi terapeuta cuando me reveló la gravedad de mi diagnóstico. Ella me ayudó con el inicio del trámite para llegar aquí. Apenas ha pasado un mes desde que me acogieron y, tras pasar por varios filtros... porque no es suficiente pasar ocho meses de trayecto en una nave a través del espacio (tediosos, por cierto), donde te hacen exámenes, cada uno más agotador que el pasado, y, tras aprobarlos y vivir en una zona de readaptación por dos semanas, se me dio la aprobación de continuar con mi carrera, y con eso pude recobrar mi *centro* y mi estabilidad mental: puedo seguir investigando. La verdad es que, a pesar de todo, tuve suerte. Bastante, diría.

La estación por dentro es un como un largo pasillo con varios niveles. Caminamos por un rato en la primera planta y, aun cuando está bajo techo, hay mucha luz, al grado que casi no se proyectan sombras en su piso. No distingo entre

los locales. Me siento abrumada y fatigada. Aunque se acerca el mediodía, apenas noto la presencia de la gente. Morgan de pronto, coincide con caras conocidas y platica poco con ellas. Creo que me presenta, pero mi ánimo, a diferencia de hace un rato, está muy decaído, no entiendo lo que me dicen. Asiento con la cabeza y les muestro la sonrisa más contenida y amable que puedo. Creo que sigo cansada. No debí correr o dejarme llevar por la euforia de hace un rato.

Al disiparse la neblina de mi mente y mis sentidos regresaron, estoy sentada en una mesa. Al parecer, llegamos al lugar que Morgan quería mostrarme. Veo que llama a alguien y tomo del agua que está frente a mí. Morgan intenta detenerme, pero es demasiado tarde. La mesa aún no estaba limpia y esa era agua que dejó un cliente anterior. Me río un poco para tranquilizar a Morgan y le digo que parece que ando muy *tontita* mientras golpeo con mi mano mi cabeza de manera linda. No quiero seguir siendo una carga para él. Lo he de tener muy preocupado porque, de manera atenta y cuidadosa, no me quita la mirada de encima.

Nuestra orden llegó pronto (excelente servicio) y empezamos a comer. Morgan pidió una docena de donas de distintos sabores y todas se las traen rellenas de jaleas diferentes. La mesera las deja frente a él. Están bien calientitas, como recién horneadas. El aire arriba de ellas se siente más cálido y hasta se ven esponjosas. Tomo una dona rosa con chispas de colores y, al morderla, descubro que trae un relleno de piña, y al instante me consta que es la experiencia culinaria de mi vida. Mientras la saboreo, me remonto a mi momento más feliz, y me sorprende que, de hecho, es muy reciente, tal vez demasiado reciente. Recordé despertar con el camisón rosa... No puedo creer que *ese* sea el momento al que me recuerda una deleitable dona, esto me confirma que, en efecto, me morí y estoy en el paraíso.

Mientras me dejo llevar por un frenesí de consumo de donas. Noto que el lugar tiene una inspiración a un restaurante de 1950, un poco de *rock and roll* al estilo marciano. Los empleados usan uniformes estilo pin-up y chamarras como si fueran parte de un club, de pronto hacen pasos de baile y eso le da un *extra* muy interesante al negocio. Se siente perdido en el tiempo por la buena vibra, pero hay una duda que me empieza a recorrer mientras me degusto mi tercera dona rellena: si yo estaba en el centro de la capital, ¿cómo demonios hizo Morgan para traerme hasta aquí?

La Parte de Morgan

Media tarde en la ciudad de Kairós.
Llueve ligero, como cualquier invierno en Marte. Humedad a 75%.
Lugar: Hotel Dress-des, conocido por su buffet de desayuno y sus damas de compañía.
Habitación 024

"Recuerdas.
¿Cómo se sentía el viento
entre nuestras manos?"

Bar del hotel:

— Inspirarme, eso deseo antes de embriagarme, pero... ¿cómo lograrlo? —*suspira*—. ¿Cómo? —*le da un trago a una vieja botella de ron*—. Cuando no te tengo y tu piel es aquel lienzo que todo pintor sueña, la vida prerrafaelista y, por ende, en tus ojos encuentro la patria arrebatada, mi hogar, donde con mi boca sobre tu cuerpo y mis manos como pinceles puedo crear la mejor de las obras soñadas por los grandes artistas —*recuesta sus brazos y su cabeza en la barra*—. Ella la auténtica, el sueño —d*irige su mirada al vacío del bar,*

donde una lámpara emite un tenue color violeta—. Cómo no desear que los días se detengan y me regresen a todos esos momentos donde pude decir lo que sentía... o arrebatarle un beso —*Suena Don't shut me down de ABBA por octava ocasión*.

Morgan, sumergido en sus devaneos, se imagina a sí mismo bailando al ritmo de aquel tema. Está sentado en el bar y, de a poco a poco, se alza con los ademanes que le dictan el ritmo y letra, hasta erguirse danzante, señor de los movimientos sugerentes, pasionales y entretenidos, que atrapa a todos los demás comensales, hasta al personal que ahí hace su trabajo, los hipnotiza para que lo sigan en esa catarsis, ese quebranto, invocación y tormenta de emociones por tanto tiempo encerradas. Hasta que suena la alarma.

Se levanta de la cama, abrumado. No recuerda cómo volvió ahí. Le pide a la aplicación que pare la música. El cuarto está hecho un caos: botellas vacías y cigarros sin terminar adornan el ambiente. Va al baño y se lava la cara. Se mira en el espejo y le cuesta trabajo reconocer a la persona que ve. Pone su mano en su rostro. Sólo una mirada y un movimiento de cabeza de desaprobación bastan para que decida salir de su habitación y dirigirse de nueva cuenta al bar del hotel.

Sale, algo agitado. El pasillo está mal iluminado. Hay interrupciones de luz y un joven técnico al fondo que intenta solucionarlas. Morgan, sin desvaríos, camina por las habitaciones y ve los números. En Marte se evita el número *cuarenta y dos*. En una serie de accidentes, que ocurrieron todos en un mismo año, durante los inicios de la colonización marciana, en cada uno de ellos estuvo presente ese número de alguna u otra manera. Terminó asociado a la muerte. Hoy se evita su uso en direcciones, carnets de identidad, casas, pisos de edificios, alimentos y en un sinnúmero de lugares. En ocasiones, por diversión, Morgan tiende a su-

mar los números que se topa en el camino, para averiguar si alguno suma el tan afamado y maldito número.

Llega al ascensor. La puerta se abre y de ella salen dos mujeres. Morgan, decaído y con cara de desvelado y de que solo se alimenta para evitar la resaca, las observa de reojo. Una se le queda mirando disimulada. Trata de fingir, acomodando su flequillo. La otra apenas se percata de su presencia. Llevan puesto el uniforme de la terminal de trenes y cargan consigo varias maletas, como si estuvieran preparándose para vivir varios días en ese hotel. Morgan se sube al elevador, y se queda solo con el aroma del perfume que llevaba una de las chicas. Lo inhala con nostalgia, piensa en lo que se le ha ido de las manos, en esos recuerdos que se activan cuando un aroma nos hace viajar en el tiempo y rememorar el pasado que se ancla en esas sensaciones. Se cierran las puertas mientras Morgan se recarga en la barandilla al fondo del elevador y, con un suspiro seco, y un gesto agrio, atina a ver cómo descienden los números hasta que es hora de llegar de nueva cuenta al bar, pedir otra botella, y esperar que aquella canción le llene el vacío que siente en sus manos.

Las horas pasan junto a la barra y la inspiración jamás llega. La botella de whisky no se abre. Se encuentra con la nostalgia como la más sencilla compañía. Desea no tener nada de lo que ha conseguido. Más tarde, en forma extraña, casi irreal, observa una sombra frente a su ventana.

—¿Es ella? —dice Morgan, melancólico.
—No... —le responde una mujer—, es tu reflejo, idiota, y hay que ir a casa, recuerda que le prometí a Arturo llevarte y ya hartaste a todos repitiendo esa canción de ABBA en la rocola, ¡vamos, levántate!

MORGAN: Un canto tranquiliza a nuestro enamorado escritor.

¿?: ¡Ya deja de hablar en tercera persona, Morgan!

MORGAN: ¿Tú quién eres?

¿?: Soy tu mejor amiga y te estoy cuidando. Eso querías, tontito. Nos dijiste en la mañana, y cito: "Me voy a embriagar porque ella me dejó, no dejes que haga nada estúpido." Arturo estuvo de acuerdo, ¿creo que recuerdas a Arturo? Tu mejor amigo y mi esposo. Pues me dejó las llaves del auto para llevarte a casa porque la niñera tuvo una emergencia, él perdió y le tocó cuidar a la bebé (*sonríe victoriosa*) y ahora somos tú y yo. Primero, tenemos que caminar a mi casa para poder llevarte, un poco de frío y luego rumbo a tu palacio, ¿estás de acuerdo, imbécil?

MORGAN: Pasé la mitad de mi vida amándola y la otra mitad ocultando cuánto la amaba.

¿?: Hace mucho tiempo que no sacabas tu lado poeta, Morgan (*toma el brazo de Morgan y comienza a jalarlo*). Me recuerdas a tu *yo* de la carrera, ese muchachito que soñaba con vivir de las palabras y alejarse de todo esto. Recuerdo que una vez me dijiste: 'No te arrepientas del amor sino de lo que dejaste ir", cuando estaba indecisa sobre Arturo. Tus palabras me animaron a decirle que sí quería ser su novia (*deja de tirar de su brazo y mira con cariño su anillo de casada*) y, al verte hoy en esta actitud tan deprimente, me da nostalgia y también mucha risa. Es que en serio te ves muy mal (*se ríe con carcajadas que parecen que llevan altavoces*).

MORGAN: Agradezco tu compasión, maldita insensible (*Morgan se pone serio, pero acto seguido se ríe y se atraganta un poco*).

¿?: ¡Levanta los brazos, tonto!

Ya fuera del bar del hotel, Morgan y su amiga se dirigen a la casa que ella comparte con su esposo y su hija, el hogar

que han formado. Toman el camino largo con la esperanza de que se le baje la resaca a Morgan, pero se detienen para contemplar cómo cae la nieve sobre la ciudad de Kairós. El viento trae consigo la incertidumbre del frío y, bajo las luces mercuriales, todo adquiere un tono melancólico. Morgan sonríe y su amiga lo abraza a pesar de la diferencia de estatura. Le dice, en clave de hermana mayor, que todo estará bien, que uno nunca va a saber con qué se encontrará en el camino, y que por eso hay que mantener los ojos abiertos.

La ciudad de Kairós se vio inspirada por la Ámsterdam de principios del Siglo XXI, por la forma en que conviven los ríos con las calles, su eficiencia en el manejo del agua como recurso y necesidad. Esto propició que se fueran construyendo infinidad de puentes sobre los canales, puentes de los que es fácil olvidar sus nombres y difícil prestar atención a lo que ahí sucede, de tan cotidianos que son. Tan acostumbrados que estás a verlos que se olvida la razón de su existencia. Siguen caminando y se acercan a una tienda. Ahí, Morgan compra dos paraguas y un suero de sabor a flor de Jamaica. Su amiga compra una cajetilla de cigarros, lo que sorprende a Morgan.

MORGAN: ¿Cigarrillos? ¿Tú?

¿?: No me juzgues, don alcoholizado. Sólo quiero eso, un cigarro y ya.

MORGAN: Creía que lo dejaste. ¿No lo pactaron Arturo y tú tras lo del bebé, y por cómo batallaron para concebir?

¿?: Sí, lo hicimos, pero sólo se me antojó ¿sí? Hay algo en este clima que me hizo querer tener un cigarro, al menos tenerlo en mis manos. Aún no sé si comprar el encendedor. Creo que necesito sentir un poco de simpatía, aunque no hay simpatía por vivir deseando prender fuego a las cosas para sentirlas vivas. Esto puede no matarme


¿Cigarrillos?
¿Tú?

por fuera, pero me destroza por dentro... ¿Ves? Ya me contagiaste lo poeta.

MORGAN: Si mal no recuerdo, *tú* estudiaste literatura, así que no me culpes a mí por tus traumas. Mira, afuera del local hay una banca, ¿quieres sentarte y contarme qué te pasa?

¿?: Gracias... sí me gustaría.

Morgan y su amiga compran las cosas, se despiden con gentileza del encargado y se sientan en silencio en la banca. Dejan que pasen unos minutos. Miran cómo la noche se ve abrazada por el singular velo que dan los primeros momentos de la nieve. Morgan saca el encendedor y su amiga sonríe.

Las manos tiemblan. Un cigarro se enciende. Al compartirlo, se entreteje el aliento que revela el frío con el humo del cigarro. Ambos sonríen con la complicidad de que ninguno dirá nada sobre ese ya peculiar momento.

MORGAN: Estás lista, ¿quieres contarme qué te pasa?

¿?: Deja le doy un toque más al cigarro. No tienes idea de cuánto extrañaba esta sensación, y no es tanto por el tabaco, es que a veces, para lograr algo, te piden sacrificar mucho, así, sin miramientos y de golpe (*le pasa el cigarro a Morgan y se lleva ambas manos a la cara*). Pero tienes que mostrarte feliz y decidida, sin dudas, y, si por suerte lo logras, cuando menos lo piensas, ya no puedes volver atrás. Sólo quiero un maldito segundo en el que sienta que pueda tener el control sobre algo en mi vida.

MORGAN: Apenas te entiendo con las manos en la cara, entonces, ¿lo haces porque sólo quieres un cigarro?

¿?: El tacto sigue siendo una de tus virtudes, ¿verdad, Morgan?

MORGAN: Disculpa, ando un poco impertinente por el alcohol.

¿?: No te preocupes, entiendo... es difícil abrirse y no ponerse a la defensiva.

MORGAN: Puedo entender eso. (*Se termina el cigarro*)

¿?: Me agrada cuando estas así, es el Morgan al que sí le invitaría un trago.

MORGAN: Lo tomaré en cuenta para la próxima. Vamos, cuéntame bien qué te pasa.

¿?: Bueno, ahí voy (*toma un poco de aire y espera unos segundos antes de dejarlo escapar en un suspiro extenso*). Tengo miedo, ¿sabes...? No sé si podré ser una buena madre, y no me malentiendas, amo a Arturo y a Zaza, no sé cómo resolver la sensación de vacío. Es como un hueco en el estómago que crece cada vez que tengo a Zaza en mis brazos. La miro y quiero llorar. Siento que estos meses no he podido hacerla feliz y quiero volver atrás para no hacerla pasar por el proceso que yo misma viví cuando era pequeña. ¡Mírame, Morgan! No sé si algún día pueda estar bien para ella. Anoche no dejaba de llorar y, aunque la abrazaba y la arrullaba, no se calmaba y, al cabo de un rato, estábamos en el suelo llorando las dos. No fue hasta que llegó Arturo y la levantó que Zaza se calmó y yo me tuve que ir arrastrando a otra habitación a sentirme destrozada. Me siento una madre terrible por desear no tenerla, y hacerle pasar por esto.

MORGAN: No eres terrible, exceptuando, claro, por lo del cigarro. Me preocupa que en el hospital no te detectarán eso, ¿no se supone que cuidan todas esas posibilidades?

¿?: ¡Sí lo hacen! Sólo que aún hay muchos sesgos, Morgan... Marte se podrá presentar como 'el faro de La Humanidad', pero sigue contando con *la humanidad*, y yo no nací aquí, así que me dan el trato que les dan a los terranos, y no digo que todos los residentes sean así. Tú y Arturo son geniales, y los amigos de la facultad, como todo, es de-

pendiendo de quién te toque... Y creo que por eso no tuvieron todos los cuidados conmigo.

MORGAN: Es horrible que sigan pasando esas cosas. Si quieres que denunciemos, lo hacemos, que la influencia de mis apellidos sirva para algo bueno.

¿?: Te lo agradezco, pero mejor no. Mi estatus migratorio podría cambiar si no manejamos bien las cosas. Me siento atada y que me escuches ayuda mucho. No siento que tenga el valor para hablarlo con Arturo, y más por todo lo que ambos luchamos para esto, así que he aprendido a afrontar la situación como he podido. El amor y la esperanza son la razón por la que estoy aquí ahora, es lo que me empuja a abrirme y también lo que me da la estabilidad para estar cuidando a un borracho, que, tengo suerte en decir, es mi mejor amigo.

MORGAN: Yo también te quiero, Alanís.

ALANÍS: Yo también a ti, idiota.

Morgan y Alanís siguen en la banca hasta que se terminan los otros tres cigarros que venían en la cajetilla. Los comparten entre risas y entre el saber que, a pesar de lo que vivan, se tienen el uno al otro. Al cabo de un rato (luego de que batallaron para levantarse por el descenso de temperatura) retoman la ruta hacia el hogar de Alanís, Arturo y Zaza.

La noche avanza y el camino es tranquilo, apenas se distingue si hay alguien cerca y la única luz es la de algunos locales. El frío crece y faltan un par de calles para llegar cuando, a lo lejos, observan que, de uno de los puentes, algo se precipita desde el barandal en línea recta hasta el fondo del río. Morgan se apresura. Se lanza al agua sin pensarlo. Alanís grita e intenta pedir ayuda. Nadie contesta. Pasan dos minutos que para Alanís son eternos. Morgan emerge del agua del canal. En sus brazos va cargando a una mujer joven e inmóvil.

MORGAN: No está respirando, Alanís. ¿Qué hacemos?
ALANÍS: ¡Rápido, acuéstala! Voy a darle RCP.
MORGAN: ¿Desde cuándo sabes hacer eso?
ALANÍS: ¡Deja de molestar y hazte a un lado!

Alanís abre la chamarra de la joven y evalúa si presenta algún grado de conciencia o siquiera responde a algún estímulo. La mueve un poco y de su abrigo mullido cae su tarjeta de identificación sobre los adoquines de la calle. Morgan toma la tarjeta y la lee. La joven se llama Sarah. Alanís le revisa todo el cuerpo en busca de alguna fractura y le pide a Morgan que llame a emergencias, pero él le responde que eso no será posible. Ella es refugiada y, si reportan un intento de suicidio, lo más seguro es que la deporten. Alanís comienza las compresiones torácicas. Sarah no responde. Alanís pasa a realizar ventilaciones en aquel cuerpo frío y empapado, que tiembla bajo las pequeñas pero decididas manos de la joven madre, quien intenta con ahínco no perderla, urgida por su necesidad personal de saber que en su vida hay *algo* que puede hacer bien.

La calle, con arreglos y aires de elegancia, de celebración y enorgullecimiento, cuyos puentes de adoquines están tan poco acostumbrados a sucesos de esta índole que callan, no dejan que escape el ruido de lo que sucede ahí. Morgan tan como puede estar, apenas puede creer lo que hizo, sumido en preocupación, tiembla, y poco a poco recupera su calor, de rodillas, sin poder hacer otra cosa más que ver y negociar con su impotencia.

Justo en lo que Morgan procesa la situación tan surreal en la que se han metido, la terquedad de Alanís vence a la muerte. Sarah reacciona con el dolor de quien se aferra a la vida con las uñas. Intenta articular palabras, pero se desma-

ya frente a la mirada atónita de una amistad incrédula ante lo que acaba de ocurrir y lo que acaban de hacer.

MORGAN: Tenemos que hacer algo, la pobre está muy helada.
ALANÍS: (*Con una voz temblorosa y preocupada*) Mi casa no queda lejos, pero no tengo calefacción, no podríamos calentar su cuerpo ahí. ¡Morgan! Iré por el auto y traeré cobijas. Tendremos que llevarla a tu casa, es la mejor opción. Quédate con ella, vuelvo rápido.

Morgan recuesta la cabeza de la joven en sus piernas, Alanís se va corriendo, y pronto Morgan la pierde de vista. Otra eternidad pasa, en silencio, cae la nieve, la respiración de Sarah es muy aguda, apenas perceptible si no fuera porque el frío condensa el vapor que sale de su boca. La nieve es leve pero constante, las luces alrededor son tenues y Morgan, con la esperanza de no perderla, se quita el abrigo y lo coloca a modo de cobija. Él la mira, pero ella sólo tiembla, sus labios se tornan cada vez más de un tono turquesa, pasan casi diez minutos y ni un alma, ningún recuerdo vívido o espectral. Ni siquiera hacen acto de presencia esas leyendas del folclore que endulzan las charlas de oficina en los turnos de noche. El silencio se rompe con el fuerte latigueo de un auto que se acerca, es Alanís que derrapa al estacionarse, abre la puerta con intensidad y dice...

ALANÍS: ¡Ven conmigo si quieres vivir!
MORGAN: ¿Qué te pasa, Alanís?, ¿por qué dices eso?
ALANÍS: Súbela a la parte trasera y quédate con ella, además, el nivel de urgencia lo ameritaba. y agárrate bien que yo conduciré hasta tu palacio. (*El auto arranca con saña*)
MORGAN: Mi casa no es un palacio. (*Se sostiene con fuerza del asiento*)

Alanís: Recuerda que, si tienes más de tres habitaciones y baños, niño rico, por supuesto que tienes un palacio.

En poco tiempo, Alanís, Morgan y Sarah, a quien tenían envuelta en cobijas y recostada a lo largo del asiento trasero del auto, salen de la ciudad. Durante el trayecto no hablan mucho, sólo algunas frases para saber el estado de Sarah, por la ventana desfilan las planicies de Marte, un cielo claro, estrellado, y, entre ese firmamento, el planeta Tierra brilla como el lucero del alba. ¿La ruta es pacífica, casi no transitan automóviles de madrugada, para calmarse y armonizar el momento, Alanís comienza a cantar Have You Ever Seen the Rain?, Morgan se sorprende un poco, sonríe y le sigue el ritmo, Morgan mira a la chica que están cuidando, nota que sus labios están dejando el color turquesa por un más cercano al carmín, y parece que recupera un poco la conciencia, él le dice; "Confía, pronto estarás bien", a lo que ella con calma y tal vez con una sonrisa que lleva consigo un dejo de confianza, cierra sus ojos otra vez.

Lo normal es tardar una hora en llegar a la estación desde la capital, pero, a la velocidad merecedora de varias multas que lleva Alanís, poco más de treinta minutos bastaron para acercarse a su destino. Al llegar, desde su teléfono, Morgan abre el portón de la entrada a su casa, estacionan el auto junto a la puerta principal y se apresuran para llevar a Sarah adentro. Alanís le pide a Morgan que prepare la tina con agua caliente porque Sarah, a pesar de lo que aparenta, sigue fría, él asiente y se da prisa, no sólo en preparar el baño, sino también para dejar más cálida la temperatura de su habitación, para poder recostar a Sarah en su cama cuando ella haya recuperado un poco su temperatura. Alanís lleva a la muchacha al jacuzzi y le pide a Morgan que prepare té y también ropa seca, mientras comienza a desvestirla en el cuarto contiguo al baño. Sarah reacciona un poco e intenta

It's been coming for some time
when it's over so they say
it'll rain on a sunny day
I know
Shining down like water
I want to know

Have you ever seen the rain?



decir algunas palabras, pero resulta incomprensible, Alanís, sin saber de dónde sacó las fuerzas, la carga, y la sumerge centímetro a centímetro en la tina, la abraza y le susurra que todo estará bien, que ya está a salvo, mientras le acaricia el cabello con el tacto de alguien que sólo puede transmitir esperanza. Morgan observa la escena y le entrega un par de toallas a Alanís junto con una muda de ropa.

ALANÍS: Morgan, ¿qué es esto?

MORGAN: Es su ropa.

ALANÍS: ¿En qué mundo un camisón rosa te parece apropiado?

MORGAN: Es lo único que tengo para chicas, y creo que será lo mejor, ya que con las cobijas y la habitación no queremos deshidratarla de tanto calor, te recuerdo que, si te dejara elegir a ti, y tomando en cuenta cómo no vistes, sino *envuelves* a Zaza, casi como si fueras a enviarla por paquetería a la Tierra, no creo que queramos eso para ella.

ALANÍS: Cómo eres cruel, es que Zaza se ve adorable envuelta en cobijas, pero, bueno, eso que dices parece sensato para ella, aunque no sé qué tan bueno sea que la vistamos con algo de tu antigua relación, que, por si no te acuerdas, te tenía hoy pendiendo de una botella.

MORGAN: No te preocupes, creo que le lucirá mejor a ella, y mientras más rápido deje de tener cosas de ya-sabes-quién aquí, será más saludable para mí. Por cierto, Alanís, no sé por qué dices que serás una mala madre, con ver cómo cuidas de una desconocida, y el cariño que le das, me muestra que no tienes nada que temer. (*Sonriendo de forma juguetona*) Zaza es afortunada de tenerte como madre, esta chica lo es también por tenerte de cuidadora y yo, por supuesto, no podría sentirme más agradecido

de haberte conocido y poder decir que, más que mi amiga, eres mi familia.

ALANÍS: Eres un tonto, Morgan... gracias... por decírmelo.

Alanís saca a la muchacha de la tina, Morgan, que estaba recargado en la puerta, se aproxima a Alanís cerrando sus ojos para no ver desnuda a la chica, Alanís le pide a Morgan que estire sus brazos para que sirvan como perchero y sostenga a Sarah y así ella pueda secarla con la toalla con mucho cuidado, ambos como si tuvieran miedo de romperla, realizan la tarea con vehemencia y dedicación, una con delicadeza, y el otro como un firme, pero confiable poste. Pero entonces, un caudal de lágrimas se ahoga en cara de Alanís antes de salir, la única evidencia: sus ojos vidriosos.

Hay minutos de silencio a los que Morgan, extrañado de no sentir ningún movimiento, abre los ojos y mira como, por fin, una lágrima sale de Alanís, Morgan pone su voz seria y le dice que vista a la muchacha, Alanís lo hace sin miramientos, le coloca el camisón con gentileza, cuidando cada aspecto del mismo, como si vistiera a una muñeca de porcelana que acabaran de restaurar, cuando termina no puede más y comienza a llorar, Morgan, que no puede dejarla así, carga a Sarah y, con sutileza, la lleva a la habitación que tenían preparada, la recuesta con cuidado y, sin hacer casi ruido, vuelve con Alanís. Cuando llega con ella, la mira: se encuentra en el suelo, destrozada, llorando en silencio, conteniendo con todas sus fuerzas su tristeza, Morgan se sienta a su lado, le acaricia la mejilla y, en silencio, espera que la compañía sea suficiente.

El tiempo vuelve a transcurrir cuando las lágrimas de Alanís cesan, aguarda en silencio hasta que su cabeza, termina recargándose con tranquilidad en el hombro de Morgan, quien, tranquilo, sigue a su lado y no reacciona, ella sonríe, ya que le trae recuerdos de su tiempo de la universi-

dad, de aquellos días en los que se quedaban dormidos bajo los árboles de la plaza principal, lo voltea a ver disimulada, trata, de manera ingenua, que no se dé cuenta, ya que parece adormecido. Pero se sorprende de que él ya la mira.

MORGAN: Eres muy tierna, ¿lo sabías?

ALANÍS: Cállate o te pego. No pude evitarlo, el pasado fue un lugar muy especial, y acogedor.

MORGAN: Pero es mejor dejarlo así, ¿no crees? El pasado resulta agradable, lo entiendo, pero ya sabemos en qué acabó, y hacia dónde nos trajo. ¿Realmente quieres volver?, ¿recuerdas cómo vivíamos entonces? (*se ríe un poco*) no creo que lo necesites.

ALANÍS: Le quitas lo bonito hasta a la nostalgia, Morgan.

MORGAN: Por eso me quieres desde que hicimos aquella tarea en la escuela, (s*onando un poco alegre, pero cambiando el tono por uno más serio y preocupado*), por cierto, en qué enredo nos metimos esta noche. ¿Qué vamos a hacer?

ALANÍS: Yo creía que nuestros mayores impulsos de idiotez habían acabado, y que la bebé sería la cereza en ese pastel, pero esta chica lo cambia todo, va a necesitar de nuestra ayuda, y creo que merece mucho cariño. Su situación como refugiada me recuerda un poco a mi cuando llegué aquí, lo asustada que estaba y, lo sola que me sentía, pensando que jamás encajaría en este nuevo mundo de posibilidades que escapaban a mi imaginación, pero lo de ella... es mucho más complicado, y no sé cómo lo hizo... Ella es una chica trans, Morgan.

MORGAN: Espera, ¿es una chica trans?

ALANÍS: Sí, escúchame, me di cuenta mientras la cambiaba, ¿y qué, Morgan, eso te molesta, te genera algún problema? (*mirándolo con desaprobación*)

MORGAN: Para nada, no se me cruzó por la cabeza que pudiera ser trans. Es muy linda y *petite*.

ALANÍS: ¡Ay, Morgan! Todos los cuerpos son distintos, ¿sabes? De seguro comenzó su cambio muy joven, pero ven, hay que levantarnos y secarnos, que esta ropa que traemos sigue húmeda por ayudar a la pobre de Sarah, y no sería bonito enfermarnos, además, a ella hay que dejarla descansar, creo que ya ha de estar fuera de peligro, y tuvimos mucha suerte a pesar de todo. Creo que quedaste en que me prepararías un té antes de que regrese a casa.

MORGAN: ¿No piensas quedarte, y ayudarme?

ALANÍS: ¿Lo olvidas? Tengo a mi bebé y un esposo solos en casa, y a Arturo se le quema hasta el agua, y no sé... hay algo en esta experiencia con Sarah que me hizo querer ir a abrazar a Zaza, la necesito en mis brazos, me urge sentir que está a salvo, y calientita junto a mí, hecha todo un paquetito adorable y listo para enviar, mi regalito... Por eso no puedo quedarme.

MORGAN: Sabes que vas a estar bien, ¿verdad? Me lo dice mi corazón.

ALANÍS: Ya te estás burlando, ¿verdad? Ese nivel de cursilería no funciona conmigo y no es propio de ti.

MORGAN: Ven, déjame abrazarte.

ALANÍS: ¡Nuuuuuuuu! Quítate.

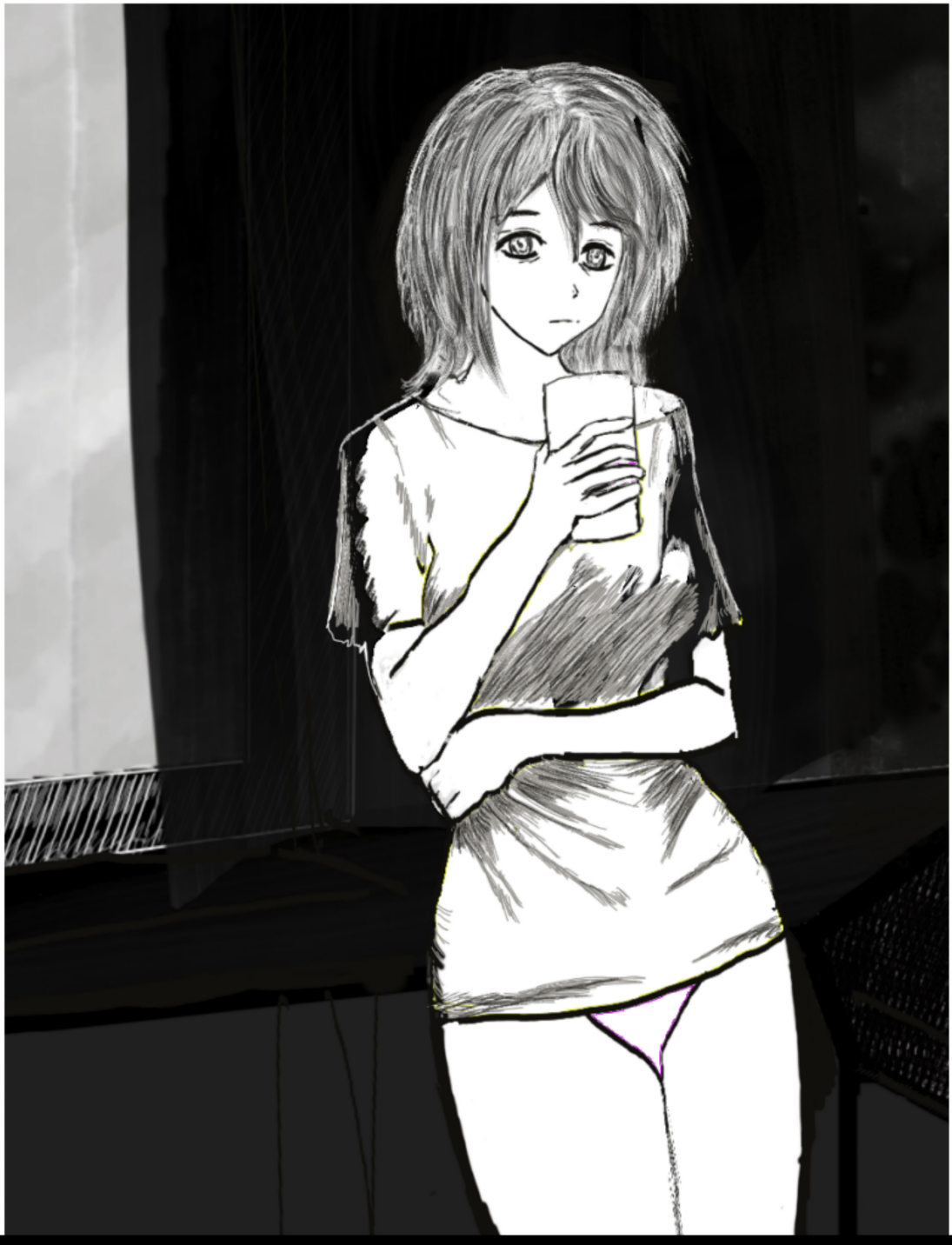
Un abrazo, extraño santuario al que acudimos cuando la confianza se trastoca, en ocasiones con la habilidad de reparar al corazón más herido, dejar atrás las dudas en un espacio de encuentros, refugio donde puedes encontrar paz y que permite a las personas involucradas entrever un poco de esa vulnerabilidad que ocultamos al mundo, dejando a simple vista lo mejor que podemos ofrecer cuando las palabras no son suficiente. La tetera hace aquel característico ruido que avisa que el agua está lista, pero Alanís necesita más del calor del abrazo, por lo que rompe un poco en lágrimas y aprieta más fuerte, y de manera abrupta, a Morgan,

como si intentará aferrarse con desesperación a sus hombros, porque los miedos que la persiguen la quieren arrastrar a los abismos que la acompañan, ella aprieta los dientes y olvida cualquier cobijo que el miedo, la tristeza y la soledad nos puedan dar, porque ella necesita un abrazo, cerrar los ojos, y dejar todo atrás.

Morgan le dice que el té puede esperar, Alanís asiente encogiendo sus hombros, y para ese punto, dentro de esa complicidad, que sólo existe en esas relaciones de amistad que se conocen hasta el más singular de los hilos, las lágrimas se volvieron cálidas, el dolor se vuelve tranquilidad, y cuando ella mira hacia arriba, cruza sus brazos alrededor del cuello de Morgan, sólo para bajarlos lento y sin dejar de mirarlo, a la altura de la cintura de Morgan, tarda unos segundos, y después lo aprieta con toda la fuerza que puede, pidiéndole de esa manera que la acompañe a la salida mientras se ríe. Morgan, adolorido de su espalda por tan fuerte apretón, va a su habitación, y recoge una de sus chamarras deportivas, se acerca con una amabilidad atípica y en un rápido movimiento la pone por la fuerza a Alanís aquella sudadera.

Tras quedar a mano y reírse sin preocupaciones, olvidando por unos momentos que tenían a una desconocida recuperándose en otra habitación, Morgan recoge las cobijas que Alanís trajo, y la acompaña a su auto, le entrega un termo que tiene el logo de su universidad con el té en una especie de chiste interno que les ha acompañado por muchos años. Le abre la puerta mientras le dice que la quiere, ella corresponde el sentimiento con la mirada, le da un sorbo a la bebida y sin decir adiós arranca. Morgan se queda junto a la reja desaprobando la actitud de Alanís, pero tranquilo porque sabe que todo lo que pasaron esa noche, de alguna manera, era algo que necesitaba, tanto que se queda mirando hasta que el auto sale de su vista.

Morgan se queda unos minutos afuera, para abrazar aquella calma que siempre ha tenido el yermo de Marte, cierra el portón y regresa para ver a Sarah, se acerca a ella para verificar que siga respirando acercando un pequeño espejo a su boca, y al ver que este se empaña un poco, se tranquiliza, le acomoda la almohada y la cubre con una sábana, y antes de salir, ya recargado en el marco de la puerta de ese cuarto, se pregunta sobre, qué le habrá sucedido a esta joven para que quisiera saltar de ese puente.



Mientras el agua hierve.

Pienso en cómo comenzó este día, en la luz de la mañana que atravesó mi ventana, con mi nueva lista de pendientes esperándome, y mi cama que, a pesar de lo pesado del frío y el refugio que dan las cobijas, estas comenzaron a molestarme, a urgirme con cierta premura a que comenzara mi día, tras un largo diálogo y negociación, y a eso me refiero a que me estiré en toda dirección, pude estar ya más despierta, me senté en mi cama, y noté que, sin importar dónde me acomode, mis pies seguían colgando sin alcanzar el suelo, cuando era pequeña me preguntaba por qué sería eso, pero todos me decían que no me preocupara, que todavía estaba chiquita y que un día crecería, con los años descubrí que fue una vil mentira, sigo chiquita, aunque, a pesar de esa desilusión matutina, algo que me dio entusiasmo, un poco de calor para enfrentar el frío que se te aferra como hierba seca cuando sales de las cobijas, era que... ¡Hoy tenía una cita!

Esa euforia hizo que saltara de la cama, fuera rápida y de puntitas por lo fresco del suelo a darme un cálido baño, tenía la convicción de que ese día había que esforzarse: tocaba depilarme como si estuviera trasquilando un borrego, mis

vellos, estas consecuencias del invierno, que siempre juegan a volverme un fauno y cruel karma por mi gusto por las criaturas mitológicas, pero, luego de enfrentar y negociar con esa realidad, volví a mi *statu quo* de súcubo adorable que me caracteriza. Por eso no olvidé que también tocaba ponerme los productos de belleza que reservo para estos momentos, que ojalá no estuvieran caducados, no tengo muchos, no suelo cuidar mucho ese aspecto, consecuencias de no contar con un presupuesto para la banalidad al llegar aquí.

Recuerdo que ese chico, el de la cita, me dio una buena espina cuando lo entrevisté para mi investigación, fue muy amable, me sorprendió cuando me pidió encontrarnos de nuevo, y gracias a eso me tenía a las seis de la mañana dispuesta a enfrentar el día, cosa rara, más en mí, que padezco uno de esos males del mundo antiguo, una enfermedad arcaica conocida como *depresión*, esa que en nuestra antigüedad ansiaban por romantizar con un nombre tan bello y artístico, que decían con cierto aplomo y pomposidad "estoy melancólico", en una justificación que recuerda la tuberculosis y su estatus de belleza victoriano. Además, con la sorpresa de que atenté contra mi vida hace algunos meses, no es que me sobren las ganas de avanzar, o hacer algo más allá que aquello que médicamente se me pide, pero, ayer por la mañana, cuando volteé a mirar mi vida, lo flamante que era, y lo reciente que fue el haberme acabado de mudar, pensar en que un lugar nuevo trae consigo una vida nueva, con eso supuse que así todo está bien, acepto que tengo depresión, pero todo esto ayuda... A pesar de mis esperanzas y reflexiones, hasta ese ínfimo momento de aprobación y reconocimiento, llegó lo bonito de ayer, como es costumbre, me apunté a seguir el itinerario que me auto impuse, que consistía en: salir a desayunar, ir a la universidad para

hablar con la tutora y, el anexo especial de esta ocasión, reunirme con la razón de mi buen estado de ánimo.

A veces, cuando me miro frente al espejo, no entiendo por qué me esfuerzo tanto con las personas. Sé que es malo esperar alguna muestra de amabilidad, o que las cosas vayan como deseo, pero la desesperanza duele más que el anhelo. Recuerdo cuando lo entrevisté esa primera vez por culpa de mi tesis: la asesora me pidió más información respecto a la tecnología con la que trabajo, y, al ir a la compañía con total desidia, yo, creyendo que iba por cobre, terminé con las manos llenas de oro... sé que, cuando me recibió un atractivo joven de nombre Paweł, mis ojos recuperaron una chispa que sentía perdida. Platicamos por horas ese día en su oficina. Me enseñó los planos del prototipo que se me autorizó usar, así como los primeros ensayos que se realizaron. Los datos eran fascinantes, pero, sobre todo, la química que teníamos: al poco rato nos olvidamos del trabajo, estábamos descalzos y nos robamos comida de una oficina contigua. Me platicó de su vida y que venía de una familia polaca, de cómo decidió dedicarse a la intersección entre la historiografía, la realidad aumentada y su implementación con inteligencia artificial y el dogma marciano. Es la mezcla de un historiador con un restaurador (o al menos me quedé con esa idea). También creo que no le puse mucha atención. Me distrajo con su atractivo. En la entrevista, me platicó que su familia fue de los primeros grupos que llegaron al planeta Marte, por lo que su clan lleva aquí más de cien años, lo que lo hace a él algo así como parte de la realeza local.

Puedo decir, sobre aquel hombre, que, cuando lo entrevisté esa primera vez, yo llevaba mi ropa más bonita y me maquillé lo mejor que pude con los recursos que tenía, como me dijo que me veía linda, de alguna manera quise congraciarme con él, necesitaba gustarle, y siempre es bonito que te digan cosas así, que noten tu esfuerzo, te endulzan el oído,

y, por extraño que parezca, es aún más satisfactorio cuando puedes escucharlo de otra persona, ya que tiene un efecto diferente a cuando te lo dices a ti misma, es romper con esos límites autoimpuestos y dejar que algo entre a través de las grietas, que te reconozcan con una pequeña atención a nuestra imagen, saber que lo estás haciendo bien, y que aquello que deseas comunicar está dando el mensaje que esperas, y ¿qué da, así sepamos que nos engañan? A veces eso le hace más bien a esa herida que llevamos, saber que, aunque nos mienten, es más convincente que una verdad. Lamento mucho darle tanto poder sobre mí a cualquier voz que me muestra un poco de cariño. ¿Será superficialidad? ¿O es un síntoma de mi tristeza y falta de autoestima? Espero encontrar el camino, algún día, para que me deje de importar.

Es gracioso cómo un mismo recorrido obtiene un significado diferente según nuestro estado de ánimo: por la mañana, pasé por la plaza que está cercas de mi hogar y sentía que todo iría bien, me senté bajo mi árbol favorito y me comí un helado de galleta que me supo a la ambrosía de la que tanto hablaban los dioses griegos, observé a las personas y sentí ese optimismo que te hace olvidarte de todo... Encuentro un extraño placer en observar sus vidas: lo cotidiano a simple vista, ver y no intervenir, sin necesidad de acercarme a preguntar qué los llevó a estar en este momento en este lugar, a ser una especie de entrometida chismosa que les ve como datos y no como personas, pero hay hábitos que no se abandonan, me es imposible no percatarme de las dinámicas que emplean, de sus formas de vestir, y de entrever sus lugares de residencia, estatus económicos, modismos, lenguaje verbal, coloquial y corporal, gustos banales, y hasta si alguien está engañando a alguien con otro alguien, pero siempre me atraen más a quienes noto con esa alegría que oculta la tristeza, el por qué eligen lo que eligen, y fue bello ver que lo

que tanto dicen de esta ciudad es cierto: es un buen lugar, a pesar de todo, para comenzar de nuevo.

Caminé un rato sin prestarle atención al entorno, sumergida en mi música, tratando de pasar inadvertida, a pesar que ya iba arreglada para aquella cita. Llegué a la universidad, un lugar que tiene un diseño híbrido de alta tecnología en arquitectura artística y tecnológica, una fusión inspirada en el ejemplo que se convirtió la universidad Imperial de Tokio con la siempre afamada Sorbonne de París, con jardines que, debo remarcar, me enloquecen, son hermosos, y no tengo idea de cómo hicieron que crecieran jacarandas en Marte, pero lo agradezco, aun no son fechas de que florezcan, pero ya ansío venir cuando empiecen a brotar. Esta zona es un lugar ideal para pasar el tiempo entre clases o, incluso, hacer ahí los trabajos. Parece una ciudad en sí misma, tiene una gran plaza y un área de restaurante donde no hay que pagar por ningún alimento, y eso es hermoso. En la Tierra aún se cobra por todo, pero en Marte, en muchos lugares, no se cobra nada, el trabajo es para el bien colectivo y no personal, por algo le decían *el planeta rojo* antes de la terraformación.

Llegué con mi asesora de tesis, que, como la obsesiva con el tiempo que es, ya me esperaba en la entrada del edificio. Ella, Thelma, una especialista en historia del arte y género, me dice que le gusta mi trabajo y que sólo hay que revisar unas cosas, por lo que me pide que la acompañe a su oficina. Me puse nerviosa, ella no me cree cuando le digo que me intimida. Es poco más grande que yo en edad, pero su cerebro es maravilloso. Es de esas personas que crecieron con todas las oportunidades y que no desaprovecharon ningún segundo. Su hambre siempre ha sido recompensada, y jamás por pensar si tendrá para cenar esa noche o el día siguiente. Multipremiada, y publicada, es como tener a una leyenda encarnada. Y me aceptó a mí, con esta investigación pau-

pérrima. No obstante, adentrarse a ese templo erigido a su trayectoria, al que ella, tan-noble-y-humilde, nombra como su oficina, y al que procuré entrar con naturalidad, como si no me causara ningún impacto. Pero hay cierta presión en esa habitación, a cada paso era como si se me fuera el mundo, y no es que me defina como alguien introspectiva, con cada detalle que hay en esa oficina, ella transmite *tanto*, y su decoración no hace más que magnificarla.

Yo entiendo que mi personalidad es algo que se definiría como seria, pero mi tutora, al pedirme que me sentara, caminaba primero de un lado a otro exponiendo los puntos positivos de mi trabajo, pero, cuando llegó al fondo de la habitación, donde un enorme ventanal iluminaba todo el lugar, se volvió abrumadora, y la tenía ahí, en un alto contraste que hace real la forma en la que percibo su persona, y, aunque entre sus palabras iniciales elogió cómo llevo mi trabajo con la fiereza de un león que mira desde la Gran Piedra, que contempla desde el horizonte su reino, me comentó, en ese momento, que mis procedimientos no eran tan claros.

Me decía, con la calma y ternura que le diría un maestro a un cachorro, que los recursos en inteligencia artificial, si bien son avanzados para lo que busco, podrían presentar ciertos sesgos significativos, y que hay que encontrar una manera de hacer todo lo más concreto y riguroso posible, para que no quede mi trabajo como obra de ficción, y que, si no lo puedo lograr, tendré que reformular mi pregunta de investigación, pues de gran parte del periodo que estoy investigando no quedan casi registros, consecuencia de los crímenes durante la guerra de aquellos años, los modelos de inteligencia artificial que reproducen lo vivido a finales del Siglo XXI tienden a ser muy buenos en aspectos concretos, no son tan solventes en temas sociales.

Salí de aquel templo al conocimiento con el corazón estrujado, las manos temblando, y mi tutora, siendo tan adorable como nadie, me abrazó, ya que, a pesar de su temple, es alguien que ama dar abrazos y, aunque yo tenía los ojos a punto de llorar, caminé hacia la salida con la mirada baja, tambaleándome de un lado al otro rumbo al elevador.

A unos pasos de llegar, de improviso, un chico que iba corriendo por los pasillos me empujó y me tumbó. No me pidió disculpas, y no alcancé a ver quién era, fue un casual atropellamiento que me dejó contemplativa, tirada en el suelo, molesta, y entendiendo que esa situación inadvertida era mi realidad. Me levanté adolorida, fingiendo que nada importaba, con un falso optimismo que me decía, como susurro, que aún había cosas por las que valía la pena sonreír, y estar bien.

Me dirigí a la cafetería para quitarme el mal sabor de boca de los golpes, tanto mentales como físicos, que recibí. Sabía que no me iban a derrotar, no al menos este día. Al parecer, todo tenía un sentido y yo iba en sintonía con él, esperaba que, ojalá, la inercia que llevaban las cosas no arruinara la cita con Paweł. Lo primero que hice al llegar a la cafetería, fue pedir un moka y un pastel de cerezas (mi comida feliz), y lo acompañé con la canción *I Fell Love* de Donna Summer, porque no existe nada con mejor ánimo. Me senté sola en el área de la terraza. Por lo general, está vacía a esa hora, por lo que la disfruto mucho. Me sorprendió que una mesa tenía un parasol gigante. En otras ocasiones que he visitado este lugar, no estaba y me pareció lindo. Necesitaba aumentarle a mi día los niveles de lindura, y esa cosa enorme y estrafalaria parecía una buena opción.

Debo decir que siempre me ha gustado esa vista: se puede ver la ciudad, su puerto, el domo de conciertos, la inmensa (decorada hasta el ridículo) estatua del Dios, Marte, que se ostenta en todo su esplendor: gigante, erguida, masculina,

con su fálica lanza apuntando a los cielos (quizá a la Tierra), vestido como centurión romano, resaltando por encima de los edificios del paisaje de la ciudad, como un símbolo de la lucha, emancipación, pasión y fuerza de los colonos. Siempre me ha parecido increíble que esa estatua se pueda ver en casi toda Kairós, y que no se vea su rostro. Su casco le da una ambigüedad que es lo que más me gusta. Coloso de Rodas del Siglo XXIII, una maravilla de ingeniería y preservación ambiental, tan inspiradora como gastadero de recursos innecesaria, pero es lo primero que ves cuando llegas a la ciudad, y, aunque no dejas de extrañar a la Tierra, mirarlo te da tranquilidad, te sientes respaldada y protegida, también algo excitada, y eso es algo extraño, pero no es algo que se lo comparta a todo el mundo. Lo que sí, es que, cuando llegué aquí, con la incertidumbre de ser refugiada, no pude tener mejor sensación de acogida. Hay algo especial en ese monumento. Espero poder visitarlo pronto.

Terminé el pastel y me quedé viendo el horizonte unos minutos. Saqué mi reproductor de música, me coloqué los audífonos y puse una canción al azar entre la lista de mis favoritas, aquellas canciones clásicas que fueron recuperadas de un búnker de un coleccionista ruso, y, como profecía de lo que estaba próxima a vivir, esa primera melodía que comenzó a sonar fue *When the Rain Begins to Fall* de Jermaine Jackson y Pia Zadora. La repetí unas veinte veces, creo que en ese momento mi corazón lo necesitaba y no me percaté de eso. Caminé sin rumbo por un rato, hasta que, sin darme cuenta, salí de la universidad. Traté de ubicarme y fue gracias a un tranvía que pude recobrar el rumbo. Me subí y ya estaba lista para llegar al lugar en el que iba a verme con Paweł. Sé que era un poco temprano, pero siempre he preferido llegar antes.

La cafetería se llama *Os Fundos,* se encuentra a unos veinte minutos de la universidad y como a cuarenta de mi de-

partamento. Su nombre, al parecer, tiene su tradición, ya que en la Tierra los dueños se dedicaban a la confección de ropa. Está en el centro de la ciudad y, a pesar de ello, su atmósfera te cobija como si entraras a la casa de alguien conocido. Tiene muebles que pensarías que son de la casa de un amigo, o de un familiar cercano. Hay muchos decorados de madera, que se sienten importados o tal vez heredados, y, sobra decir, su terraza es fabulosa. El lugar lo atiende una familia de ascendencia brasileña desde hace ya varias generaciones. Según la historia que se cuenta en los carteles que decoran sus muros, fueron de las primeras familias civiles que llegaron a Marte. Suelen ser muy amables o, al menos, lo fueron conmigo al permitirme hacer ahí la mayoría de las entrevistas para mi investigación. Además, siempre me regalan una rebanada del postre del día, por lo que me siento muy acogida. Es mi lugar favorito. Me hacen sentir parte de algo, y eso no es sencillo en estos días.

Al llegar, me recibió Gael, el hijo mayor del dueño, y me preguntó si venía sola o si esperaba a alguien. Le mencioné que, en esta ocasión, estaría acompañada, que me deseara suerte. Me sonrió y me dijo que subiera a la terraza, que, con ese lindo día, me iba a ver muy hermosa si esperaba a mi cita en el área exterior. Gael es un adolescente que suele contarme mucho sobre su escuela y lo que hace en ella. Su familia esperaba que se entregara al negocio familiar, pero tiene más fijación por la ciencia, y creo que por eso le da mucha curiosidad lo que hago, razón por la que siempre busca preguntarme sobre mi investigación, y no pierde el tiempo para chantajearme con rebanadas de pastel y, así, le cuente sobre mis entrevistas. Como le dije que no iba en modo investigadora, me sonsacó, y me llevó a una mesa en la terraza, que, me aseguró, trae buena suerte a los enamorados, y que a la luz del día me resultaría favorable. Le guiñé el ojo

en complicidad y él hizo lo mismo en respuesta, (segundos después entendí que a lo mejor me dijo fea, a su manera).

Al poco rato, me llevó un té verde. Sabe que es mi favorito, y que tiene un efecto calmante en mi persona (sí, sí me dijo fea). Me dejó un pastel de zanahoria, y aproveché el momento para arreglarme un poco. Pasaron los minutos y escuché el sonido de pasos en los escalones. Vi que Gael subió junto con mi anhelada (y muy esperada) cita: él, un joven alto, atractivo, guapo, con una actitud educada y con modales que hacen que, con cada paso que daba, mi boca requiriera de un esfuerzo enorme para mantenerse cerrada. Era casi como si lo hubieran extraído de un *dorama*. No lo recordaba tan atractivo, o tan explícito en su coquetería. Sus ojos delineados, una forma de vestir a lo Lestat el Vampiro, con los diseños de la alta costura contemporánea, que se inspira en el corte de los trajes italianos hibridado con el novelesco victoriano. Su actitud, al caminar hacia mí, dominaba el ambiente a lo Brad Pitt con Winona Ryder. Puesto frente a mis ojos para que dudara del significado de la palabra *deleite*.

Gael lo llevó a mi mesa sin sospechar de lo atónita, y el sinsentido de referencias, que ese ser humano estaba provocando en mí. El joven galante pidió, con una voz soberbia y educada, un café negro. Se quitó el abrigo casi en cámara lenta, dejándolo caer en el respaldo de la silla con una destreza que me excita, tan sólo para decir que es un gusto reencontrarnos, que ya ansiaba verme otra vez. Se sentó y colocó su brazo tras de mí, y claro que oírlo decir y hacer todo eso me puso nerviosa a niveles alucinantes. En mi mente, estaba pensando en cómo estaba teniendo esa clase de suerte. Como un chico, al que yo a duras penas le hubiera hablado, estaba teniendo esas atenciones conmigo. Algo bueno me dejó la tesis después de tantos traumas.

En su mirada coqueta, había cierta curiosidad aderezada de arrogancia. No dejaba nada a la imaginación: lo que ves es lo que te da, intimida pero te atrae, como una trampa a la que anhelas caer, y lo digo porque, sin más, pasaron dos o cinco minutos en silencio, pero no fueron incómodos, y, cuando por fin volvió a hablar, de él salieron palabras acerca de la curiosidad que le causaba saber sobre mi investigación y sus resultados, así como las proyecciones que él creía que voy a tener y, sobre todo, había una curiosidad vanguardista, respecto a que yo esté usando la tecnología en la que él trabaja, porque pocas personas la utilizan para una investigación con fines sociales y, sobre todo, para escarbar en una era que es un recuerdo o pie de página en la historia.

Le sonreí con cariño, en actitud de explicarle lo que espero: sentir lo que fue vivir en la época a finales del Siglo XX, e inicios del XXI, aun cuando hay vestigios y relatos generales de esa época, y de algunas figuras predominantes, el aspecto kinestésico es algo que no puedo discernir si sólo escucho su música, leo sus biografías, analizo sus imágenes, y recreo su comida, y que, para el estudio etnológico que se me pide y exige, es necesario de alguna forma trasladar lo que sería la observación participante, así como disminuir en lo más posible la brecha entre la ficción y la realidad.

Se me quedó mirando algo incrédulo, y abrió la boca para decir que ojalá tenga suerte, pero que, para él, todo eso era muy complicado o imposible de lograr, que hago bien en tratar, incluso, si simplemente, al final, bien podría ser nomás otra investigación que sólo terminará como pérdida de tiempo, archivada en la biblioteca de la universidad como una curiosidad administrativa. Bajé la mirada un poco triste. Creo que vio mi desdén, y mi marca registrada en pucheros. Intentó reconfortarme con decirme que me veía muy guapa, mucho más que aquel día. Le sonreí, y me sentí me-

jor. Lo sé, soy una simple, como un perrito de raza pequeña que recibe un cariñito de su dueño.

Ahora que lo pienso con más tranquilidad, ignoro la razón de por qué no me levanté y me fui en ese momento. Creo que necesitaba un poco más de él, me hacía sentir apreciada, suficiente. Acercó su silla junto a la mía y comenzamos a platicar. En ocasiones rozó su mano en mis piernas, y, mientras me hablaba de su historia familiar, sus tradiciones y de cómo su familia fundó la primera iglesia católica en Marte, se acercó más y más a mí. Yo envuelta en algodón de azúcar y él dispuesto a comerme de un solo mordisco.

Después de estar así, acercándonos, casi sintiendo cómo nuestros alientos se entretejen en una insinuación que danza entre el arrebato y la prudencia, tomó mi mano y me pidió que me levantara. Dijo que quería ver mi atuendo. Le hice caso y sus ojos me revisaron como los de quien mira a la doncella que hace su primera entrada en el salón comedor de una reunión acaudalada. Dice:

—Te ves tan linda, ahora quiero que des una vuelta para mí.

Sentí que ya me conocía más que nadie. Le sonreí y, por supuesto, le tomé la palabra. Cuando terminé de girar (y sentirme como la Mujer Maravilla de la televisión del Siglo XX), se levantó, movió con fuerza la silla que se interponía entre nosotros sin apenas importarle, me tomó de la cintura con un aplomo que me dejó sin ninguna defensa, y me besó.

Por un momento, me sentí en las nubes, nadie, jamás en la vida me había besado de esa manera, sujetándome con firmeza de la cintura. Él, acomodando mi cabello (que casi cometía la osadía de interponerse entre nosotros), teniendo todo bajo su control, haciéndome sentir realizada, sin palabras. Cuando me soltó. Sentí que mis labios palpitaban más que mi corazón.

Me preguntó si mi labial era de cereza, mientras sonreía. Tomó un pañuelo que guardaba en uno de sus inexplicables pero funcionales bolsillos, y se limpió el exceso de labial de su boca. Yo nunca he sabido sí sé besar, pero él es un experto, tan así, que seguro es tan bueno que me hizo quedar bien. Con la esquina del pañuelo, descarta toda señal de imprudencia que quedó en su boca (nunca he entendido la manera en que se realizan ciertos dobleces en ellos para que no se note su uso).

Realiza esa acción de una manera coqueta, casi ensayada. Yo estaba sonrojada, apenada y extasiada, envuelta en un cóctel de emociones que jamás sentí. Gael llegó y preguntó si necesitábamos algo más. (El muy astuto de seguro lo vio todo) Paweł, con su característica y sombría forma de hablar, sólo le dijo que él quería un té frío, y que me trajera la misma bebida que ya me habían servido. Gael se extrañó un poco, pero, al verme en el estado en el que estaba, sonrió (quizá se burló por dentro el muy rufián) y tomó el pedido, para marcharse con prisa.

Paweł retomó la conversación, al tiempo que sus dedos rozaban apenas la madera de la silla, acercándola para asegurarse de que estuviera cómoda antes de tomar su propio asiento. Me preguntó por qué tengo curiosidad sobre aquellos años. Volví en mí (un poco), le confesé que era algo personal, una búsqueda para desentrañar el origen de un problema. La intriga se dibujó en su rostro; se acercó, sus ojos escrutando mi cuello con descarada curiosidad. 'Quizás yo pueda ser de ayuda', musitó, 'si está a mi alcance'.". Sonriendo y un poco apenada, le respondí que busco encontrar la razón de una herida generacional, como la discriminación hacia distintas formas de identidades transhumanistas, y por qué seguía tan vigente un conflicto entre lo que ciertos sectores consideran al humano *no eugenésico* o *natural*, el ideal, es decir, sin intervenciones de ningún tipo, contra

aquel que recibe desde una transfusión sanguínea, hasta la reconfiguración genética, es aberrante.

Como una mujer trans ligada a la corriente de pensamiento de la extraordinaria autómata *Kara Stein*, es algo que me afecta en lo personal, es por esa razón el especial interés que tengo de sumar, sé que, si mantengo la esperanza de abonar al cambio paulatino, con suerte podré ayudar a evitar que ese conflicto escale como lo ha hecho en la Tierra aquí en Marte.

La mirada de Paweł se volvió seria, corrosiva. Miró con atención mi cuerpo, casi desconociendo cualquier aspecto de humanidad en él, y se levantó con el ímpetu de alguien que me dejó de reconocer. Sin decir una sola palabra, tomó sus cosas y decidió retirarse. Vi que escupió en el suelo, y, en un intento infructuoso, quise detenerlo cerca de las escaleras. Tenía esperanzas de alcanzarlo, de entender por qué se iba, aunque, dentro de mí, conocía la razón. Me rechazó en seco, cortante. Brusco.

Le pregunté si estaba bien, si algo le pasó, pero toda respuesta que me dio se centraba en que no debí mentirle de esa manera, y lo dejara irse, que no era necesario que hiciera una escena ahí. Lo miré un tanto incrédula y se despidió mencionando lo bueno de mi disfraz, y que tenga más suerte para la próxima, que él no volverá a caer. Intenté acercarme una vez más, pero se detuvo y, con firmeza, me frenó en seco con su brazo. Su sola presencia me hizo sentir vulnerable. Su tacto, antes gentil, sensual y ligero, ahora era pesado y sin intenciones de retroceder. Me temblaron las piernas y no pude articular ninguna palabra. Como pude, con mi voz temblorosa, le pregunté por qué se iba. Me respondió que lo hacía porque no teníamos nada más que decirnos. Me deseó un buen día, y cerró la conversación diciéndome que detesta a la gente mentirosa.

Paweł se puso su abrigo. Mi mirada sobre él ya no era la misma que al inicio de la cita. Todos aquellos ademanes que me engatusaron ahora me generaban escalofríos y, aunque sentí que no se comportó violento, sólo cortante, eso no cambió que me sintiera vulnerable cuando lo vi bajando las escaleras. Gael le hizo un saludo de despedida, y él pasó de largo.

Yo me quedé ahí, en una terraza, rechazada, con las manos en el corazón, y mis piernas sin poder sostenerme. Caí al piso.

Gael dejó las cosas que recién pedimos en otra mesa, y me ayudó a levantarme. Me acompañó a una silla y me preguntó si estaba bien, pero sólo había silencio. Estaba en *shock,* como aquella vez en la Tierra con el accidente de Nancy. Gael, preocupado, intentó llevarme agua, pero se tropezó y me la tiró encima. Lo curioso y bueno de eso es que me ayudó a volver en mí, y gracias a eso pude reaccionar. Lo miré y, para tranquilizarlo. Estiré mis brazos. Se acercó para abrazarme y se quedó conmigo unos minutos. Me ayudó a levantarme y se sentó en una banca conmigo y, aunque no encontré ánimos, me sentí bien en darle mimos a ese joven niño. Repetí lo sucedido en mi cabeza, trataba de averiguar en qué me equivoqué, cuando sentía que todo iba de maravilla. Como un suspiro vuelto susurro, de mí salen las palabras:

—Es que no soy suficiente.

Gael me escuchó y tomó mi mano para decirme que todo iba a estar bien. Me derrumbé a su lado y comencé a llorar. Creo que fue ahí cuando nos volvimos amigos.

Terminó la cita y con ella el brillo ámbar del sol. La familia de Gael me condonó el consumo. Me llenaron de palabras cálidas, de aliento, y hasta me aseguraron que no le permitirán la entrada otra vez. Mi corazón se sentía agradecido, y a su vez que no debía de recibir todo ese cariño, me

retiré encerrada en mí, a pesar de su cordialidad. Me despedí de manera respetuosa y prometí volver. Salí de allí con el peso de la mentira y el remordimiento de ser una mala persona. No merezco esa clase de aprecio y, al ver que estaba atardeciendo, me sentí juzgada por ese hermoso paisaje que adornaba el cielo marciano.

Todo esto que pasó fue como reencontrarme con un camino que tenía olvidado. *Un eterno retorno involuntario que tenía como destino la Tierra, entre pastizales, sobre pasos que prometí no volver a transitar, y en donde no me quedaba más que seguir la ruta marcada por la inercia, como única sensación de familiaridad que me empuja cual conejo blanco a los desvaríos del tiempo, a unos grilletes de los que creía haberme despojado hacía muchos ayeres, porque sólo así puedes avanzar cuando la tristeza es el reflejo de la costumbre de guardar un cuchillo bajo la manga, en un atroz truco de magia, donde mi ojo izquierdo me muestra en Marte, y el derecho me devuelve* a *la Tierra con cada paso, en un vaivén entre ambos mundos. Era danzar sobre una línea peliaguda que me transportaba entre la confianza que suponía cargar conmigo en el presente, y la voluntad afilada que me sangraba del pasado. Era estar partida en dos, mientras me zurcía con la inexperiencia de quien jamás usó una aguja en su vida.*

¿Hay algo de superficialidad en el enamoramiento? Siempre he creído eso, parece que madura a un ritmo y jamás acorde con la edad. Con *Paweł me sentía como si hubiera regresado a la adolescencia, ¿cómo pude creer?, ¿qué sería posible gustarle tanto? Pensaba en él día y noche, tomó mi corazón y terminé odiándome a mí misma por haberle deseado tanto, como decía Joan Jett en I hate myself for loving you, y la verdad es que no estoy de mal ver, mi estatura es de un metro cincuenta y seis, esto me hace curiosa, con un delicioso aire de coqueteo prohibitivo, pero sí... aún tengo cierta fiereza impulsada de optimismo, que, ahora, me aprisiona el corazón.*

Idealizar y soñar, palabras tan dañinas, que se vuelven contra ti cuando no les sujetas bien, y es cuando puedes entender la fragilidad a la que nos sometemos, que, en un momento, somos Héctor, arrastrados por nueve días alrededor de Troya, pero sin la suerte de ser bañados por aceites que nos cuiden de las heridas, y, en otras ocasiones, cuando se invierten los papeles, la inercia nos vuelve el semidiós Aquiles, y despotricamos con el ansia de actuar en venganzas, como si nos hubieran arrebatado a nuestro Patroclo. Reflexionamos sobre la tragedia, y la fragilidad de la vida. Tenemos miedo de movernos, y gritamos en silencio, aunque el mundo sea demasiado ruidoso.

Cabizbaja y sin rumbo, no me percaté cuando oscureció, ni que comenzó a nevar. Poco supe de en dónde me encontraba. Llevaba la ropa menos adecuada para este clima, y el poco calor que sentía era gracias al de los aún más anticuados anuncios neón de las tiendas. Traía la tristeza demasiado cerca. No había un Toto o un camino amarillo que me diera una señal clara a la cual dirigirme. Sólo llegué, por suerte, a uno de esos tantos puentes que sobrecargan la recaudación de impuestos de la ciudad, y ni supe en cual estaba, porque los colonos temen enumerarlos. Los nombran con donadores que a nadie le importan, en una especie de paseo de la fama marciano.

Hasta ese momento, mi mente seguía distraída. Mis botas eran de una suela demasiado lisa para ese suelo y la nieve comenzaba a aglutinarse en algunas áreas, por lo que, al intentar caminar hacia el puente, mi seguridad se vio comprometida por un pedazo de basura. Resbalé, y casi azoté en el suelo, lo que, por el rápido sobresalto, me hizo reaccionar y, por suerte, me pude sostener de una barandilla de piedra. Pensaba dentro de mis delirios, ¿es la sorpresa, y la decepción, un maestro *titiritero? Uno que lleva los hilos de tus articulaciones por tanto tiempo que, cuando te sueltas, nos*

encontramos con sólo aquello que ves, y, en mi caso, veía: un puente, un río, la nieve rojiblanca y la tristeza. Aunque tal vez exageraba y era la negligencia de un ciudadano lo que en verdad funcionaba como mi espada de Damocles.

Me recargué en el puente, decepcionada de que todas las decisiones en mi vida hayan culminado en esto. Me sentí mal, porque noté que mi falda favorita está roída por el resbalón, y, por absurdo que fuera, en ese momento quería desaparecer entre mis lágrimas. El puente de mármol, falto de señalamientos, y frente a mí una horrible placa con el nombre de algún imbécil o ilustre de por aquí. Necesitaba odiar algo, y era detestar la construcción en la que estaba parada, o enfocar ese odio a mí y a la naturaleza del amor como algo terrible y arbitrario, pero, también, había un impulso de decencia, que me hacía sentir que podría dejarme ir.

Dicen que, así como el fuego, el agua todo lo purifica, y ser bautizada con la caída hacia el río sería la forma más responsable de despojarme de este utilitarismo al que me he entregado sin darme cuenta. Y en aquel lugar, tal vez, no regresaría a mi versión original, sino que fastidiaría a quien hizo el donativo de ese puente, y quizás, que retiren su nombre, colocando un memorial para mí, lo que sería un lindo legado, estropear algo a esa clase de personas resulta excitante, y por fin le daría un uso provechoso a este ser en que me convertí, en conclusión, me merecía esa clase de reinicio. Ya era hora de que pasen los créditos con una bella canción y una pequeña nota al pie de página.

Pasaban las últimas personas de la noche a mi alrededor, sin que alguna me mirara, y no creo que me ignorasen a propósito, tal vez me volví parte del adoquín y el mármol, o siempre lo fui, era otra escultura más que decoraba aquel puente, otra perjudicada por la gorgona marciana que vagaba reclamando almas para el extraño mar de este mundo.

Tal vez así me vieron, como víctima de la dama que lleva de rizos serpientes de tristeza y dolor. Convirtiendo en piedras de río y mármol a mujeres desdichadas, y, con ello, volviendo útiles los estorbos sociales. Será mi hogar el barandal, como gárgola en catedral gótica, perdida y sin voluntad, que vuelve a encarnar en cada luna llena. Mi vida no era necesaria, y ahí estuve otra vez, faltando a todas mis palabras, a los ejercicios de la terapia, sólo hacía falta una brisa, un suspiro, el vuelo de una hoja que me empujara hacia el vacío, para caer con un poco de gentileza, de la amabilidad que se pueden dar aquellas criaturas olvidadas en las páginas de un bestiario. Al final "Vagué por la isla como un fantasma, alejada de todo lo que amaba, y entristecida por esa separación."



Hace mucho que entendí que no tendría una muerte tranquila, Morgan.

En el restaurante de donas, mientras comen, Morgan le platica a Sarah sobre la odisea que fue conocerla la noche anterior: lo que fue el verla caer de un puente, rescatarla de las aguas de un río helado, el que Alanís le realizará *RCP*, y que, si le duele un poco el pecho, tal vez sea por eso. Le cuenta de la arriesgada travesía que vivieron con el auto, y la decisión de no llevarla a un hospital, debido a la suerte de que se cayera su cédula de identificación, es que simpatizan con ella, y que, si deseaba, podía confiar en ese pequeño grupo de amigos, que él quiere como su familia. Morgan le recalca, mientras sostiene una dona a medio comer, que no era la forma ideal de conocerse, pero hay maneras en las que el destino hace las cosas, y que, a pesar de la situación, les gustaría tener una amistad con ella.

Cuando está por terminar de ponerla al día con los pormenores, un singular chillido retumba por toda la tienda al

abrirse la puerta. Los meseros reaccionan encogiendo sus hombros y sosteniendo con firmeza sus charolas y pañuelos de limpieza, anticipando lo que esa llegada significa. El resto de los clientes se sorprenden, pero su reacción delata que saben más de lo que está próximo a suceder, como si, por alguna razón, lo esperaran con ansias. Sarah mira extrañada lo que pasa a su alrededor, desconcentrada, no entiende qué sucede hasta que las campanadas de la puerta cesan y llaman su atención, pero Morgan la interrumpe. Con una respiración marcada, y profunda, él estruja la dona que sostiene en su mano, con tal fiereza que, cuando él pronuncia:

—Alanís.

Sarah se recarga en estado de shock en el respaldo de su asiento.

Habla, amigo y entra, decía en Sindarin un lugar del muro oeste de Moria, que ocultaba una puerta hecha de ithildin, y grabada con los emblemas de Celebrimbor y Durin, donde bastaba si eras un amigo, tan sólo uno y de confianza, para que, con decir la contraseña, te recibieran con la gloria y la hospitalidad de un rey en su ciudad. Pero Morgan miraba cual Balrog a *La Comunidad del Anillo*, con cada paso que Alanís daba hacia ellos y, a ojos de Sarah, Morgan tenía una mirada de fuego que luchaba con fulminar a una escueta mujer, cuyo optimismo y sonrisa contagiosa se lo impedían al verse protegida con la luz de Eärendil. Ella entra, como otro día me lo explicó más a detalle, como si sus pasos marcaran la llegada de un *kaijū* a Tokio, pero no podía entender, ¿cómo era posible que solo a él se le erizaba la piel con su presencia? Sarah veía cómo todas las demás personas estaban en una calma casi sepulcral, expectantes, como esperando un espectáculo. Contrariada, no puede creer aquel abrupto cambio de actitud en Morgan, de ser ese joven cordial, increíble y atento, ahora tiene una mirada agresiva, nerviosa, y lleva un porte preparado para el conflicto.

Mira casi sin parpadear en dirección hacia la puerta y Sarah sigue sin entender por qué aquello que provocó ese cambio súbito en Morgan. La mujer, que no es más alta que ella y viste un overol, entra sonriendo y saludando a los trabajadores del lugar. Su pareja (Arturo), carga a la bebé en una cangurera, y se ve que es muy cuidadoso en todo lo que hace. La bebé lleva cubiertos los oídos con unos audífonos especiales con forma de orejas de osito y, por suerte, aún duerme, a pesar de los tonteos dulces de Alanís. Siendo para Sarah la pareja más adorable y tierna que ha visto en su vida. Morgan, en cambio, se hace el que no los ha visto, se estremece cuando, en un acto de molestarlo a conciencia, ambos se acomodan junto a él.

ALANÍS: (*En modo serio y disruptivo*) Morgan... (*Cambiando a un tono más alegre y amable*) ¡Hola, Sarah! Es un gusto verte mejor. Mira, te presento a mi esposo, Arturo, y ese osito que tiene pocos modales por estar dormida es Zaza, ¡nuestra bebé! ¿No es adorable?

SARAH: (*Se pone de pie, para sorpresa de todos*) ¡Hola, y mucho gusto, muchas gracias por cuidarme y salvarme la vida, se los agradezco mucho!

ALANÍS: (*Asombrada y risueña*) No tienes que levantarte, Sarah, lo hicimos con gusto, además, no hagas movimientos bruscos, que te puedes marear, recuerda que pasaste por una situación extrema para tu cuerpo y, si te ayudamos, es en cierta forma porque tu situación me recuerda la mía, así que no te preocupes, entre migrantes nos cuidamos.

SARAH: (*Murmura, mareada*) ¿Migrantes?

MORGAN: ¿Van a pedir algo?

ARTURO: Claro, quiero una docena de donas rellenas de fresa y no sé qué va a pedir el pozo sin fondo que es mi esposa.

ALANÍS: ¿Qué? ¿Acaso no me vas a compartir de tus donas? Y ¿cómo qué pozo sin fondo? Bueno, yo quiero tres rellenas de piña.

ARTURO: Por eso no te comparto, ¿quién pide con gusto una dona rellena de piña?

ALANÍS: Las personas sin prejuicios culinarios. Dime, Sarah, ¿te gustaron estas donas? Morgan siempre insiste en venir aquí, pero no sé si es por el sabor, o por sus meseras. (*Volteándolo a ver con desaprobación, y lascivia*)

MORGAN: ¿De qué hablas tú?, y deja de mirarme así.

SARAH: ¡Ohh! Ya entendí. Veo que por eso se llama *Donas, Donas*...

MORGAN: No entres en su juego, Sarah, Alanís tiene poderes psíquicos, y te puede confundir. (*Alanís le arroja una servilleta a Morgan*)

SARAH: Es que, cuando llegamos a la tienda de donas, vi que tiene un nombre que me pareció gracioso por lo simple que es, digo ¿qué lugar se llama Donas, Donas? Y lo resalta con un logo que es una doble D... (*se mira el pecho*) Creo que me siento un poco insultada. ¿Entonces te gustan las donas y las mujeres de pechos grandes, Morgan?

Morgan escupe y se atraganta con su bebida. Arturo se ríe moderado cubriéndose la boca, pero Alanís lo hace tan fuerte y estruendoso, que llama la atención de todos los presentes, y termina por despertar a Zaza, a pesar de sus audífonos que cancelan el ruido exterior. Alanís se levanta y va del otro lado de la mesa para abrazar a Sarah. Le dice que ya tiene entrada permanente en su vida a partir de ese momento. Se voltea hacia donde está Morgan y, envuelta en una alegría que le ilumina como si hubiera alcanzado el nirvana, le hace ademanes con dos donas en su pecho.

ALANÍS: ¡Esto te gusta, Morgan!

MORGAN: Qué vulgar eres, Alanís. Anda, ve y atiende a tu hija, que ya la despertaste.

ALANÍS: ¡Arturo, pásame a Zaza! (*Toma al bebe y le acomoda sus orejitas, y voltea a ver a Sarah con decisión*) Sarah, ¡sostén a mi bebé! Mientras le doy su merecido a este sujeto.

Sarah está nerviosa, ya que jamás ha sostenido a una bebé, y no sabe cómo hacerlo. Arturo la mira y, antes que juzgarla, le muestra con mímica y con una dona en su boca, cómo debe sujetarla, cuidando el peso de la pequeña, acercarla a su cuerpo para que ambas puedan relajarse y, sobretodo, sosteniendo su pequeña cabeza. Con eso, Sarah encuentra cierta paz en tenerla entre sus brazos.

Mientras tanto, Morgan y Alanís comienzan su conflicto, se arrojan las cosas que están sobre la mesa, y la pelea continúa. Entre tanto, Arturo sigue comiendo con calma su docena de donas. Una mesera con un casco de fútbol americano puesto, acostumbrada ya a esos arrebatos, acerca utensilios de limpieza, y se los deja recargados cerca. Después de algunos minutos, el conflicto, sin claro ganador, termina cuando Alanís y Morgan, llenos de dulce y distintos alimentos, firman una amnistía de tres días sobre un menú infantil con un laberinto de molinos de viento a medio terminar, el cual, una niña en rol de embajadora de la paz, les regaló a modo de ramo de olivo.

El saldo del conflicto:

- Una mesa volteada.
- Un reguero de sillas.
- Cientos de servilletas desperdiciadas.
- Un Arturo con dos donas por comer.
- Y una Sarah que abraza a una tranquila Zaza, un poco impresionada por lo increíble del incidente.

Arturo: No te sorprendas, Sarah, ellos son así desde que se conocieron y, como venimos a este lugar seguido, aquí ya están acostumbrados a estas situaciones, como puedes ver, ya hasta les acercan lo necesario para que limpien.

Sarah: La verdad es que no esperaba que Morgan fuera así. Cuando desperté se veía tan serio y calmado.

Arturo: En realidad, él no es así de caótico, Alanís es la única que tiene la capacidad de sacar ese lado de Morgan, cuando salimos solos, todo es muy tranquilo y ecuánime, pero Alanís, diciéndolo de modo amable, es una fuerza de la naturaleza que choca con la estoica montaña que es Morgan, y salen chispas entre ellos. Y no te confundas, la amo con todo mi corazón, me encanta que sea así, yo soy introvertido y ella, demasiado extrovertida, pero encontramos un punto en común, y hemos durado nueve años. Gracias a ese degenerado de ahí comenzamos a salir, de alguna manera, él nos juntó y desde entonces los tres somos muy unidos. Somos una pequeña y extraña familia a la que, al parecer, Alanís te acaba de adoptar, así que bienvenida.

Sarah: ¡Oh! Lo agradezco (*nerviosa*), aún no conocía a muchas personas aquí, salvo mi asesora de tesis y los dueños de un café, así que me reconforta mucho oír eso. Por lo general, me la paso en mi departamento, o realizando entrevistas, tengo una vida muy poco social.

Arturo: Lo entiendo, aún recuerdo cuando estaba haciendo la carrera y, como pensaba en mi investigación, si no hubiera sido por esos dos conserjes de ahí, (*señalando con su pulgar a Morgan y Alanís quienes están limpiando el local*) mi vida sería muy distinta y aburrida. Y dime, ¿qué edad tienes, Sarah? Soy una persona muy curiosa, y me parece que tienes cerca de veintitrés años.

Sarah: Qué halago (*se sonroja*), pero no, ya tengo treinta.


FROM DUSK TILL GLAZE
Donas
Donas

Arturo: (*Con sorpresa y jocosidad*) Espera, entonces eso te hace la mayor entre nosotros, mi esposa me lleva un año de ventaja y comparto la misma edad con Morgan, así que eso te vuelve nuestra chaperona.

Sarah: No diga eso (*se apena*).

Arturo: No te preocupes, es broma. Sé que cada persona tiene sus circunstancias y, por lo poco que me platicó Alanís, creemos que tu vida no ha sido fácil, pero espero que sea la que has querido vivir. Además, ya nos tienes a nosotros y aquí estaremos para ti.

Sarah: (*Con los ojos llorosos*) Muchas gracias, en verdad.

Morgan y Alanís terminan de limpiar y, como en cada ocasión, se disculpan con los empleados por su conducta. Una trabajadora les menciona que tienen un pizarrón donde llevan un marcador con sus victorias y derrotas: Alanís lleva la ventaja por audaz, y se le echa en cara a Morgan. Él promete no volver a iniciar un conflicto, por lo que tanto los empleados como Alanís se ríen de él. Saben que no será así, además les comentan que desde hace tiempo ya transmiten la pelea en la página de la tienda, y que estarían felices de ver qué clase de beneficios les gustaría recibir, porque tal parece están empezando a surgir fanáticos de ambos bandos, y que varios clientes han mostrado interés en ser espectadores de primera mano. Morgan y Alanís se sorprenden, y aceptan gustosos de negociar algo, pero dicen que, por el momento, necesitan volver con la familia, y que seguirán en contacto.

De vuelta en la mesa, Alanís le pide a Sarah que le pase a Zaza, que seguro no tarda en despertar otra vez y lo hará con hambre. Le dice que hizo un gran trabajo arrullándola. Morgan se queda callado, y Arturo les revela que Sarah es la mayor entre ellos. Eso sorprende al grupo, pero lo toman con naturalidad, hacen algunas bromas sobre que tendrán que pedirle permiso a ella para salir o para beber alcohol,

lo que hace que Sarah se apene, pero al mismo tiempo, se le nota relajada y feliz. Pagan la cuenta y se despiden de los empleados. Ya afuera, Alanís, Arturo y Zaza se despiden, van a visitar unos parques de la zona, por lo que Morgan y Sarah toman rumbo a la estación del tren.

Camino a la recepción para tomar rumbo a Kairós, Morgan le dice a Sarah que la historia del tren que van a tomar es interesante y le pregunta si quiere escucharla de la mano de una nieve. Sarah acepta el chantaje encantada. Se sientan en una banca de la estación, y, mientras degustan, Morgan comienza a relatar la historia de cómo estos trenes tienen un corte nostálgico en su diseño y encubren una de las tecnologías más avanzadas de la actualidad, así como un de las historias más trágicas de esta ciudad.

Un siglo antes, un conglomerado de empresas, pertenecientes a las Confederaciones del Pacífico, presentaron un proyecto de movilidad para darle a Kairós armonía y sustentabilidad sin precedente. En sus diseños, llamaba la atención que proponían trenes que recordaban a los que colonizaron el desierto de América del Norte en el Siglo XIX. Buscaban, ahora sabemos, ponerlos en marcha con reactores miniaturizados de He-3, pero hoy cuentan con superconductores impulsados por entrelazamiento cuántico, lo que les permite desplazarse de un punto a otro sin necesidad de rieles, navegando sobre los ríos. Pero, para que eso fuera posible, tuvieron que pasar muchas cosas.

En un inicio, Morgan relata, aunado a los trenes, se trabajaba un sistema de comunicación directo entre la Tierra y Marte, en donde no hubiera intermediarios, y así combatir de manera conjunta cualquier problema de inseguridad. Con los años y la desclasificación de documentos, se supo que los experimentos para crear ese sistema provocaron fallos en la logística de los transportes, provocando accidentes menores.

Un día, varios trenes se descarrilaron. Cada uno dejó un saldo de cuarenta y dos muertes en diferentes circunstancias. Con las horas se reportaron más alertas en oficinas, naves de ingreso, escuelas y otros lugares. Fue una serie de accidentes extraños: todos con el mismo número de víctimas, todos dentro de un mismo periodo de, también, *cuarenta y dos* días. Fue un tiempo complicado para los ciudadanos de Kairós, y nunca hubo una explicación clara. En la conciencia colectiva, estos acontecimientos quedaron asociados a los experimentos militares.

Sarah está callada, demasiado atenta a la conversación de Morgan y casi terminando su nieve. Le pide a Morgan con ademanes tiernos que continúe y, a su vez, que le hacía falta una bola más de nieve de galleta. Morgan, que no puede resistirse a su mirada ingenua pero tierna, cede al capricho y hace lo posible por complacer a su oyente. Regresa al mostrador con la encomienda de la señorita.

Cuando regresa, Morgan le entrega un cono doble de galleta a Sarah. Ella celebra y él continúa con su historia. Le explica a Sarah que algunos de los trenes dejaron de utilizar rieles de suspensión electromagnética, y que, para sorpresa de todos, se generaron más canales fluviales, esto con la idea de que llevaran agua a más lugares y funcionaran como sistema de transporte. En un inicio, todo pareció una idea que buscaba distraer de la tragedia. Hubo muchas manifestaciones en contra. Las personas seguían molestas por los accidentes y las instituciones parecían más interesadas en no hacerse responsables, pero, a las semanas, fueron soltando información de esa nueva tecnología milagrosa que tenían entre manos.

MORGAN: (*Extasiado hasta la euforia*) En pocas palabras, y de la manera más simple que puedo explicarlo con una nieve derritiéndose en mi mano, el sistema que presentaron

parecía irreal, desplazaba los trenes utilizando la energía más limpia posible, *cuántica*, aunque no es perfecta, pues tiene un límite de 143 kilómetros como máximo de distancia. Además, es un recorrido de un punto a otro, no hay más paradas ni estaciones. Porque estos enlaces *ya existían* cuando ocurrieron los accidentes.

No es posible crear otros. Por ello, sólo hay nueve trenes de este tipo en todo el planeta. El resto sigue funcionando con rieles de suspensión electromagnética. Pero lo increíble, y que aun en estos días nos tiene sorprendidos, es que esto fue posible gracias a *las fuerzas de la improbabilidad*, o al menos eso se cree, *porque las partículas fueron creadas y entrelazadas*. (*Casi gritando*) Al tener ya el punto A, y el punto B, la energía que generan tira de cada una sin atraer a la otra, pero llamándose mutuamente. (*Su voz es tan fuerte que hace eco en los edificios que los rodean, él se da cuenta y vuelve a hablar bajo*) Están a una distancia que le permite a la energía que producen generar una especie de puente que lleva una corriente de *tirón* por la cual se puede transportar elementos físicos y no sólo datos. (*Se queda sin aliento, respira*)

Sabemos que, cuando una partícula ocupa un cierto espacio cuántico, su compañera entrelazada siempre entrará en el estado opuesto; si se altera la partícula A, enviará energía a la partícula B, *y esto genera el arrastre*, y lo que antes era tan sólo la posibilidad de enviar bits de información, ahora, encontramos otra manera de hacer un desplazamiento en el espacio sin alterar la física. (*Otra vez calmado*) Por eso el agua es importante, ya que permite que un flujo sea más continuo, y, aunque no podemos explicar la razón, es fundamental para que sea viable y seguro. Esto hace que el tren se mueva sobre el río a una velocidad constante y, por eso, podemos disfrutar de viajes gratuitos.

Morgan, un poco extasiado por la historia que acaba de contar, voltea a ver a Sarah, y esta se encuentra dormitando con un poco de la nieve derretida en su mano. Disgustado, continúa la conversación con un tono más altivo para despertarla, contándole que, a diferencia de los trenes de la antigüedad, los cuales eran máquinas empujadas por vapor o diésel, los trenes de hoy día pueden alcanzar velocidades de hasta 330 kilómetros por segundo, pero no siempre la aprovechan, porque buscan la implementación del disfrute del paisaje local, por encima de la urgencia por llegar a un destino.

Morgan levanta a una adormecida Sarah y, apoyándola en su cuerpo, comienzan a caminar rumbo a la taquilla. En el trayecto, para molestarla, le explica que cada estación cuenta con once coches que permiten el desplazamiento de casi seiscientas personas, y no contienen muchos camarotes.

Hablando mientras camina por la plaza, con tono constante y apacible, va aleccionando: dichos vagones están conectados como si fueran una sola unidad, sin puertas que los separen entre ellos; en el área de entrada o salida se encuentran las puertas, las cuales tienen la amplitud necesaria para que se pueda subir y bajar del tren con facilidad y rapidez; además, tienen incorporadas rampas, no escalones, para que no haya dificultad en la subida o bajada, durante el recorrido ofrecen distintos tipos de bocadillos y bebidas inspiradas en la multiculturalidad de los residentes locales, todo de manera gratuita. Sarah, al parecer balbucea cosas sobre trenes, por lo que Morgan siente que su broma está rindiendo frutos y se enfrasca con más ánimo en seguir con datos curiosos.

La acerca más a su cuerpo, ante la mirada atónita de las personas que los miran. La diferencia de estaturas le juega un poco en contra, porque parece que lleva a una adolecente borracha a su lado, pero la actitud positiva de Morgan (y

el hecho de que no da sensación de peligro), a pesar de la ropa un poco provocativa de Sarah, quien lleva un abrigo largo, el camisón rosa por debajo y botas hasta la rodilla y que, para ese momento, se le desabrochó, dejando ver tan peculiar outfit con la cuestión de que la nieve estaba escurriéndose en su pecho, y aún con eso seguía dormida, que las personas, al reconocerlo por los videos de las peleas de la cafetería, pensaban que era aún parte del performance.

Morgan, sin percatarse de lo anterior, seguía contándole a Sarah que: el trayecto hasta la estación de Kairós toma alrededor de una hora y está programado para la conveniencia de los pasajeros; que el tren funciona como un sistema de comunicación o propaganda, por lo que cada aspecto de su diseño busca representar los ideales de superación y comunidad del Planeta, su construcción invita a conocer la ciudad; y que, al explorarlo, podemos ver que una parte lleva interiores oscuros, los cuales recrean la vida nocturna, mientras que la otra converge en un blanco perlado, casi prístino, como gesto a la economía y vida local, y que en ambas se pueden encontrar pinturas y arte audiovisual que muestra las atracciones locales: parques, museos y algunos lugares de interés.

En la taquilla, Morgan decide comprar boletos para un camarote, los cuales, a diferencia de los asientos generales, no son gratuitos. Toma conciencia del estado de Sarah, por estar contando toda esa historia no se dio cuenta de lo agotada que se encontraba, y se culpa un poco por esa desatención de su parte, y piensa que es mejor que vaya recostada, o en un espacio más cómodo y sin tantas personas. Sarah, que no quería trato especial, con sus pocas energías le insiste a Morgan que los pasajes generales están bien, pero se marea un poco y, para que no se desanime, Morgan le promete que en otra ocasión la llevará a conocer mejor el tren y que le comprará más helado. Ella le recuerda que no es una

niña y que debería respetar a sus mayores. Él la mira con ternura y la estrecha más, rodeándola con su brazo. Sarah se cohíbe, pero le alegra sentirse atrapada entre sus músculos.

Sarah se recuesta con dificultad en la cama del camarote. Con delicadeza, Morgan se inclina para retirarle las botas y las guarda en un compartimento discreto bajo la cama. Ella, con las pocas fuerzas que tiene, intenta darle su mejor sonrisa, mientras él, con ternura, la arropa como nadie lo había hecho antes. Le toca la frente para medir su temperatura, un gesto de confort y confianza del que desconoce cómo hacerlo, replica lo que Alanís hizo una vez cuando Arturo enfermo, y eso, los gestos de cariño que se heredan, en ocasiones son suficiente para poder entrelazar aquellos que queremos compartir.

Morgan pasa su mano entre el cabello de Sarah, y le da un suave masaje apenas perceptible, con la experiencia de quien, de la estratigrafía, ha aprendido a entrever entre las capas y senderos de conocimientos ocultos, las grietas de sus vivencias. Desliza con delicadeza sus dedos, como si evitara romper un relicario de memorias atravesadas por un caudal de arena que quiere sepultar el dolor de una vida.

La tarde acrecienta, y Morgan baja las cortinas para que la luz no perturbe el descanso que Sarah necesita, una inquietud encuentra lugar en su mente: no siente la tranquilidad que esperaba de sólo llevarla a su casa y dejarla ahí. Aunque sea lo acordado, será lo correcto. ¿Qué sucederá de involucrarse más con ella? Lo adecuado sería marcar distancia. Ella le parece agradable, pero los retos que traería involucrarla en su vida, parecen un buen tema para reflexionar durante un viaje de tren que recién empieza.

—"*Un viaje de ida a la felicidad o la tristeza*"

Murmura Morgan, justo cuando el tren avanza, recargado en la puerta, mira de reojo a Sarah y se acomoda en la única silla de ese pequeño lugar. Pasan unos veinte minutos

y sale del camarote. Con tanto reflexionar y un pequeño dolor de cabeza, se dice a sí mismo que le hace falta un trago fuerte. Camina entre los pasillos, hasta llegar al vagón comedor. Se acerca a la barra y le atiende una joven amable.

CANTINERA: ¿Qué le servimos al amable pasajero?
MORGAN: Buen día, ¿Qué es lo más fuerte que tienen?
CANTINERA: Tenemos un Vodka Spirytus del 2024, una bebida que cuentan que te hace olvidar hasta tu nombre con el primer sorbo. No es recomendable tomarlo solo, pero eso queda en usted, apreciable comensal.
MORGAN: Lo haces ver como si fuera un reto.
CANTINERA: (*Lo reta con la mirada*) Lo puede rebajar con jugo de lima o naranja, si gusta.
MORGAN: Creo que lo mejor es abstenerse de ese reto, estoy cuidando de alguien en estos momentos, pero, ¿sabe? Mejor dame un whisky seco y un jugo de naranja para acompañar después.
CANTINERA: Por supuesto, en un momento se lo traigo.

La cantinera le entrega su bebida a Morgan. Él se dirige a una mesa individual que da para una amplia ventana con vista a los llanos de Marte. Territorios que se oponen a la terraformación de un desierto que templa con su dureza la personalidad de la gente que lo habita. "¿Qué tendrán los trenes que rememoran la nostalgia, nos obligan a mirar por dentro y por fuera de uno, desplazarnos al ritmo de los pasos humanos, pero capaces, al mismo tiempo que rompen la barrera del sonido, de forzarnos a hacer una pausa, a sentarnos y aprender ver, a disfrutar así sea por una hora o un poco más...?" La cantinera escucha las palabras de Morgan.

CANTINERA: No tiene el perfil de poeta, ¿lo sabía? (*Coloca el jugo de naranja en la mesa y lleva un poco de su cabello detrás de su oreja*)

MORGAN: Y ¿cuál perfil cree usted que tengo, señorita? (*Un poco serio y sin dejar de mirar el horizonte*)

CANTINERA: Disculpe, no tenía la intención de molestarlo (*Hace un ademán de disculpa*)

MORGAN: No, no... no es molestia. Perdóname por mi tono. Tengo varios pensamientos entremezclados en la cabeza y no debí responderle de esa manera, y menos porque han sido muy amables tus atenciones.

CANTINERA: (*Se sorprende, y sonríe con dulzura*) Usted tampoco tiene que disculparse, yo fui quien estaba escuchándolo sin su permiso.

MORGAN: Bueno, esto nos pone en un entredicho, ahora creo que lo más adecuado sería presentarnos: mi nombre es Morgan, y es un gusto conocerla, señorita.

CANTINERA: (*Un poco apenada*) Mi nombre es Natasha, pero todos me dicen Nat, y es también un gusto conocerlo (*Nat acerca su mano para saludar a Morgan y este responde su saludo tomando su mano y dándole un beso caballeresco*).

MORGAN: Espero no ser impertinente (*en tono galante*).

NAT: (*Se sonroja*) No... para nada.

Ambos se quedan mirándose el uno al otro por un momento hasta que los interrumpe alguien que pide algo de la barra.

MORGAN: Creo que la necesitan señorita Nat. A mi parecer, tiene que volver al trabajo. Y no se preocupe, yo estaré aquí perdiendo el tiempo.

NAT: (*Volviendo en sí*) Bueno, ahorita podremos ver si encontramos un momento para que pierda el tiempo conmigo. (*Le sonríe coqueta*)

Natasha se retira de donde está Morgan y va a la barra a atender al otro cliente. Morgan sonríe para sí mismo y, de reojo, mira a Nat, incrédulo ante lo que acaba de suceder. Morgan, nervioso, saca su teléfono. Lo invade una leve euforia que solo piensa en comunicarse con Alanís, por lo que le envía un mensaje de texto.

Interior del vagón comedor. A la mitad del recorrido hacia Kairós. 2 p.m.

Morgan
¿Hola... Alanís, estás disponible?

Jardines exteriores. Cerca de la estación Kairós. 2 p.m.

Alanís
¡Hola, idiota! Sí, nos encontramos bien,
¿cómo va todo, se encuentra bien Sarah?
¿Ya la olvidaste en algún lugar?

Morgan
Si, ella se encuentra bien y no la olvidé. Está descansando en un camarote,
me pareció adecuado debido a que ha estado aún sin muchas energías.

Alanís
...Qué bueno que elegiste eso para ella,
nosotros en un rato regresamos a la capital,
¿te parece que nos veamos para cenar?

Morgan
Es una buena idea, planeaba no dejar sola a Sarah,
ya que aún me preocupa su salud y su estado mental,

no creo que sea bueno que la dejemos sola.

ALANÍS

Oye qué considerado, no será este tu complejo de héroe
o ¿será que tienes otras intenciones con ella?
No sabía que te gustaran mayores que tú, jaja.

MORGAN

No empieces, Alanís, sólo me preocupa.

ALANÍS

Ok, ok... molestarte un poco nunca está de más, pero
cuéntame ¿por qué elegiste mensajearme por texto y no
por videollamada?
Sé que no eres tan lindo, pero a veces hasta da gusto
verte.

MORGAN

Te mensajeo porque conocí a alguien aquí en el tren.

ALANÍS:

¡Ah, siiii! Cuéntame idiota, hubieras empezado por ahí.

MORGAN

Es una camarera o bartender, aún no sé a qué se dedica
aquí, pero me sentí muy compenetrado con ella.

ALANÍS

¡Morgan! Eres un rompecorazones,
¿qué va a decir Sarah de eso?

MORGAN

¿Por qué tendría ella opinión al respecto?

ALANÍS

Pues... Arturo y yo platicamos y creemos que le gustas,
¿no lo notaste?
Ella se la pasaba mirándote y sonriendo, muy tímida,
cada vez que te veía,
creíamos que era admiración o agradecimiento,
se sentía algo más en el aire, y pues es nuestra teoría,
¿qué opinas?

MORGAN

Opino que les soltaron a ambos su título muy fácil,
y que no los contrataría jamás como detectives.

ALANÍS

¡Qué malo eres!
Pero bueno... cuéntame de esta barista,
¿al menos sabes su nombre?

MORGAN

...,...,...

ALANÍS

¿?

MORGAN

...,...,...

ALANÍS

¡Tonto, contesta!

Natasha se desocupó y toma a Morgan de la mano sin mediar palabra, una sonrisa de complicidad que hace que Morgan deje caer su teléfono sin preocuparse en recogerlo. Ella, de paso rápido y alegre, tiene a Morgan embelesado, no le suelta la mano y, juntos recorren los vagones hasta que acaban en un camarote vacío.

NAT: (*Cierra la puerta con fuerza*) No pienses mal de mí, no suelo ser tan fácil (*besa y desabotona la camisa de Morgan poco a poco*).
MORGAN: (*Se quita la camisa*) Ni yo lo soy (*besa a Nat en el cuello*).
NAT: Quiero que consideres esto nuestra segunda cita
MORGAN: ¿Cuál sería la primera? (*Levanta a Nat y la carga hacia la pared*).
NAT: Cuando te arrastré por el pasillo.
MORGAN: (*Sonríe*)

Nat mira sobre el hombro de Morgan y percibe una mirada, como si un ojo invisible estuviera narrando aquel instante. Con varios ademanes de su abrazo, y la mirada fija en esa presencia, pide a lo que fuera que esté ahí con una mirada recia que salga de la habitación mientras continúa besando al hombre que acaba de conocer, cerrándose la puerta con fuerza cuando Morgan la coloca sobre ella.

Un zumbido pronunciado crece hasta empezar a interrumpir el descanso de Sarah, una constante letanía que se pronuncia cada vez con mayor fuerza, un susurro encubierto se colaba entre el golpeteo del otro lado de la pared, murmullos de gritos ahogados, frecuentes. De repente, una frase arrancó con fuerza, con dolor y sin miramientos, desgarrando la tela del sueño y despertando a Sarah de golpe. Ella trata de recuperar su aliento.

"Esta noche soñaré contigo,
aunque aún no te conozca."

Sarah está desconcertada por esas palabras, pero el mareo del brusco despertar la obliga a mirar a su alrededor mientras se lleva una mano a la cabeza. No ve a nadie, pero de-

duce que, tal vez, no está sola, nada más un poco perturbada por aquel continuo golpeteo de lo que sea que esté pasando en la pared de al lado. Con pocas fuerzas y la vista borrosa, llama a Morgan, pero él no contesta. Se sienta en la cama y sus pies siguen sin alcanzar el suelo: *un viejo y constante karma*, piensa. Busca sus zapatos, pero no los encuentra, así que decide levantarse. Descalza y sin ver a Morgan en la habitación, sale en su búsqueda. Sarah siente como si el tren se sacudiera de un lado a otro, pero no sabe distinguir si es su cabeza o el mismo pasillo quien le hace esa jugarreta a su equilibrio. Camina sosteniéndose con ambas manos de la pared que está a su derecha, hasta llegar a los vagones donde las personas esperan sentadas su llegada a Kairós.

Camina con tranquilidad para no caerse. Sarah sigue buscando a Morgan. Mira a las personas de reojo para no incomodar y para ver si, de casualidad, se lo encuentra. Tras pasar varios vagones, llega al área destinada como comedor. Ahí, una barista se le acerca y le pregunta si necesita algo. Sarah la mira y pregunta si ha visto a Morgan, lo que desconcierta a la mujer, que no sabe quién es Morgan. La barista ayuda a Sarah a sentarse y vuelve a preguntarle si desea tomar algo, mientras ella, de nuevo, pregunta si alguien ha visto a Morgan.

Sarah mira por la ventana y, a lo lejos, logra distinguir un poco de la ciudad. Le pregunta a la barista la hora, a lo que ella le responde que son las 2:30 PM, faltan unos veinte minutos para llegar a la estación, hoy ha sido más tardado el traslado por el clima, y que esto a veces pasa porque, afuera de las ciudades, en algunas ocasiones, el viento azota con más fuerza. Sarah agradece con un ademán de su cabeza la información y posa su mirada al horizonte. En ese momento, se da cuenta que en la mesa a mano izquierda hay un jugo de naranja sin terminar. Recuerda cuando bebió el vaso de agua en Donas Donas. Sonríe para sí misma y, cuando se

dispone a beber de ese vaso, un destello del suelo llama su atención.

Es el teléfono de Morgan. Sarah lo coge y el desespero la ahoga. *Morgan ha desaparecido*, musita con voz temblorosa. Un ruido al otro lado del comedor llama su atención y mira para todos lados para ver si hay posibilidad de que Morgan esté cerca, pero casi no hay personas en ese vagón. Llega un mensaje de Alanís al teléfono, pero Sarah no puede leerlo, nota que hay más de veintidós mensajes sin leer y se preocupa más todavía. Llama a la barista y le pregunta si ha visto a un joven alto, un poco atlético, muy lindo, pero ella le dice que en este viaje casi no han tenido servicio en el comedor y que, en realidad, en ese momento está cubriendo a una compañera, pero que puede marcarle y preguntarle si ha visto al joven que la señorita busca.

Sarah se queda sentada esperando a que se comunique con la otra barista. Al cabo de unos minutos, la camarera le comenta que la otra compañera no contesta su localizador, pero que, si lo desea, puede regresar a su lugar y le llamaría si sabe de algo. Sarah no recuerda el número del camarote, pero la barista le comenta que se rentó uno, por lo que, de seguro, ese ha de ser y que, si gusta, la puede acompañar de regreso, ya que no se ve muy bien. Sarah acepta, toma el teléfono de Morgan y va acompañada de vuelta al camarote.

Durante el trayecto de regreso, las piernas de Sarah van perdiendo fuerza y se le dificulta mantenerse en pie. La barista, para evitar que se caiga y se lastime, se pone en cuclillas frente a ella y le dice que se suba a su espalda, que la puede llevar a cuestas. Sarah, apenada, acepta y se sube con cuidado. La barista es fuerte y le dice que deberían haber hecho eso desde un principio, que debe ser más honesta respecto a su condición, que, igual, casi no pesa y que, en unos momentos, estará en su camarote.

Sarah le sonríe y le agradece. Pasan los vagones y notan las miradas de extrañeza de algunos pasajeros. Uno de ellos, al ver la situación, se levanta y le pregunta a la barista si necesita ayuda, pero ella, cortés, lo rechaza y le menciona que no es necesario, pero que agradece la intención. El hombre se sienta y ambas continúan su recorrido. En cinco minutos, llegan al área de camarotes. Sarah se quedó dormida y, cuando la barista está a un par de puertas de su habitación, se abre una puerta y de ella salen Nat y Morgan.

BARISTA: ¡Ah! Mira qué sorpresa (*molesta*), con que *esta* era tu urgencia familiar.

NAT: Perdóname, Helena (*une sus dos manos en forma de plegaria y baja un poco la cabeza*), pero es que... ¿ya lo viste?

MORGAN: (*Apenado al escuchar eso, desvía la mirada y regresa al camarote*)

HELENA: (*Acercándose a Nat para susurrarle*) sabes que no me interesa, a mí sólo me gustan las chicas.

NAT: ¡Oh! Es cierto... oye, ¿por qué llevas a una chica dormida en tu espalda?, ¿es tu nueva conquista?, ¿la drogaste? Y vienes a un camarote para estar con ella... (*en tono bromista*)

HELENA: ¡Claro que no! Qué horrible que pienses así, no se juega con esas cosas. Ella estaba en el vagón comedor, descalza y buscando a un tal Morgan.

NAT: ¿Morgan? Ese nombre me suena.

MORGAN: ¿Me llamaste, Nat? (*Sale del camarote y mira a Sarah en la espalda de Helena*) ¡Sarah! ¿Qué pasó? ¿Se encuentra bien?

HELENA: Creo que está bien, estaba cansada y buscaba traerla a su camarote, pero esta bella se quedó dormida en mi espalda. Entonces, ¿usted es Morgan...? (*Mirándolo con desaprobación*) Esta señorita lo ha estado buscando. Es usted un irresponsable, señor. Y tú, Nat, espera afuera. Ha-

blaremos más tarde (*Abre la puerta del camarote, y recuesta a Sarah en la cama con cariño*).

MORGAN: Muchas gracias por cuidarla, le estoy muy agradecido.

HELENA: Si tiene a una persona en esa condición no debería dejarla sola. ¿Es que nunca ha cuidado de nadie?

MORGAN: Lo cierto es que jamás lo he hecho, pero le prometo que no volverá a pasar.

HELENA: No debería prometerme a mí, sino a esta señorita. Se ve que le importa, señor. No dejaba de preguntar por usted, incluso, en momentos, me pareció que murmuraba su nombre mientras la traía acá.

SARAH: (*Murmurando*) "*I wanna know, have you ever seen the rain.*"

HELENA: Bueno, creo que está mejor, parece que sueña con una canción antigua. ¿Creo es una canción de Joan Jett?

MORGAN: ¿Conoces canciones antiguas?

HELENA: (*Nostálgica*) No muchas, esa le gustaba mucho a mi madre, y la cantaba seguido cuando era pequeña, siempre que cocinaba.

MORGAN: Parece una canción reconfortante (*Sonríe para sí mismo recordando cuando la canto con Alanís la noche anterior*).

HELENA: Ni tanto, eh, sólo que tengo buenos recuerdos de ella. ¿Qué extraño...?

MORGAN: ¿Sucede algo?

HELENA: Nunca le conté eso a nadie. Ni siquiera a Nat, y eso que es mi mejor amiga. Usted tiene un aura de confianza, o ¿nos conocimos en otra vida? Pero, bueno... (*Suspira*) Hay que dejar dormir un poco a esta señorita. En diez minutos llegaremos a la estación de Kairós. Le recomiendo esperar aquí con ella.

MORGAN: Justo eso haré, no se preocupe.

Helena sonríe y sale del camarote para gritarle a Nat que se apure, que tienen que ir preparando las cosas para el siguiente traslado. Morgan sonríe tras escuchar eso y toma una sábana del compartimiento que está arriba de la cama y con delicadeza arropa a Sarah. Le toca la frente con su mano para asegurarse de que no tenga temperatura, aunque desconoce cómo identificar eso, imita lo que ha visto hacer a Alanís. *Mis intenciones de cuidarla tienen que mejorar si planeo tenerla cerca*, piensa. Se sienta en la silla contigua a la cama, mira a Sarah y se percata de que, entre sus manos, sostiene su teléfono. Se lo retira con cuidado. Morgan se percata de que Alanís le ha dejado casi cincuenta mensajes y un puñado de llamadas perdidas. Alarmado, pero no sorprendido, deja el teléfono en una pequeña repisa junto a su silla, cierra los ojos y espera la llegada a Kairós.


RUNAWAY TRAIN
Fabrication supérieure
Production considérable
Universellement réputés
ETS E.TRAIN 6bis 9, Rue Rouget de l'Isle
COURBEVOIE (Seine)
Before you alight make sure the train is in
Look
COACHES READY-10 P.M. NEW YORK & BOSTON
PILLOW SERVICE 25¢
FOOD & REFRESHMENTS
DIMMED LIGHTS
$4.60
COACH FARE
TOTAL ECLIPSE OF THE SUN
Travel by Train
SUBURBS
TROLLEY
this summer

Es estúpido, ¿no? La persona que me dio los mejores recuerdos. Al final, se convirtió en uno de ellos.

""Embarcar, más allá de su significado, remonta a la idea de un propósito, un ir y volver entre conceptos de aventura y compromiso, de frivolidad ante la insatisfacción del tiempo. Después de todo, es un breve momento en el que cualquier destino es posible, marcado, pero lleno de posibilidades en sus trayectos.

""Sólo hay una estación en Kairós, en ella bifurcan los ocho trenes que conectan a la ciudad con las otras comunidades, con una estratificación de tres niveles: dos externos, que recuerdan las habituales estaciones; y uno subterráneo, utilizado para el transporte de mercancías. En el primer nivel podemos ver las vías de

aparcamiento y el andén, así como, en el segundo, los espacios públicos, sus entradas, disponibles para quienes utilizan el servicio, pues los túneles y recorridos que llevan a cada estación sólo son accesibles con tickets, que dan entrada a todas las rutas, y son gratuitos para los residentes, pero deben comprarse por quienes tienen visados.

""Las áreas públicas de la estación central funcionan tanto como escaparate como zona turística. Ahí se realizan actividades comerciales, artesanales y artísticas. Son una de las atracciones principales de la ciudad y el centro de la movilidad de la misma. Siempre hay personas transitando en ella y disfrutando del invernadero que se encuentra en el centro de la estación, el cual se ostenta como el atractivo más importante, y cuya raíz data de las primeras plantas que trajeron al Planeta Rojo.

""Unas campanas suenan cada vez que un tren regresa a la estación. Cada una hace un sonido peculiar que le permite a los residentes identificar cuál tren viene llegando. El de la zona de los fundadores, por ejemplo, su onomatopeya recuerda un sonido similar a un 'tolón' y, cuando escuchemos eso, será el momento de despertar, Sarah.

Morgan le platica todo esto a Sarah, que está dormida. Le cuenta lo que recuerda de la estación de Kairós, con la esperanza de que su voz la relaje. No sabe de qué hablar, así que se explaya sobre el lugar al que vuelven, le comenta que tienen una cena con Alanís y Arturo, que fueron invitados y que no falta mucho para llegar a la ciudad.

Que sería bueno que se despertara porque lo tiene bastante preocupado.

Las campanas comienzan a sonar cuando Nat toca a la puerta. Les saluda y comenta a Morgan que el tren ha llegado y que tienen diez minutos para salir. También le entrega dos tarjetas con sus datos y los de Helena, con el propósito de volver a salir en algún otro momento. Nat se despide con una pose similar a una *Sailor Senshi*, se apena y, por último, se va.

Morgan se guarda las tarjetas sin revisarlas, se acerca a Sarah y le susurra que ya han llegado y que hay que levantarse. Sarah, quien ya estaba un poco despierta, pero se hizo la dormida, comienza a moverse y estirarse para simular que sí lo ha escuchado, pero vuelve a fingir quedarse dormida mientras termina por destaparse. Morgan se desespera un poco, pero nota una ligera sonrisa en el rostro de Sarah. Está jugando. La mira con seriedad unos momentos y, cuando se da cuenta que Sarah intenta verlo de modo sutil, se lanza hacia ella subiéndose a la cama para hacerle cosquillas. Sarah no se espera eso y no tiene de otra más que despertarse. Morgan toma la situación con intensidad y Sarah grita mientras se ríe, moviéndose con tanta fuerza que se lastima el pie al golpearlo en la pared.

Morgan detiene su embiste y pasa rápido a darle un ligero masaje a la extremidad lastimada. Sarah, que se sigue recuperando de la risa, no deja de jadear por lo intenso del momento, pero el tacto de Morgan la relaja. Ella le menciona que ya se siente mejor y que no volverá a agitarse tanto en una habitación tan pequeña, lo que sonroja un poco a Morgan. Tras eso le pide que la ayude a alistarse, y pregunta si sabe en dónde están sus botas que hace rato intento encontrarlas, pero no dio con ellas. Morgan le sonríe y saca las botas del cajón bajo la cama y se las coloca a Sarah como si de Cenicienta se tratara.

Sarah no entiende esas atenciones de Morgan, pero es como si, con cada acto de bondad, confiará más en él, y verlo ahí, de rodillas frente a ella, haciendo un gesto no sólo de cariño, sino de algo casi indistinguible del amor, le hace sentir que haber caído del puente fue, después de todo, una suerte de fortuna. Sarah sigue sonrojada cuando Morgan se levanta y le extiende su mano para invitarla a que se ponga de pie.

Tocar el suelo tras años de no alcanzarlo. Una ruptura para el camino que creíamos trazado. No sentir el piso nos ancla en la fantasía, en un lugar donde podemos habitar el confort y la apacible calma. Ser esa escultura que, sin molde se esculpió para siempre ser así: puesta en un único lugar, protegida por una pequeña barandilla, tan a la vista que, con el paso del tiempo, pasa a ser olvidada, a ser tan cotidiana que es despojada de toda intencionalidad. Hasta que el deterioro la reclama y cualquier potencial que hubiera poseído inspirado, se desvanece con el tiempo.

Sarah, tras dar un pequeño impulso que delata su ansiedad y anhelo por avanzar a lo que sea que la lleve este nuevo camino, pone sus pies en suelo y, frente a Morgan, toma su mano para que ambos salgan de aquel camarote y se fundan bajo la luz que los guía a la salida, fuera de la oscuridad de esa caverna.

Morgan y Sarah salen del tren con el objetivo de llegar al apartamento de ella. Caminan por los pasillos del andén y, sin cruzar palabras ni distraerse por los elementos que decoran aquel lugar, se deslizan con una gracia y compenetración que, casi sin notarlo, terminan afuera de las instalaciones apenas percatándose de que lo hicieron. Una notificación llega al teléfono de Morgan: es Alanís, quien le recuerda que hay que verse en la noche en su casa y le

dice que lleve vino rosado porque va a preparar un pastel de chocolate y nata. Morgan le pregunta a Sarah si le gusta el pastel de chocolate y ella responde con una sonrisa y un lindo ademán afirmativo con la cabeza.

Saliendo del andén, llegan a la plaza principal, un lugar amplio con pocas zonas verdes, pero sí bastantes áreas de esparcimiento. En ellas, las personas viajan hacia las distintas entradas del lugar, se preparan para pasar el rato o se toman fotografías. Por algunas partes están músicos y gente bailando, hay una mezcla de culturas interesantes y, por momentos, una alegría que hace olvidar cualquier tipo de problema. Sarah jala la mano de Morgan y lo empuja a que vayan a donde están los músicos.

SARAH: ¡Vamos, Morgan! Enséñame a bailar.
MORGAN: ¿Qué te hace suponer que sé bailar?
SARAH: Pues… Si eres perfecto, bailar es una de tus habilidades inherentes.
MORGAN: Sarah, no asumas cosas, pero, para tu deleite, sí sé bailar, pero sólo baile de salón. Ritmos latinos como al que nos llevas se escapan de mis habilidades.
SARAH: (*Hace un puchero de tristeza*) Yo quería bailar (C*ruza los brazos*).
MORGAN: ¿No se supone que eres la mayor? Deberías comportarte como tal (E*mpieza a bromear con ella*).
SARAH: Sé que soy la mayor, pero me prometí no ahogar mis emociones, ya las sepulté una vez, por tanto tiempo y por cualquier situación, que no quiero volver a eso (*Baja la mirada, triste*).

Morgan se acerca a Sarah y la abraza. Sostiene su cabeza. La acoge con todo su cuerpo, muy cerca de él. Ella tenía los brazos abajo, con intenciones de no ceder a ese cariño, pero su necesidad de afecto hace que corresponda el abrazo a los

pocos segundos. Dos lágrimas se deslizan por sus mejillas y manchan la camisa de Morgan. Sarah se da cuenta y se preocupa, no quería manchar su camisa y se pone decaída. Morgan la aleja un poco y, sin decir nada, toma la mano de Sarah y llevándola al centro de aquel festín musical. Comienzan a bailar.

Deambular.
Una palabra un poco fría para describir el acto de ignorar nuestros pasos a través de un camino difuso y errante. En ocasiones, una necesidad; otras, un turbio destino para quienes anhelan dejar atrás tanto horrores como triunfos. Pero no es sino hasta que aparece un guía, una extraña presencia que extrae de nuestros adentros las sensaciones que más ignoramos, esas que, como una maraña de hilos, atrapan todo lo que les rodea sin dejarlo ir. Con paciencia y una mano hábil, impulsada por el cariño, esa guía comienza a desenredar los nudos que antes parecían imposibles, liberando a la criatura que yacía atrapada en ese escenario.

Porque la vida no sólo tira de los ciclos para alejarnos de cualquier sensación de control, también nos regresa a nuestro centro. En ocasiones con un atardecer, en otras con un acto de bondad, o, como en el caso de Sarah, una bella danza en una plaza pública. Allí, sin saber bailar, aquel maestro titiritero de nombre Morgan, comenzó a llevarla con cada paso a desenredar aquellos miedos que la ahogaban.

Terminan en el centro de una multitud que no dejaba de mirarlos, y que, al detenerse por fin, prorrumpe en aplausos, extasiada por la virtuosa exhibición.

Morgan hace una reverencia para agradecer al público, pero Sarah, en *shock*, apenas puede entender lo que sucedió. Mira a Morgan y se sabe sonrojada, apenada, pero él la invita a agradecer a los presentes con una reverencia. Sarah estimulada por la confianza que le acaban de compartir suelta

la mano de Morgan y coloca sus pies en primera posición, recordando las escasas clases de baile que tuvo de pequeña, toma su abrigo como si de un vestido se tratara y lo extiende hacia sus lados de forma liviana, flexionando un poco sus rodillas y con una sonrisa tímida, la mirada húmeda y centelleante, inclina la cabeza, para realizar un agradecimiento que casi le hace perder el equilibrio. Morgan la sostiene y, levantando un brazo, agradece al público. Con su otra mano, toma a Sarah y, en un abrazo, se alejan de la multitud para sentarse y recuperar el aliento en una banca cobijada por la sombra de un enorme árbol.

MORGAN: ¿Te encuentras bien, Sarah?
SARAH: ... (*Suspira y jadea*)
MORGAN: Discúlpame si fui atrevido, pero sólo sé bailar de esa manera.
SARAH: (*Tímida*) No pasa nada... fue muy sorpresivo, pero me sentí genial y hermosa. Muchas gracias. No haces más que cosas asombrosas para mí.
MORGAN: No digas eso. Eres mi nueva amiga, di mi palabra de cuidarte y, además, también se lo prometí a Alanís, así que esta es mi manera de ser responsable para ti, y parte de eso, creo, hacerte pasar un buen rato no nos hace ningún detrimento. ¿Te gustaría acompañarme a comprar aquella botella de vino que me pidió Alanís?
SARAH: ¿Sabes? (*En tono serio*) Nunca en mi vida había vivido tanto, hecho tanto y mirado tanto con alegría. ¡Muchas gracias, Morgan!

Sarah sonríe con una luz que hace enternecer la mirada de Morgan. Él se levanta y pone su mano para que Sarah la tome.

MORGAN: ¿Se embarcaría conmigo a este nuevo destino señorita?
SARAH: ¿Contigo?... ¡Siempre!

Sarah se levanta con energía y, envuelta en esa euforia, avanzan a su nuevo destino, que, por el momento, es una tienda de vinos. Al caminar por la ciudad. Sarah se aferra a los bíceps de Morgan, porque así se siente más segura. Las personas los miran con asombro y sorpresa por el marcado contraste de estaturas y la ropa un poco reveladora de Sarah. Dejan comentarios al aire que recuerdan a los que recibieron por la mañana en los jardines previos a la estación del tren. No haciendo más que admirar la linda pareja que conformaban.

Morgan molesta un poco a Sarah, le dice que no se haga ilusiones con él, que sólo la ve como una amiga, pero ella le sonríe y le hace uno de sus característicos pucheros y le saca la lengua con dulzura, a lo que él responde con una coqueta sonrisa.

Ambos llegan a un establecimiento local, muy parecido a la tienda en la que Morgan compró el encendedor para Alanís tan sólo una noche antes. Mira cómo Sarah busca algo de tomar de entre las máquinas expendedoras. En su mente, las dudas que tenía cuando se subió al tren comienzan a disiparse: sabe que tiene que cuidarla y ayudarla. *Ella es como la brisa del agua, un destello de alegría y de tristeza tan basto, tan bello y tan profundo, que quiere acompañar su camino sin importar a dónde lleve*. Se pierde en su magnetismo y lo increíble de la idea de que ella intentara morir una noche antes al caer de aquel puente. *Tantos contrastes en un mundo tan pequeño*, se dice a sí mismo.

Morgan mira a Sarah (*quien está probándose distintos sombreros de la tienda*), sonríe y pasa a buscar entre los refrigeradores la botella de vino *Rosé* que le encargó Alanís. Cuando

la encuentra, Sarah lo sorprende con un sombrero monocromático similar al de "El Gato" del escritor *Dr. Seuss*.

SARAH: ¡Mira, Morgan, así ya estoy de tu estatura!
MORGAN: Vaya eso no lo veía posible, pero bien que lo lograste. Ven, acompáñame a comprar esto. Por cierto... ¿vas a querer ese sombrero?
SARAH: ¡¿QUÉEEE?! ¿Me lo vas a comprar? Deja mejor que tome otro que vi.

MORGAN: (*La detiene agarrándola de la cintura*) Oye, ¿a dónde vas? (*acercándose a su oído*) Te dije que *ese* sombrero (*con tono sobrio y burlón*).
SARAH: (*Tímida*) No seas malo.
MORGAN: ¿Lo quieres?
SARAH: Sí... sí lo quiero (*un pequeño puchero de agrado y disgusto comienza a emerger*).

Morgan compra el vino, el sombrero y una limonada en lata para Sarah, a quien le hace ponerse el sombrero para salir así a la calle. Sarah, sintiéndose un poco ridícula, camina lento, con la mirada baja jugando con los bordes de la lata con sus dedos. Con esas acciones comienza a notar ese lado sutil pero divertido de Morgan, aquel que Arturo le mencionó que Alanís podía sacar, y sonríe con regocijo. Sabe que están volviéndose más íntimos, por lo que al levantar la mirada se da cuenta que están cerca de una intersección.

SARAH: Mira, Morgan, por esa calle si vamos a la izquierda llegamos directo a mi casa.
MORGAN: Oh, es bueno saber que estamos en ruta, ¿qué tan lejos está?
SARAH: Como cuatro kilómetros.

MORGAN: (*Serio, llevándose su mano a la barbilla*) Eso nos tomará como una hora, ¿te sientes bien como para caminar tanto?
SARAH: ¿Me vas a cargar si me canso?
MORGAN: Por supuesto que... No.
SARAH: ...

Morgan se adelanta y espera a Sarah en la esquina. Por la hora del día, esta calle recibe de frente el sol y no está seguro si aquel sombrero será de ayuda. Saca su teléfono, pero este ya no tiene carga como para solicitar un taxi, así que comienza a agitarlo con su mano para hacer que recupere energía.

MORGAN: Sarah, ¿Tienes tu teléfono cargado?
SARAH: La verdad, no lo sé, creo que lo perdí cuando me caí del puente.
MORGAN: ¿Has andado sin tener cómo localizarte todo este tiempo?
SARAH: (*Molesta*) No es como si hiciera falta o que alguien me fuera a buscar, Morgan... No conozco mucha gente aquí y mi familia no me habla.
MORGAN: Lamento mucho escuchar eso.
SARAH: No te preocupes.
MORGAN: Puedes contarme…
SARAH: ¿Por qué quieres que lo haga?
MORGAN: Estoy aquí.
SARAH: Crees que soy una especie de beneficencia para ti, no necesito caridad, además me vas a llevar a casa para después olvidarte de mí.
MORGAN: No voy a prescindir de ti.
SARAH: (*Sus ojos se ponen vidriosos*) Vamos entonces, adelante. Entra...
MORGAN: …

SARAH: ¡Dime algo! (*Empuja a Morgan con muy poca fuerza*)
MORGAN: ...
SARAH: ¿Quieres atravesar esta puerta? ¿Quieres verte arrastrado por esto? (*Se señala a sí misma*) Necesito un milagro, ¿quieres serlo? Ser aquel que elimine lo que sea que ha de estar acabando conmigo. Necesito, aunque no sea suficiente, que me mientas. Vamos miénteme, suena convincente y seca mis lágrimas con tu amabilidad hasta que mi dolor desaparezca. (E*n un tono serio, profundo*) Morgan, la verdad es que, si te contara todos mis secretos, pensarías que estoy perturbada o algo similar, terminaría sola y no puedo permitir eso. Me tratas bien, nos estamos volviendo íntimos y no quiero alejarte.
MORGAN: ... (*Mirando a Sarah*)
SARAH: Es real ¿Quieres que te cuente, Morgan? (*Molesta*) Muy bien, hagamos esto. ¿Sabes lo que es vivir en una ciudad pequeña? Y que cualquier aspecto de tu vida pase por boca de todos, que *shit happens* se vuelva tu mantra y tu pensamiento más recurrente... Que, sin importar que dos personas se sientan atraídas y se quieran, no parezca ser suficiente... ¡Que te seques las lágrimas y tengas que salir de casa, como si no importara, y sonreír a todo, así la tristeza te carcoma por dentro! Y que, al final... al final, la única persona a la que crees que le importas te diga que eres una *perra* por actuar de esa manera... Por mostrarte como un maldito ser humano lleno de contrastes y que no siempre va a sonreír.

Y si por un momento te atreves a romper con eso, si actúas en respuesta a un entorno que tiene como objetivo hacerte *mierda* y romper tu corazón, donde sólo te dan la espalda, señalan y flagelan con su escarnio, despedazando todos los lugares que sentías segura, quebrándote el hogar físico y emocional y, que a pesar de eso y en contra de lo que desean te alces. Pero ¿sabes...? En su momento

y a pesar de eso, fui capaz de creer que había otra posibilidad, otra realidad, me preocupé por ser mejor, por trabajar en mí, por ser alguien, pero igual y como todos, ella terminó yéndose. (*Entre lágrimas*).

Quieres ser bienvenido aquí, ven... Acércate, ¿qué te detiene? (*Toma una mano de Morgan y comienza a pasarla por su cuerpo*) no ha frenado a nadie antes, soy una x en una lista de cosas por hacer, la entrada siempre está abierta, lo estuvo en la Tierra, lo estará aquí en Marte. Así que sí, entra. (*Coloca la mano de Morgan en su pecho*) Me encuentro muy bien, ¿no ves?, estoy sonriendo (*Le muestra una sonrisa celestial, alineada, muy bien estudiada*). Estoy bien, podemos avanzar a mi casa y terminar con esto o puedes irte por la derecha. Al final serás el chico de los buenos bíceps, un lindo recuerdo al que me repondré como siempre lo hago, porque es lo mejor que sé hacer y esa es mi verdad.

Por supuesto, sé que no puedo mostrarme molesta o agraviada, (*Alejándose unos pasos de Morgan y le da la espalda*) aunque lo esté, no tengo derecho a esa virtud, porque a pesar de lo encariñada que pueda estar con las personas, no faltará quién buscará arruinarlo. Así que debo de sonreír, muy rápido para que nadie sospeche, y eso es todo. *Switch and next*, con el mismo corazón roto gracias a la excepción que me otorga mi condición de no ser real a sus ojos, aunque no se atrevan a decirlo. (*Se voltea y fija su mirada a Morgan*) Siglos y siguen apuntando en la misma dirección. No tienen el valor para decirlo, pero siento como me lo señalan con sutilezas, es el habitual trato que te dan por cómo te miran y definen. Si por alguna razón se enteran, les llega el virtuosismo de la certeza y no saben qué hacer, te abandonan donde te encontraron. La verdad es que tienen razón, no soy nada real.

Que se supone que debería hacer, volver a tirarme a llorar por un mes o mejor tirarme a otro puente y confiar a ser salvada otra vez, esperar mejor suerte y encontrar a alguien mejor que tú. No busco caridad, Morgan... quiero tener la sutil sensación del amor... Su posibilidad y, aunque sé que no es suficiente para llenar mi corazón, porque sé que el dolor seguirá presente, por esa razón y por tu experiencia conmigo, dime, Morgan... ¡¿Eso es lo que querías saber?! ¡¿Es lo que quieres?! ¡¿Te satisface esta revelación!? ¡¿O vas a ignorar todos estos sentimientos justo como otros lo han hecho!?

Sarah, envuelta en un llanto que se desborda. Un sollozo roto, como si llevara muchos años anhelando salir, deja ir su cabeza hacia delante recargándose en el abdomen de Morgan, quien, un poco sorprendido por el arrebato, permanece en pie con la esperanza de que las emociones de Sarah puedan encontrar un camino a la tranquilidad.

SARAH: (*Con timidez, casi murmurando*) No me gustan los malos finales, Morgan. Si quieres, puedes dejarme aquí y olvidarte de mí.

Morgan toma con sus manos los hombros de Sarah y la separa de su cuerpo. La mira un par de segundos y le da una fuerte cachetada que hace que su sombrero salga precipitado lejos de ella. Sarah, sorprendida y un poco en *shock*, toca su mejilla, pero no hay ninguna lágrima o emoción de molestia, sólo la mente (*Y toda sensación posible*) en blanco.

MORGAN: (*Serio, con una voz profunda*) No me molesta que estemos hablando de esto en la esquina de una calle, o que la gente nos confunda con una pareja. No me molesta traerte hasta tu casa y no me arrepiento de haber saltado

al río para sacarte. Me molesta que pienses que quiero olvidarme de ti, o ¡que tú no eres importante! No sé por qué nos conocimos de esa manera, no soy alguien que crea en el destino, pero si soy una persona que abraza lo que se le pone por el camino, así que discúlpame por la cachetada y ven aquí (*la abraza*) ... No me iré de tu vida, Sarah (*Le levanta la barbilla para mirarla a los ojos*).

Sarah se ruboriza por la situación y da dos pasos hacia atrás. Camina a donde cayó el sombrero (*lo recoge y lo sacude un poco*) para ponérselo y que Morgan no vea lo sonrosada que está. Morgan se acerca y le pregunta si pueden continuar el camino, que lo disculpe por aquel abrupto, pero que fue algo que aprendió de Alanís y no sabía si iba a funcionar. Le dice a Sarah que ella defiende la idea de que, en ocasiones, la ruptura que causa una cachetada nos devuelve a la realidad, es algo que, según ella, resulta efectivo, como si exorcizara nuestra mente y que, si se lo permite, la seguirá acompañando, a lo que ella afirma con la cabeza por lo estimulada que está.

Las palabras no estaban disponibles en ese momento, aunque la realidad era que estaba algo sobreexcitada, aunque le dolía un poco la cara. Pero, a pesar de esas nuevas emociones que comenzaban a emerger, Sarah toma del brazo a Morgan y comienza a caminar rápido, tirando con fuerza para dejar atrás aquella esquina, y sonriendo por lo bajo por haber abierto aquella nueva puerta de confianza.

Conforme transitan, Morgan le comenta a Sarah que un día conoció a alguien en el trabajo que le mencionó que las calles en Marte le parecía que tenían el largo de un cementerio, ya que de una intersección a otra tomaba mucho tiempo recorrerlas. Sarah no lo pensó de esa manera, piensa si serán acaso "cuadras panteoneras" así que toma del brazo a Morgan y observa la distancia que recorrieron tras ellos para

corroborar el dato, pero una voz familiar surge. Y un escalofrío le recorre la espalda. Morgan se detiene para saludar al propietario de aquella voz y cruzan unas cuantas palabras. Sarah se queda quieta, fría y con la mirada baja. Acomoda su sombrero para que se vea lo menos posible su rostro.

¿?: Morgan, ¿qué curioso encontrarnos en este lugar, no? No te veía desde hace meses. Dime ¿cómo está Lori?

MORGAN: Lori y yo, es complicado... Se puede decir que acabamos de terminar, ya hace dos días de eso.

¿?: ¿¡Qué!? Pero si llevaban bastante, fueron la pareja ideal del colegio y la realeza de aquí, ¿por qué terminaron?

MORGAN: (*Melancólico*) Nos dimos cuenta que tenemos objetivos diferentes para la vida y, al parecer, no hablamos lo suficiente de eso. Tal vez un día te cuente las razones, pero, por ahora, no me siento listo.

¿?: Entiendo... pero, al parecer, la tristeza te duró poco, ¿no es verdad? (*Sonriéndole con complicidad y coquetería*) ¿Quién es esta chica tímida que llevas a tu lado?

MORGAN: (*Decepcionado*) Tú no cambias... Esa actitud de gigolo deberías dejarla en el pasado, Paweł, te quedaba en la universidad, ¿pero ahora? Es como si el tiempo no pasara en ti... Ella es una amiga, nos conocimos hace poco y la estoy acompañando a su casa.

PAWEŁ: Tú tan caballeroso como siempre... ¿Y esta "amiga" tiene nombre? O es tan linda que no puede levantar la mirada.

SARAH: (*Se aferra con más fuerza al brazo de Morgan y mantiene la mirada baja*)

MORGAN: (*Siente la incomodidad de Sarah*) No es eso... Es que no ha estado bien de salud y por eso actúa de esa manera, su nombre es Sarah.

PAWEŁ: ¿Con que Sara...? Parece un nombre popular estos días.

MORGAN: ¿Por qué lo dices?



Paweł: Es porque nunca son lo que parecen (*en tono bromista*), deberías cuidarte de ella, la timidez siempre esconde algo (*Se acerca un poco a Sarah e intenta tocar su rostro*).

Morgan: (*Toma el antebrazo de Paweł*) Y tú deberías dejar de ser tan intrépido, viejo amigo (*en tono serio*).

Paweł: (*Un poco sorprendido, pero tomándolo como juego*) No hay que ponernos dramáticos, Morgan... (*Se suelta*) Dejaré en paz a tu chica tímida con sombrero de gato del Doctor Seuss. Se ve que te interesa, y respeto eso.

Morgan: Eso es nuevo en ti, Paweł.

Paweł: Que puedo decir Morgan, no sólo tú maduraste.

Paweł y Morgan se despiden, pero Sarah sigue aferrada al brazo de Morgan. Suspendida en el tiempo, ignorando todo lo que sucedía y buscando bajo ninguna circunstancia subir la mirada. Paweł continúa su camino, lo que ayuda a Sarah a tranquilizarse al escucharlo alejarse, por lo que deja de sentir aquella sensación paralizante. Pero, en un momento, la relajación se trastoca, cambia a una tormenta de emociones que hace sentir a Sarah como si un rayo atravesara su corazón, y todo por unas palabras que se escuchan a lo lejos:

—¡Que gusto volver a verte, Sara!

Al escuchar eso, sus piernas pierden toda fuerza y se precipita al suelo. Morgan, sorprendido, intenta animarla, pero su mirada está vacía, no reacciona. Él decide hincarse junto a ella y la abraza.

¿Cuánto dura un corazón roto?... ¿por qué tiene ese poder?... Tan débil que es frustrante... todo esto te lo mereces... La soledad amiga y compañía... Mira detrás de ti siempre... Ahógate de nuevo, lo necesitas... Así crees que mereces algo... Este mundo te queda grande... Deberías intentar ya no estar... Lo que escribes no sirve... ¡Espera la mañana y hazlo!... No dejes cartas de despedida... ¿Se te corrió el maquillaje?... Igual nadie te leería nunca... Cósete la boca

otra vez... Deberías ahorrarnos tus tontas palabras... Él jamás te hará caso... ¿Aún crees en el amor?... Te vistes horrible lo sabes...

¡No escuches y hazlo!...

¡Hazlo, hazlo, hazlo, hazlo, hazlo!...

¡Hazlo, hazlo, hazlo, hazlo, hazlo!...

¡Hazlo, hazlo, hazlo, hazlo, hazlo!...

¡Hazlo, hazlo, hazlo, hazlo, hazlo!...

¡Hazlo, hazlo, hazlo, hazlo, hazlo!...

¡Hazlo, hazlo, hazlo, hazlo, hazlo!...

Nadie te necesita, mujer inútil.

Esas palabras como susurros navegan en la mente de Sarah, todas constantes y con el mismo objetivo: dejarla sin motivos para vivir.

Morgan la toma en sus brazos y comienza a caminar hacia adelante con la esperanza puesta en que esa joven y perturbada mujer pueda resurgir de sus cenizas. Camina por varias de esas largas calles, perdiéndose en el entorno, como un vendaval que busca llevar al océano la arena que se le destila entre las manos. Hasta que ve una banca cercana y, en ella, a un señor veterano que toma el sol. Morgan que desconoce cuánto corrió acomoda a Sarah en la banca y coloca su cabeza en sus piernas, por un momento, y aunque creció en ese lugar, no reconoce en qué calles se encuentran, todo es tan distinto a cuando solía jugar con otros niños en la ciudad. Pero, ahora esta zona se ve deteriorada. Apenas se puede distinguir en los letreros el nombre de las calles o los establecimientos.

Tratando de orientarse, le pregunta al señor si podría decirle en dónde se encuentran, pero este sólo hace un ademán con la cabeza indicando la parte de atrás. Morgan, al inicio, no lo entiende, ya que la movilidad del señor es limitada y

sus palabras parecen más gruñidos que indicaciones, por lo que decide esperar a que otra persona se cruce por ahí.

Pasan veinte minutos y los transeúntes, a diferencia de las personas que viven en su distrito, llevan más prisa, se detienen menos a mirar el paisaje, el cual es apenas perceptible por los edificios. Las calles recuerdan aquellas avenidas de principios del Siglo XX, amplias, pero, a pesar de estar pavimentadas, ceden su espacio a cantidades de tierra que apenas permiten diferenciar el terreno entre la calle y la banqueta. Morgan toma un pañuelo que guardaba en su saco y limpia el rostro de Sarah quien aún reposa abstraída. Le retira el sombrero por un momento. El señor, al percatarse de eso, se levanta y le indica a Morgan con aquellos gruñidos apenas distinguibles como palabras que se dirija para allá, para atrás, adentro. Morgan tarda un tiempo en entender, pero no es hasta que el señor señala a Sarah con su bastón que todo le parece claro.

Morgan le pregunta si debe meter a Sarah, a lo que el señor asienta con la cabeza y comienza a apurar a Morgan para que entren. Con todo el apuro, toma las cosas y a la chica en sus brazos. Casi olvida el sombrero de Sarah. Cuando se da cuenta y se regresa por él, el señor se levantó y, con calma, se acerca para entregárselo en la mano, no sin antes pedirle a Morgan que se acerque. Un poco preocupado el señor, y articulando las palabras como puede, le dice a Morgan en algo que apenas puede entenderse como susurro:

—Ella vive aquí.

Morgan, sorprendido por esa revelación, le agradece al señor las atenciones y pasa a llevar a Sarah a su casa, pero, al entrar en el pasillo, Morgan se da cuenta de que, más bien, es una bodega un tanto olvidada y muy lóbrega. A lo lejos hay una puerta y una placa de identificación. Se acerca y, contemplando cómo abrirla teniendo a la inquilina en sus brazos, con mucha fortuna y agilidad logra que la mano de

Sarah pase por el escáner y, a su vez, que la cámara registre su rostro para poder abrir la puerta. Sarah no esperaba milagros de su parte, pero al parecer Morgan habría logrado uno en ese momento.

Al entrar, no se encienden las luces como suele suceder en muchos hogares. Busca un interruptor, pero este no funciona al presionarlo con su espalda (C*ree que no puede encenderlo puesto que tiene las manos ocupadas*), así que intenta ver en la oscuridad. Tantea dónde poner a Sarah, mientras averigua cómo caminar en ese lugar.

Después de dar unos pasos, encuentra por accidente un amplio sillón en forma de escuadra y aprovecha para recostar a Sarah ahí. Ya libre, regresa a donde sintió con su espalda el interruptor y, al encenderlo, puede ver el hogar de Sarah: una bodega acondicionada como departamento, es una habitación grande con apenas muros, como un antiguo *loft* que, al explorarlo, Morgan se da cuenta que tiene cosas básicas como una cocineta pequeña, un baño con una tina y una habitación personal. La iluminación natural depende de un par de ventanas rectangulares a lo largo de los muros, que en ese momento se encontraban cerradas. Se sorprende al ver muchas velas en casi todos los muebles, así como varias plantas secas.

Morgan se acerca a la cocina para ver si encuentra algún otro interruptor, pero decide tomarse un vaso de agua. Al abrir las gavetas ve que no hay muchas vajillas y sólo la mitad de lo que sería una batería de cocina. Toma un vaso anaranjado con un tecolote grabado, se sirve de un jugo de arándano que estaba en el refrigerador y camina hacia las ventanas, al acercarse notó que debajo de un mueble se encuentra otro switch. Al accionarlo, se escucha cómo la oxidación le ha dado un sonido siniestro, un estruendo que al abrir el ventanal sacude de golpe a Sarah.

SARAH: (*Despierta*) ¡Qué...! ¿qué sucede?

MORGAN: Ya estamos en tu casa. (*Mira con curiosidad el esfuerzo de las ventanas por abrirse mientras sorbe un pequeño trago)* ¿Quieres que te sirva algo?

SARAH: (*Con apenas fuerzas, bostezando*) Morgan... ¿Cómo abriste? y ¿cómo supiste que vivía aquí?

MORGAN: Un agradable señor mayor que está afuera de este lugar te reconoció y me dijo que aquí vives.

SARAH: ¡Oh! Él es mi casero... (*Alza los brazos para estirarse*) Es muy amable y no me renta muy caro este lugar. (*Mientras bosteza*) Dime, Morgan, ¿te gusta donde vivo?

MORGAN: (*Un poco obtuso*) La verdad... No esperaba que vivieras en una bodega.

SARAH: He intentado que se sienta acogedor (T*ermina de estirarse y se recuesta en el sillón*), pero todo se me muere... Por eso no me atrevo a tener algún animal o robot acompañante, en un descuido le tiraría agua encima u olvidaría conectar su área de recarga.

MORGAN: ¿Cómo encontraste este lugar?

SARAH: Fue pura suerte. Llevaba deshabitado unos cuatro meses. Sus antiguas inquilinas lo dejaron bastante bien, pero se tuvieron que ir porque avanzó su fama musical.

MORGAN: ¿Supiste de quiénes se trataba?

SARAH: La verdad es que no. Los primeros días sí traté de averiguarlo, pero ni idea, mi casero es serio y algo complicado y no me supo decir o yo no le supe entender la verdad. Por cierto, disculpa por hacer que me cuidaras tanto.

MORGAN: No hay problema, lo hice con gusto.

SARAH: Es que eres impresionante y muy buena persona (*Se recarga en el respaldo del sillón*). De no ser por ti, creo que nadie se hubiera dado cuenta de mi desaparición. Habrían encontrado mi cuerpo bastantes días después. Te debo a ti y a Alanís la vida.

MORGAN: No fue nada, cualquiera hubiera hecho lo que yo.

SARAH: La verdad es que no lo creo, por lo que he podido deducir de ti... Es que no sólo eres amable, directo y de un legado de cuidado, sino que eres impulsivo de buena manera, y eso es agradable.

MORGAN: (*Dudoso)* ¿Cómo que impulsivo?

SARAH: Además, yo fui de lo peor, estoy muy apenada... Fui un total cliché, Morgan... Soy como aquellas mujeres de las series del Siglo XX que, cuando sucedía algo, siempre se desmayaban. Qué mala primera impresión (*se ríe*). Es seguro que eso me resta atractivo.

MORGAN: No es que buscaras ser así, cualquiera en tu situación cuando menos pasaría por lo mismo, sin tomar en cuenta que tuvimos suerte que no te pusieras más grave, así que algunos desmayos no lo veo como algo malo. Creo que, en cierta manera, estaba preparado.

SARAH: De cualquier forma, sí me apena mucho...

MORGAN: Por cierto, Sarah, hay algo que he querido preguntarte.

SARAH: Claro, te ganaste el derecho de poder pregúntame lo que quieras. Sin restricciones.

MORGAN: (*Dando un último trago a su bebida*) ¿Por qué saltaste?

Sarah se sorprende por la pregunta. Entiende por qué la hace, pero no esperaba que fuera tan pronto. Se acomoda bien en el sillón, se estira un poco, se levanta con cuidado y por primera vez, sus pies tuvieron piso para impulsarla otra vez. Estaba frío, a diferencia de cuando despertó en la casa de Morgan. De igual forma que en aquel momento, él se encontraba en la cocina, sólo que había algo que hacía falta: una taza de té.

A Morgan lo toma por sorpresa la energía que desprende Sarah. Dejó de ser de timidez y vulnerabilidad, como si, al levantarse, revelara su verdadera naturaleza, aquella seguridad

que lleva alguien que ha vivido y visto de todo. Sin aliento, la observa acercarse a la cocina. Ella se levanta con la punta de sus pies y le da un beso en la mejilla diciéndole con cierto aire de coquetería:

—¿Qué te parece si te lo cuento MIENTRAS EL AGUA HIERVE?



A2: Nunca me di cuenta...
de lo hermoso que es este mundo...

Agradecimientos

Algunas historias nacen de una idea, la cual crece con cada vivencia. Otras, simplemente, empiezan sin que lo notemos, nutriéndose de cada amistad, amor y lazo familiar. La creación artística a menudo choca con la dura realidad y piensas en la inutilidad aparente, esa que te hace pensar en que tus palabras no te darán el estado de bienestar que buscas. Escribir entonces se vuelve un acto de resistencia, una inspiración para quienes te observan resolviendo enigmas cual si fueran entes conspirativos ligados por un hilo rojo. Creación. Tan vital en el ser humano que vuelve un pedacito de papel y tinta en esperanza.

Por ello agradezco a mi madre Fraíne Adaly, mi hermana Brisza. A la mujer que me hizo madre, Samantha y las hijas que robaron mi corazón Victoria y Jade. Mi padre Benjamín. Mis amigas Margarita Noriega, Anahí Ireta, Estefanía Murillo, Erika Velázquez, Angélica Camuñez, Ale Fish, Míriam Solís, Jessicat Hernández, Lizeth Campos, Karena, Johanna Denisse, Itza Jacobo y Elizabeth de la Riva. Mis amigos Gasper Montes, Alberto Duthoy, Jorge Luis Almaral, Jorge Gómez y Aarón Caldera. Mis primas Heliana Val-

déz y Michelle Domínguez. A mis camaradas del proyecto Telar. Alejandro Manzano, Mayi González, Luis Ángel Ortega, Gaspar Giménez, Jesús "Shuy" Nevarez, Mauricio Padilla, Jonathan Moreno y Héctor Alfonso. A mis queridas amistades Cecilia Ortega, Nancy Estrada y Zully Nogal. A personas que me inspiran tanto como, Daniela Álvarez, Mariana Orantes, Raúl Aníbal y Eurídice Cabañes Martínez. Tantas personas mencionadas como aquellas, que por no acabar como Marge Simpson cuando escribió su primera novela no alcanzaría a referir. Pero que han tenido un efecto perdurable en mi vida. De todo corazón, les agradezco las papas fritas y por ayudarme a levantar ese pequeño infierno de horrores y amor cósmico qué llamo vida.

Bibliografía

Shelley, M. (s/f). Frankenstein (Shelley, p. 267). Planetalibro.net. Recuperado de https://planetalibro.net/leerlibro/shelley-mary-frankenstein/267

Analizando la viabilidad de los trenes impulsados por entrelazamiento cuántico. Aprendamos de ciencia ficción, fantasía y la fuerza de la imaginación dentro de una narrativa.

Entrando en el terreno de la ciencia ficción, pero con una base teórica. El Helio-3 (He-3) es un isótopo ligero del helio que se ha propuesto como combustible ideal para la fusión nuclear de segunda generación. La ventaja es que la fusión de He-3 y deuterio produce principalmente protones cargados, lo que podría permitir la conversión directa de energía en electricidad con menos subproductos radiactivos en comparación con la fusión deuterio-tritio.

El principal problema es que el He-3 es extremadamente raro en la Tierra. Se estima que hay depósitos significativos en la Luna, lo que ha impulsado la idea de la minería lunar. Sobre los superconductores Impulsados por Entrelazamiento Cuántico, podemos decir que es la parte más especulativa y, en nuestro conocimiento actual, la menos

plausible: Los superconductores son materiales que conducen la electricidad sin resistencia cuando se enfrían por debajo de una cierta temperatura crítica. Esto permite campos magnéticos muy fuertes y eficientes, esenciales para la levitación magnética (maglev). El problema es que la mayoría de los superconductores actuales requieren temperaturas extremadamente bajas. Ahora que ser impulsados por Entrelazamiento Cuántico, podemos decir que no hay ningún mecanismo físico conocido o propuesto que sugiera que el entrelazamiento cuántico pueda "impulsar" un superconductor o generar movimiento a gran escala. Como dato, es una aplicación puramente imaginaria y no se alinea con las leyes físicas que conocemos.

Su desplazamiento sin rieles y su navegación sobre ríos, implicaría que la tecnología de levitación y propulsión es tan versátil que puede funcionar sobre diferentes superficies, incluyendo el agua, lo cual es teóricamente posible si se logra una levitación y propulsión extremadamente avanzadas e independientes del medio. Entonces, la energía cuántica para desplazamiento, ¿es posible? Si bien la energía está presente en todos los fenómenos cuánticos, la idea de "utilizar" directamente esta fuerza de una manera controlada para propulsar un tren es algo que va mucho más allá de las leyes físicas conocidas. La energía cuántica se manifiesta a escalas subatómicas y su manipulación para generar movimiento macroscópico de esta manera es puramente especulativa.

En la narración de Morgan, este menciona que debido a "enlaces" preexistentes que surgieron de "accidentes" es como se lograron estos avances. Pero esto es un recurso narrativo para justificar la exclusividad y rareza de la tecnología dentro de la historia. En la física real, no hay un sistema de propulsión de esta manera. Por ello, hablamos de fuerzas de la Improbabilidad.

¿Qué sucede entonces, cuando la imaginación se mezcla con el conocimiento cuántico?

La "energía o fuerza de la improbabilidad" es un concepto ficticio, popularizado por la serie de ciencia ficción "The Hitchhiker's Guide to the Galaxy" de Douglas Adams. Esta energía se refiere a una fuerza o proceso que permite que ocurran eventos altamente improbables. Este recurso narrativo que puede sonar a un concepto místico o de fantasía y no tanto a un principio científico, ya que no existe tal concepto en la física como la conocemos que nos ayuda a poner en marcha los motores de los trenes.

Lo que si debemos tomar en cuenta, es que el entrelazamiento cuántico es un fenómeno real y fascinante. Pero sin el poder de la improbabilidad infinita, no genera una "fuerza" de tracción o repulsión entre las partículas entrelazadas que pueda ser utilizada para mover objetos físicos. Porque estos, solo transmiten información y no es una fuerza que pueda tirar o empujar algún objeto. Por ello, en la historia se sugiere que el entrelazamiento crea una especie de puente que lleva una corriente por la cual se puede transportar elementos físicos y no sólo datos. Esto es la parte más clara de ciencia ficción en la novela.

El entrelazamiento cuántico, hasta donde sabemos, no puede transportar materia o energía de un lugar a otro. Lo que si, como ya se ha mencionado, es que permite la correlación de información, pero no un transporte físico. La mención del agua como fundamental para que los viajes en esos trenes sean viables y seguros, es solo un elemento narrativo y simbólico para darle verosimilitud a la idea. En realidad, no hay una relación conocida entre el entrelazamiento cuántico para la propulsión y la necesidad del agua.

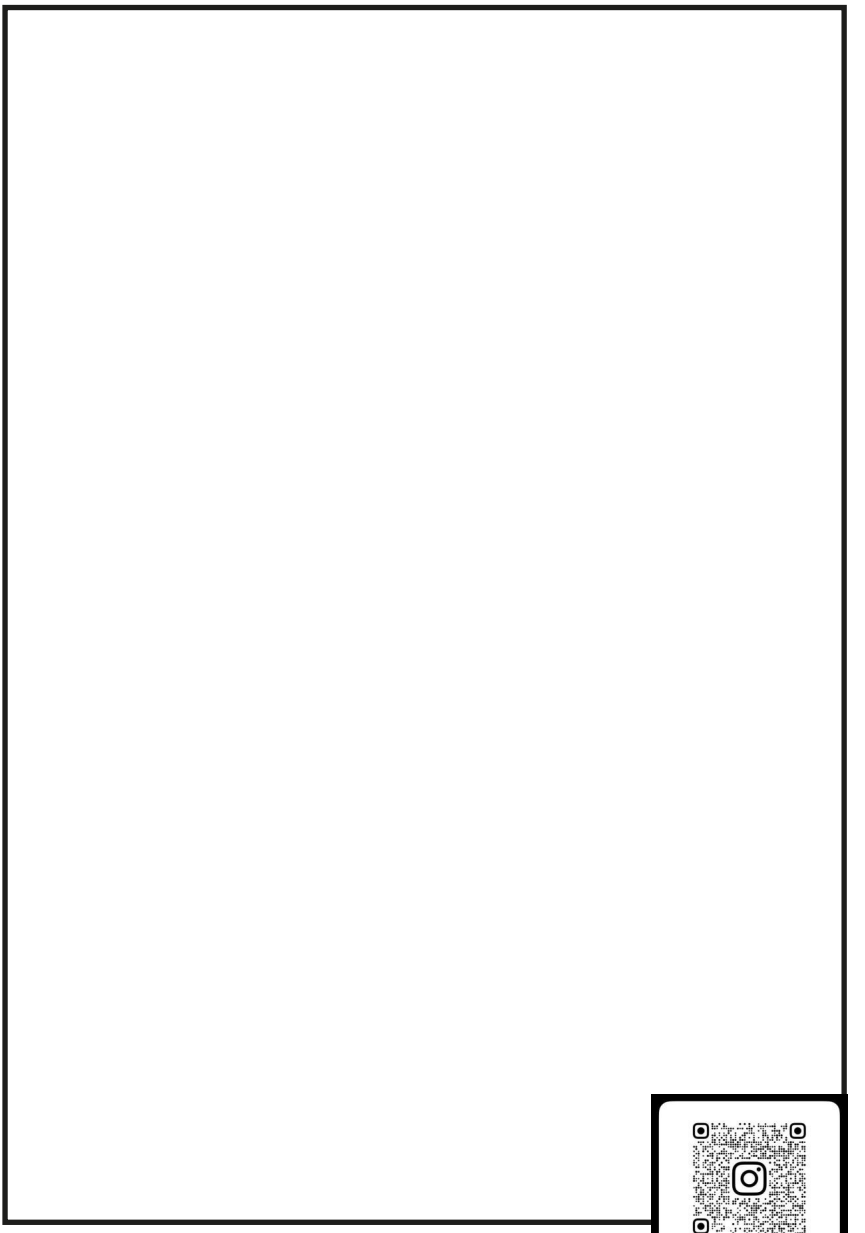
A modo de conclusión, la narración de Morgan es tan solo un agradable ejemplo de cómo la ciencia (especial-

mente la cuántica, que a menudo parece "mágica" para el público en general) puede inspirar la ficción. Debido a que esta toma conceptos reales y los expande en una dirección que con nuestro conocimiento actual de las leyes fundamentales del universo, no es posible. No hay un mecanismo físico conocido que permita que el entrelazamiento cuántico genere una fuerza de "arrastre" o "tirón" para mover un tren. Eso no quita que lo presentado en la historia no sea fascinante.

Soñar y jugar con los elementos que conocemos, nos ayuda a entender el poder de la imaginación humana dentro de una poética ambiciosa, que toma conceptos científicos y los estira hasta sus límites (y más allá) para crear una imagen fascinante, así esta no sea viable en la realidad de la física conocida. Quien sabe, tal vez en otro universo con otras leyes de la física, sea posible.

Es una visión.
Atte. Luna Sophia Terra

Aquello que amamos vivamente.

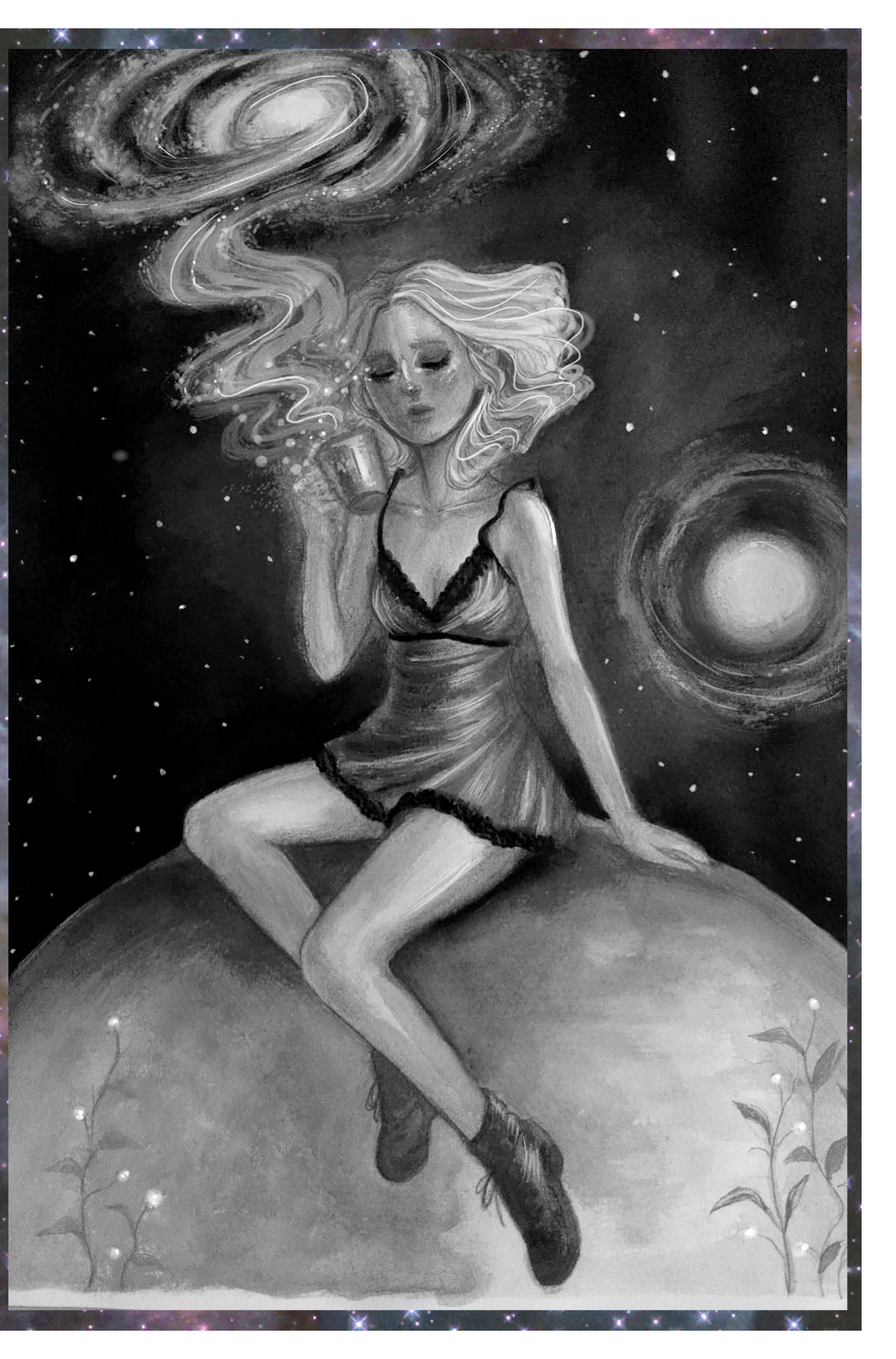


Dibuja aquí lo que sentiste al leer la novela y envíalo a @lulietfly



Descarga gratuitamente toda la colección del
Programa Editorial Chihuahua en:

www.pech.icm.gob.mx



Este libro se terminó de imprimir en el año de 2025
con un tiraje de 300 ejemplares.

Impreso y hecho en México.